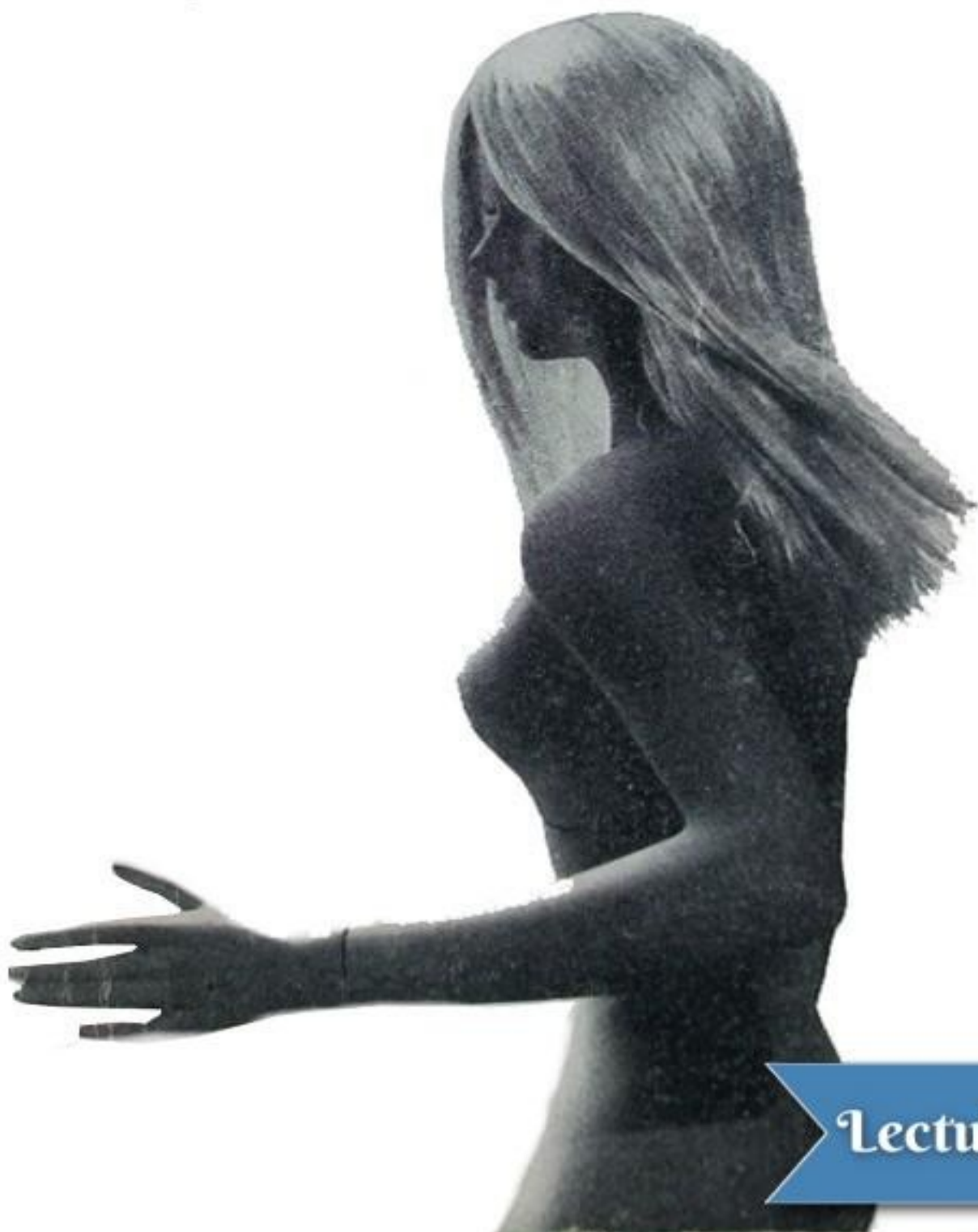


ABELARDO ARIAS

El gran cobarde



Lectulandia

Primer Premio Nacional de Literatura.

Carlo Coccioli, la juzga así:

«Si he contemplado con afecto al horrible personaje que, habiendo sido siempre el postrero, quiere, para restablecer el equilibrio, convertirse en el primero a través de la ruina y de la muerte, no ha sido precisamente porque nunca lo haya visto abandonado por esa especie de lucidez de la sangre que lo obliga a permanecer dentro de lo humano, sino porque, de lo humano, él conoce, sobre todo, los menudos senderos que nos conducen hacia la ternura. Su espantosa soledad es un acto de aspiración hacia la solidaridad entre los vivos. Sus amores vergonzosos, y la conciencia de lo que de vergonzoso hay en ellos, son un homenaje al amor recto y puro, al amor secretamente deseado. No se describe al hombre sino esbozando su contorno».

Lectulandia

Abelardo Arias

El gran cobarde

ePub r1.0
diegoan 04.12.16

Título original: *El gran cobarde*

Abelardo Arias, 1956

Editor digital: diegoan

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

He leído dos veces *El gran cobarde*, de Abelardo Arias. La primera, en el curso de un lento viaje en barco a través del Caribe. La segunda en la calma de un hogar mexicano. Quiero decir con ello que me he zambullido en el doloroso mundo que aquel relato evoca en estados de ánimo muy distintos. Mas en ambas ocasiones el libro me ha cautivado y su recuerdo está muy lejos de desvanecerse.

Me sería difícil precisar dónde reside el triste encanto de esa extraña historia. Un hombre decide quemar la gran biblioteca de la cual es uno de los más diligentes empleados. La quemaría después del alba, con el fin de que alguno de sus colegas, al llegar al trabajo, pueda asistir a la fiesta de la destrucción. El hombre, que se llama Horacio, se deja encerrar secretamente en el desierto edificio. El camino hacia el nuevo día, y hacia el fuego y la muerte, es muy largo; Horacio dispone de tiempo para pensar. Repasa, su vida.

En principio, no me agradan mucho las novelas en las que todo se desarrolla en el cerebro del protagonista, el cual gira en torno de sí mismo y de su angustia como un esclavo alrededor de la noria. Pero, ¿este Horacio vive de veras en su cerebro? No lo creo. Creo que vive en su sangre. Esto hace que *El gran cobarde*, no obstante la bruma septentrional que parece envolverla, sea una historia latina.

Podría ser, por ejemplo, una historia de mi tierra; una historia italiana. En el extranjero, merced a las presiones del cine, se imagina a Italia como a un país hecho esencialmente de gestos y acciones. Ello no es cierto sino en parte. Es tan sólo cierto en la medida en que los gestos y la acción subrayan, al final, un largo proceso que se ha desarrollado en el interior del hombre, más exactamente: en su sangre. Gestos y acciones jamás gratuitos (en el sentido de que jamás son el puro fruto de una especulación); son necesarios. ¿Necesarios para qué? Creo que son necesarios para restablecer un equilibrio violado en la vida y por ella. Los latinos estamos sedientos de equilibrio.

El Horacio de la historia argentina de Abelardo Arias decide incendiar una biblioteca; su acto podría parecer el de un loco. Pero Horacio no es ningún loco, al menos si es característico de la locura el ignorar la relación más común entre la causa y el efecto; me parece, muy por el contrario, que es expresión de una lógica llevada al absoluto (los latinos estamos sedientos de absoluto; vivimos, pues, bajo la tentación del absurdo). De hecho, el incendio «surge» de la vida de su desgraciado provocador de la misma manera que brota el grito de la boca del hombre a quien se golpea con crueldad. Es una consecuencia, un resultado, y creo que se pueda decir: el más lógico de los resultados. Así, es preciso admitir que Horacio no abandona en ningún momento el campo de lo humanamente aceptable por nuestra humanidad, aunque se encuentre ya en sus linderos; y que en su calidad de caso límite, de triunfo de lo extremo, se muestra digno de ser héroe de una novela. De no haber sido más que un loco, habría logrado exaltar nuestra conmiseración, pero no nuestro interés. Loco, no

comprometería nuestra condición de hombres; caso extremo de nuestra torpe humanidad, a todos nos envuelve.

Abelardo Arias no ha elegido mal; no se describe al hombre sino esbozando su contorno.

Pero si he contemplado con afecto, por dos veces, al horrible y miserable personaje que, habiendo sido siempre el postrero, quiere, para restablecer el equilibrio, convertirse en el primero a través de la ruina y de la muerte, no ha sido precisamente porque nunca lo haya visto abandonado por esa especie de lucidez de la sangre que lo obliga a permanecer dentro de lo humano, sino porque, de lo humano, él conoce, sobre todo, los menudos senderos que nos conducen hacia la ternura. Ese Horacio solitario, hijo desdichado de padres sin nobleza, adolescente sin amigos, inquieto y reservado, adulto privado de amor confesable, jamás pone verdaderamente en duda —y es esto lo que despierta mi ternura— el alto valor de la pasión en los sentimientos, de la paz en el alma, de la fidelidad y de la confianza en la amistad, de la entrega total en el amor. Ese hombre privado de todo por un destino inmisericorde nos muestra, pues, paradójicamente, el tesoro de lo que poseemos y cuya riqueza a menudo olvidamos. Su espantosa soledad es un acto de aspiración hacia la solidaridad entre los vivos. Sus amores vergonzosos, y la conciencia (escondida pero evidente) de lo que de vergonzoso hay en ellos, son un homenaje al amor recto y puro, al que nada tiene de vergonzoso, al amor secretamente deseado. Y su muerte atroz, en la que se mezclan lo heroico y lo grotesco, sería, finalmente, un himno a la vida.

Ciudad de México, 27 de Marzo de 1956.

CARLO COCCIOLI.

*«Gusto inamovible de la prostitución en el corazón del hombre, de donde
nace su horror a la soledad. Quiere ser dos.
El Hombre de genio quiere ser uno, vale decir: solitario.
La gloria es permanecer uno, y prostituirse de un modo singular».*

CHARLES BAUDELAIRE.

CAPÍTULO PRIMERO

RESPIRANDO fatigosamente se detuvo al fin de la escalera de mármol. Miró en derredor con miedo; no podía desalojar el temor de que en cualquier momento lo detuvieran y le pidieran que mostrara el contenido del paquete; entonces, se vería envuelto en un embrollo de preguntas y respuestas que lo harían trastrabillar y rodar en manos de la policía. Siempre había tenido la sensación de que la policía lo rodeaba con las manos alertas para caer sobre sus hombros; él se encogería, se achicaría al extremo, hasta esfumarse entre esos dedos convertidos en garras.

Dejó el paquete en el suelo, y simuló un acceso de tos para cubrir el ruido opaco de la lata llena a rebalsar. La suerte que lo había acompañado en la puerta del edificio le daba ánimos; sentado tras el pequeño escritorio, había encontrado al viejo portero que lo saludó con un:

—¡Hola, don Horacio! ¿De nuevo lo mandaron a comprar libros en un remate?

Había asentido riendo, feliz y asombrado de que ese hombrecillo le ofreciera la excusa que tan vanamente había buscado. La culpa debían tenerla sus nervios. ¿De qué le valía abstenerse de fumar y de beber si no lograba dominar sus nervios?

Un grupo de muchachos salió del servicio bromeando, y el más alto y desgarrado estuvo a punto de llevarse por delante el paquete.

—¿No ve por dónde camina? ¡Esta juventud de ahora...! —exclamó sin poderse contener, mientras alzaba el paquete y lo protegía en el regazo.

Sólo escuchó risotadas por respuesta. Le fastidió que esa villana donde se exhibían gráficos estadísticos y revistas permaneciera iluminada; hubiese preferido que el vestíbulo estuviera completamente a oscuras. El reloj marcaba las 11 y 10 de la noche; a las 11 y 30 los estudiantes desaparecerían del Salón de Lectura y de los interminables corredores del inmenso edificio.

Tuvo ganas de saltar alegremente —decididamente estaba de suerte—, cuando divisó en el control de entrada a ese empleado que había sido oficial de caballería en el imperio austro-húngaro y recibido de profesor de pintura en la Escuela de Bellas Artes de Buda-Pest; se le antojaba que poseer semejante empleado equivalía a los cinco códices miniados que la Biblioteca mostraba con orgullo pueril. Ahora estaba seguro de pasar sin que por broma le hicieran abrir el paquete.

El pintor le hizo un ceremonioso saludo. De pronto, como si la lata se hubiese convertido en un almohadón de plumas, se encontró ante la puerta del ascensor que llevaba a los depósitos de libros.

Saludó secamente al empleado del Depósito, quien, afanado por ubicar rápidamente los libros devueltos, apenas le contestó. Además, el cadete Marro no se atrevería a preguntarle ni palabra. Recorrió los pasillos hasta llegar al sector más alejado y depositó con suavidad la lata.

Ya era cuestión de saber esperar, y a eso le habían enseñado largamente los que

mandaban.

Las llamas iluminarían los lomos de los libros, que habrían de recuperar de inmediato sus colores brillantes, como cuando eran nuevos. Los lomos con sus tejuelos dorados, como casas con balcones saledizos, cobrarían volumen, al ensancharse por el fuego, avanzarían fuera de las estanterías del depósito; se les caería el marbete —ese rotulito pegado al lomo y que señalaba su ubicación— como si al frente de una cusa incendiada le saltara la chapa blanca del número. Lo importante sería ese lomo de los libros cobrando diversos colores, como los frentes de las casas al reflejarse en las aguas negruzcas del Riachuelo, cuando se incendiaba una barraca.

¡El Riachuelo!

Apretó la yema del dedo pulgar contra el cuerpo de esas estanterías metálicas que se repetían paralelamente, y a medio metro de distancia, con sus dobles frentes de anaqueles cargados de libros. La uña se le emblanqueció, como pierden color los cohetes en el momento que estallan y lanzan una lluvia de claras estrellas.

Era inútil, no lo podía evitar. Sabía hacia donde lo llevaba irremisiblemente ese reflejo de las casas en las aguas del Riachuelo.

—Lo sé, lo sé *fraulein* Marlene... —murmuró, y terminó apretándose el labio inferior entre los dientes. Igual había apretado, había mordido con desesperación y absoluta seguridad de que contra lo normal no brotaría sangre.

—*Fraulein* Marlene no tiene sangre, ni puede gritar... —dijo, y ahogó el deseo de soltar un grito. Un grito suyo, del Encargado de Información Bibliográfica; un grito que retumbaría en los depósitos de techos bajos, que descendería por el hueco de los montalibros o de los *sinfín* y llegaría hasta el Salón de Lectura. Las muchachas y los muchachos del Salón de Lectura tenían sangre en el cuerpo; quizá por eso les tenía ese inexplicable rencor. Pero ellos ya no importaban; se habrían ido por parejas o solos. La Superioridad se había escandalizado al saber que algunos se besaban y «algo más» aprovechando los huecos oscuros de las escaleras. Ellos no importaban; ya no tendrían donde sentarse y, menos aún, besarse.

Lo único que ahora podía preocuparle era el que apareciese cualquier ordenanza de los que hacían la limpieza; miraría con asombro esa lata de nafta y, también, esa caja de fósforos que remecía en la mano. Podía decirle que no era nafta sino agua para lavar estanterías; pero le costaría hacérselo creer: su tarea perfectamente diagramada, punto por punto, no marcaba este cuidado. El bibliotecario jefe Aldecua lo había enjaulado en ese diagrama para no disgustar al Director; ambos eran *malos bichos*.

—¡Malos bichos! —susurró con rabia.

De pronto, se estremeció. Lo más probable era que surgiese entre las estanterías el auxiliar de su oficina, con ese andar de patinador en suecos de fieltro; husmearía los libros para alguna bibliografía especial. Lo detestaba desde aquella vez que, en su ausencia, se había apoderado de ese pedido de obras sobre «El fetichismo en el

amor». ¿Qué podía entender él de esos temas? ¿Acaso alguna vez se había quedado preparando bibliografías especiales hasta que las ventanas de ese sector eran las únicas que permanecían iluminadas en el edificio?

Además, ¿qué sabían ese auxiliar, y los demás empleados, del amor? Nada; al menos nada de ese amor... Para saber algo deberían caminar como él caminaba por esas calles cercanas al Riachuelo que, a veces, se le antojaban estrechas. No, no eran estrechas; él hubiera querido que fueran estrechas para deslizarse por ellas como en un tubo.

«Deslizarse por un tubo...». «Las cosas le salen como por un tubo...». Sus cosas, en cambio, no se deslizaban; nada le resultaba fácil, ni siquiera morir. ¿Por qué habría leído ese libro de un autor obsesionado por la muerte? Todas las cosas negativas y mezquinas se le adherían; él les servía de imán. Para los suicidas de verdad las cosas debían ser muy simples. Un tiro, veneno, colgarse de una viga; lo que no podía entender, y de sólo pensarlo le causaba náuseas, era la costumbre japonesa de abrirse el estómago. Pero él no era suicida.

Apretó los labios. Lejano, escuchó el intercomunicador telefónico.

Miró en derredor. No, el suicidio, en comparación de lo suyo, era una mezquindad.

Caminaba de nuevo junto al Riachuelo; las luces de los faroles se paseaban alrededor del ala gacha de su sombrero, como los reflejos espaciados de una farola.

Lo importante era acelerar el paso y no encontrarse con que otros habían llegado antes que él. Quizás, por unos pesos más, el Alemán podría hacerles trampa a los otros y dejársela sola para él. Se detuvo un momento. Miró hacia las ventanas de un hotel. Una del primer piso estaba iluminada; a través del visillo le pareció ver una pareja desnuda. Era irremediable: cada vez que divisaba dos personas en una habitación cerrada, imaginaba que estaban desnudas y acariciándose con lentísimos ademanes.

De nuevo, echó a caminar entre las casas; ya no tenía tiempo de mirar esas rejas de hierro forjado que habrían pertenecido a vaya a saber qué balcones elegantes del Buenos Aires de fin de siglo; necesitaba llegar lo más pronto posible. Las casas, a veces, aparecían hundidas bajo nivel, como si al afirmar las calles hubieran quedado sumergidas por una inundación de asfalto o de cemento.

Tuvo un estremecimiento al pensar en lo que sucedería si el Director supiera hasta qué «extremos de degradación había descendido en la escala del vicio y del libertinaje». Sacudió forzosamente los hombros y, como para borrar todo rastro de miedo, se dijo en voz alta:

—¡En este país nadie se muere de hambre!

Cuando estaba lejos de la Biblioteca, experimentaba una misteriosa borrachera de rebelión y audacia. El día que el Director llegara a gritarlo, le hundiría en la panza un cortapapel que había afilado como una daga; se lo hundiría y quedaría revolviéndole las tripas, mientras le gritaría toda especie de insultos; gritaría hasta quedarse ronco, y

con los intestinos hasta los codos ensangrentados.

Respiró hondo, como si hubiera realizado el acto y necesitara descanso. Los guerreros primitivos gritaban para asustar al contrincante o para disimular su propia cobardía. Sonrió feliz; le producía placer encontrar explicación para sus actos mezquinos. ¿Les sucedería lo mismo a los demás hombres? ¿O existían hombres que no sentían necesidad de explicarse ante nadie?

Tampoco se explicaba cómo, teniéndola para sí, si se le antojaba, el Alemán nunca usaba a Marlene; o vaya a saber qué sucedería en esos días en los cuales cerraba la casa por vacaciones. ¿Para qué necesitaba darle vacaciones a Marlene? Todo eran argucias para aumentar los precios. Y ¿por qué...? No. Ya era absurdo entrar en esa tromba de preguntas, de incredulidades.

No quería tener celos del Alemán; si llegara a tenerle celos, se vería arrastrado a pedir una explicación. De nuevo, la palabra «explicación» le produjo un áspero malestar. Nunca se atrevería a hacerlo.

De improviso, se detuvo y, con un movimiento cuya rapidez no imaginó de adonde podría brotarle, se ganó a la sombra de una puerta de calle. Se apretó contra la hoja de madera. Sintió que el pomo de metal de la agarradera le presionaba la chaqueta y se le apoyaba en la cintura, donde debían estar situados los riñones. Permaneció allí hasta que la figura se agrandó, estiró y, por fin, se acortó a la luz de un farol de la calle. Respiró; no era el Jefe Aldecua.

En cuanto desapareció la figura por una de las calles laterales, abandonó el reparo casi de un salto. En un segundo, había experimentado la sensación de que lo tomaban por la espalda y le tapaban la boca. Con ser algo, no era lo más importante el robo sino ese susto que le hubiese hecho golpear el corazón. No podría luchar; el médico le había dicho que tenía muy débil el corazón. Entonces respiró feliz; era como si le hubieran dicho, al prohibirle toda audacia, bajo pena de muerte, que ya no pertenecía al mundo codicioso de los hombres. En cuanto al robo, era imposible que logran descubrir ese bolsillo que se había cosido en un costado de la pretina del pantalón; a ningún sastre se le había ocurrido, menos se le ocurriría a un ladrón. Se estremeció y ajustó el paso: los ladrones podrían golpearlo al verse defraudados.

Llevó la mano a la cabeza, levantó el chambergo y se palpó; sí, allí seguían las dos cicatrices en el cuero cabelludo.

Casi trotaba. Ya no le importaba que lo asaltaran; permanecería estático, sin el más leve movimiento; salvo si descubrían el bolsillito donde estaba el dinero que el Alemán le exigía, antes de entregarle a Marlene. Aceleró más el paso. Si, en verdad, encontrara al Jefe simularía no verlo; si él lo hablara, le diría que no tenía derecho a interrogarlo sobre cosas privadas que no figuraban en el diagrama de su Carpeta de Trabajo, y menos que menos hablarle de la Biblioteca; que sería como hablarle de Clarita. Esa noche, como tantas otras, tenía que desterrar a Clara Pombo de su memoria. Tenía que serle totalmente infiel. Para ello necesitaba morder a Marlene, pero morderla con todas sus fuerzas.

Le produjo íntimo placer la certeza de que ella no habría de quejarse, ni que tampoco intentaría el menor movimiento de repulsa. Permanecería pasiva ante cualquiera de sus caprichos.

—Insultarla y pegarle... —dijo en voz baja, y miró en derredor—. Insultar y pegar a una mujer —susurró con voluptuosidad y se contuvo. Podía elegir acciones y palabras a cometer con *Fraulein* Marlene, cuando el Alemán se la entregara—. Morderla, morderla... —agregó, e instintivamente llevó la mano derecha a la boca y comenzó a tantear las encías; a veces, creía tener enquistados los dientes en una masa dolorida de caucho flexible, hasta que de tanto apretarlos entre sí cesaba el dolor o la molestia. Esto podía ser sugestión u obsesión o sólo falta de calcio.

¿Para qué habría leído esas Obras Completas de S. Freud, ubicadas en el sector XI del depósito A? Le habían dicho que debía guiar a los lectores para no entregar a los jóvenes un libro que podía ser causa de un *trauma síquico*. ¿Y a él, quién lo había protegido? Era inútil pensar en ello, pues estaban para servir y proteger a los demás.

Se detuvo en seco al darse cuenta de que había estado a punto de pasarse.

Al entrar en el amplio patio cubierto se estremeció; de atreverse hubiera arremetido con todos. Allí estaban: el Italiano, Somoza, el de la tienda, y ese marinero noruego, que no faltaba desde la llegada de su barco. No entendía cómo ese marinero había logrado encontrar a Marlene; en los dormitorios de los barcos y en las tabernas de todos los puertos de la tierra debía existir una especie de misteriosa masonería sexual: las noticias debían correr como entre los insectos, por las excitadas vibraciones de los sexos a malicia de élitros. Los tres, estaba seguro, debían esperar a «su» Marlene, quien debía estar con un cuarto individuo; salvo que el Alemán la estuviera lavando. La idea lo llenó de alegría, que, de pronto se transformó en fastidio.

—¡Maldito alemán mentiroso! —murmuró con rabia, al pensar que había prometido traer otras doce de Berlín y no cumplía su palabra. No deseaba cambiar a su Marlene, pero tenía la esperanza de que alguno de los que la buscaban preferiría a las recién llegadas. Ninguna de las nuevas lo tentaría a él, como no lo habían tentado las otras dos: Isolda y Gretchen, la morena y la pelirroja.

Desde la cancel, la portera, con gesto irónico, le señaló la puerta cerrada de la pieza de Marlene. Devoró con los ojos ese movimiento que dejaba flácidas las carnes del brazo; le gustaba verlas colgantes, con algo de esos coy donde duermen los marineros.

—¿No hay nada que hacer, entonces? —preguntó con mansedumbre.

—Nada, como no sea esperar... —le contestó despectiva.

Tuvo ganas de tomarle, entre el índice y el anular recogidos, esa jeta pintada y preguntarle, mientras se la retorció, quién de los dos había descendido más. Quedó indeciso; luego, le pareció que bastaba con pensar esas cosas, ello producía suficiente desahogo. Alzó los hombros huesudos y fue a sentarse junto a una de las mesitas patulecas y llenas de quemaduras de cigarrillos. Miró con restos de antiguo temor; le

había costado llegar hasta ese «antro de perdición».

No podría olvidar jamás la cara libidinosa de Pelón Solari, cuando le había dicho:

—¿No conoces las *muñecas* del Alemán?

Ni siquiera había comprendido qué podría tener de maliciosa esa pregunta, como para que se la dijera en ese tono.

—Si me prestas por 15 días el *Manual de Administración*, te doy la dirección... Son más limpias que las mujeres de verdad, y huelen como vos quieres... ¡Y no hablan, ni te hacen preguntas! —había agregado en voz baja.

Siempre lo había aterrorizado ese tono sobrador de las *mujeres livianas*. En un primer momento, había pensado que era fácil dominarlas gritando, que a las mujeres les gusta que las griten; la cuestión era llevar a la práctica la teoría.

—¿Qué decides? Esas, las del Alemán, no hablan, no te hacen preguntas, son limpias —repitió, ya dirigiéndose a él, y con un tono tan sensual que parecía lamer las cosas que nombraba.

«Incubo y súcubo, incubo y súcubo», se dijo mentalmente, mientras, sin saber porqué, recordaba ese libro de J. K. Huysmans, «Allá Lejos», que hablaba de las misas negras en la Edad Media.

—No puedo, el Reglamento Interno, en el artículo...

Era inútil, Pelón reía de esa manera que lo hacía avergonzar íntimamente de su falta de audacia. Le pareció escuchar los gritos del Director por causa de que se violaba ese artículo 184. Se violaba, se violaba. «Perro que ladra no muerde», se repitió una y otra vez; le pareció que a la tercera ya tenía suficiente coraje y, sin agregar palabra, fue a buscar el libro codiciado por los estudiantes. En silencio preparó la boleta de préstamo. La mano le temblaba, y, por el rabillo, alcanzaba a divisar la de Pelón Solari que, con estudiada calma, trazaba el nombre de la calle y, luego, el número.

—Le dices que vas de parte mía... —susurró, tomando el libro mientras con la otra mano le pasaba el papelito doblado.

Desde entonces habían pasado dos años.

De improviso, se abrió una de las puertas, la del cuarto de baño, y salió el alemán. A ese cuarto el dueño de casa lo llamaba las *Termas de Diocleciano*. A veces, cuando estaba borracho y mientras se rascaba la caspa mirándola caer con fruición sobre su traje azul, el alemán le hablaba de esas Termas en Roma: detallaba interminablemente la estatua de la Venus de Cirene, y la del Efebo de Subiaco, que había pertenecido a Nerón. Las palabras surgidas de sus labios húmedos y temblorosos parecían llegar después de haber recorrido sensualmente las curvas y los músculos suaves y alargados de los mármoles.

Se levantó de un brinco, tenía que sortear las mesitas y alcanzarlo; llegó tarde.

Se contuvo y retiró la mano del picaporte. El alemán podría enojarse y negarle a Marlene por el resto de la noche; hasta sería capaz de cobrarle el doble de la tarifa, o de entregársela a ese baboso de Somoza. Como si no encontrara otra forma de ocultar

el intento de abrir la puerta, guardó la mano en el bolsillo. Había que borrar todo; intentó silbar como la gente que pasea matando el tiempo, pero los labios se le desacondicionaron y sólo escuchó el paso del aire. De todas maneras, no podría ocultar los celos. El Alemán había salido de las *Termas*. ¿Habría estado lavando a Marlene?

Dio un golpe, y su mano pulposa rebotó en la mesa. Le ardió la palma, y con asombro se dio cuenta de que no recordaba cuándo se había sentado.

La portera se acercó chancleteando, y preguntó:

—¿Lo de siempre?

Asintió con un ademán; le daba lo mismo lo que le trajera. Estaba más tranquilo; el Alemán habría ido a calentar el agua. A veces, tenía deseos de convertirse en líquido, de transformarse en agua caliente y entrar por el ombligo de Marlene; descubrir el interior de ese admirable mecanismo.

De nuevo, se abrió la puerta y apareció el Alemán; no tuvo necesidad de correr a su encuentro pues lo vio dirigirse hacia su mesa casi en línea recta. Ni siquiera se atrevió a ponerse en pie como muestra de deferencia, para «hacer méritos».

—¿La quiere toda la noche?

La voz del Alemán era igual a la de Pelón. Sintió un cosquilleo en la columna vertebral, un tirón en los músculos del cuello, y susurró:

—Sí, la quiero.... —Esto podría haberlo dicho frente a un cura y teniendo a Clarita a su lado. Cerró los ojos; lo malo de los hombres sucedía cuando las ideas se les enquistaban en el cerebro.

—Entonces, después del italiano y de Somoza... —sonrió, y como si pasara un caramelo por los labios de un chico ansioso, agregó—: ¡Doble tarifa!

—¡Doble tarifa! —exclamó, llevando la mano a la pretina—. Se está aprovechando... —agregó, y la voz le sonó cavernosa. Tuvo ganas de saltar al cuello del Alemán, que parecía ofrecérselo desafiante; pero la voz y el ademán se le diluyeron. Era inútil, los músculos estaban paralizados.

—Sí, me estoy aprovechando... Ya sabrás que vino el Negro... y él gasta mucho, mucha plata... Es un Negro de lujo... —terminó burlón, mientras con el índice le alzaba la corbata hasta la altura de la nariz.

Lo miró alejarse; era inútil protestar: habría de ceder mientras pudiera pagar.

«Es él», se dijo, de pronto, al recordar que en la Contaduría de la Biblioteca le habían dicho que «un tipo con pronunciación de alemán había preguntado por su sueldo, a raíz de una solicitud de crédito...». ¡Solicitud de crédito! ¡Jamás pediría uno! Tuvo un estremecimiento. ¿Sería un comienzo de chantaje? Recordó la casilla de «chantaje», en el fichero de Derecho Penal; podría tener en su ayuda alrededor de 35 tratadistas... El corazón le golpeteaba en el pecho. Era horrible e injusto que toda la vida, sus 30 años de «impecables servicios», dependieran de unas palabritas murmuradas, acaso de pruebas tan fáciles de conseguir. «El hombre es el lobo de los hombres», Plauto —se dijo con la esperanza de que la frase le sirviera de excusa, de

protección, o que despertara en los demás lástima protectora.

Pero ¿qué interés tendría el Alemán en matar la gallina de los huevos de oro? Él, ya sabía cuanto ganaba, cuanto era el máximo que podía pagar. Lo tenía en sus manos, pero se guardaría bien de apretar demasiado.

—Todo será más simple de ahora en adelante... —suspiró, repantigándose en la silla crujiente.

CAPÍTULO SEGUNDO

AL entrar en la habitación a media luz, le pareció que aún quedaba en el aire rastros de ese perfume ordinario que usaba Somoza. Sus movimientos se tornaban mecánicos. Todo comenzaba desde el instante en que transpuesto el umbral, cerraba la puerta haciendo girar la llave.

Desde ese momento *Fraulein* Marlene le pertenecía; nadie podría venir a molestarlo. Ni la policía, siquiera, porque ¿en cuál figura delictiva podría encuadrarse lo que hacían él o el Alemán? No podía ser delito de ninguna laya el explotar mujeres de goma, de material plástico. Respiró. Además el Alemán estaba acomodado con el Comisario.

Quiso borrar sus pensamientos. Su vista se apoderó de la varilla que, a manera de zócalo, separaba las dos clases de papel que lucían las paredes de la pieza: uno azul eléctrico en la parte baja, el otro floreado en rojo y dorado en la parte superior. Lentamente siguió la varilla; la vio perderse tras el ropero. Al pasar frente al espejo cerró los ojos; no quería hacerse trampa y mirar la imagen nívea, que en parte alcanzaba a reflejarse bañada por la luz azul del velador. Nada de trampas: cada cosa vendría a su debido tiempo. Atropellando no se logra saborear.

Cuando la varilla dobló en una esquina, tras un sillón en cuyo tapizado de seda luyida se marcaban los elásticos, experimentó la primera sensación aguda en la garganta; luego, como si unos duros signos interrogantes le tocaran las nalgas. Tenía que sentarse en ese sillón y comenzar desde allí la segunda etapa.

Los interrogantes de acero ocuparon el puesto acostumbrado; si le arreglaran o cambiaran ese sillón, algo se interrumpiría de improviso, como si se produjera un corto-circuito. Dejó la cabeza gacha hasta que la vista se le encarriló en los flecos de la alfombrita gastada; luego, era simple seguir el par de torzales de flores que la recorría por el centro hasta perderse en la oscuridad producida por la cama matrimonial; entonces, la barbilla sobre las manos cruzadas, apoyaba los codos en los brazos deshilachados del sillón, y los ojos lograban el juego necesario. Cuando la vista alcanzaba el borde de la cama, donde la sábana superior y la frazada recogidas producían sensación de tierra volcada por el arado, allí en ese borde donde la sábana inferior mostraba el pliegue del planchado, experimentaba la segunda sensación aguda en la garganta. Desde allí, la vista se sentía atraída, tironeada, hasta terminar sorbida por esa leve aurora boreal rosácea que parecía despedir el cuerpo de Marlene. La contenía, sin embargo, y, como en un salto vertical, la alzaba hacia esa estufa eléctrica que brillaba sobre el mármol del lavatorio. La estufa con sus filamentos rojos se le antojaba, a veces, un caracol de llagas paralelas, otras, un girasol del infierno. Un rojo girasol con susurros de seda.

Como por un trampolín, la vista saltaba al codo de Marlene, que brillaba con leve tinte rojizo; seguía por el antebrazo hasta que el pelo cortado en melena hacía desaparecer la mano.

Entonces, experimentaba la tercera sensación aguda en la garganta.

El alemán no olvidaba detalle, sabía colocar a Marlene tal cual él la deseaba: en la misma postura que la había visto dos años atrás. Cualquiera fuese el precio que le cobrara, no era caro, puesto que el arte es inapreciable —se repetía mentalmente, hasta que la mirada se le deslizaba por suerte de suave catarata de leche hacia los pechos. Era cierto de que no conocía muchas mujeres; que no había tenido muchas veces, entre las manos, esa masa tibia, y, al mismo tiempo, blanda y construida con materia espesa y dura de que están hechos los senos, con algo de semejanza a las nalgas; pero no cesaba de repetirse que no existían pechos más hermosos que los de Marlene.

Cuando debía preparar una bibliografía especial que, por la urgencia, le obligaba a quedarse en la Biblioteca hasta la madrugada, a menudo extendía las láminas sueltas de los libros de arte que reproducían desnudos femeninos. Uno por uno recorría comparando el trazo, el colorido, el volumen, en particular esa tersura que a veces dejaba traslucir la reproducción: no había ninguno como los senos de Marlene. Y no había prejuicio, menos aún desconocimiento puesto que cubriendo el resto de la figura podía decir, sin temor a equivocarse, cuando se trataba de un seno pintado por Rubens, el Tiziano, Pollaiuolo, Caravaggio, Botticelli o Renoir. Todos los pechos femeninos se convertían en una inmensa teoría de astros o planetas apagados, que su memoria guardaba clasificados fríamente. Cuando el desnudo estaba de espaldas, entonces la clasificación descendía a las nalgas. En ambas clasificaciones encontraba una similitud de volúmenes sensuales que le causaba malestar y raro placer. Sin embargo, nunca se había atrevido a mirar esa prodigiosa colección de fotografías pornográficas que había reunido el Mayordomo. No, la pornografía era su enemiga, la odiaba. Era como si le obligaran a comer carne mascada por otro individuo.

De pronto, como si se cortara una película y automáticamente se prendieran las luces de la sala cinematográfica, dejando ver las caras bovinas e inexpresivas de los ocasionales vecinos de platea, la escena de sus recuerdos (¿recuerdos, acaso? ¿Cuál era más real?) se borró.

Escuchó pasos sobre el piso de fibrocemento; instintivamente empujó con el pie el tarro de nafta bajo la estantería, y simuló estar repegando el marbete topográfico de un libro. Los de ese Sector, que era el cuidado por Clarita Pombo (le resultaba imposible agregarle su apellido de casada), debía haberlos pegado ella misma. Tocó con suavidad el pequeño rótulo; un golpecito por cada paso que se acercaba. Cesaron los pasos; de nuevo, se escucharon otros más fuertes y un carraspeo. Debía ser esa empleada que revisaba el Depósito antes de retirarse. O, quizá fuera Gina, la «restauradora de libros antiguos»; pero la historia de esta era más complicada.

—¡Gina! —murmuró con rabia.

Volvió la lata de nafta a su lugar anterior y, luego, como si completara un rito, palpó la caja de fósforos. Siempre temía que en el instante necesario le faltara algo esencial.

Volvió al cuarto de Marlene; le pareció que los codos le dolían, o acaso se le habían entumecido de tanto tenerlos inmóviles y apoyados en los brazos luyidos del sillón.

Entonces, con parsimonia se incorporaba y lentamente comenzaba a despojarse de su ropa, dando la espalda a la cama y recorriendo con la vista el resto de la habitación.

Le costaba desprender ese botón metálico de la camisa con mello postizo; esas camisas modernas, de cuello pegado, se le antojaban afeminadas, nunca las usaría.

El pantalón se le escurrió de las manos y la hebilla golpeó en el suelo. Se agachó para recogerlos y quedó un instante mirando el perfil, casi en sombras chinescas, de las partes más secretas de su cuerpo. Le parecía un espectáculo hermoso y tibio; las miró un momento objetivamente, como si no fuesen suyas ni de ningún ser humano. Le asombró pensar que ese simple conjunto de cosas aseguraba la continuidad del género humano.

Miró, después, las manos menudas y flexibles de Marlene, tan perfectamente articuladas que parecían naturales. ¿Acaso no lo eran para él? Le fastidiaba que el Alemán cometiera la torpeza de llamar *muñeca* a Marlene.

Pelón Solari le había dicho, una vez:

Ustedes los burgueses burócratas son unos pobres pelagatos en el amor... No se pueden imaginar las exquisiteces que se gastan en esos barrios que ustedes llaman *bajos*...

No se animó a contradecirlo. En verdad, no le extrañaba: eran gente de trabajo, y la gente de trabajo debía tener movimientos suaves y enaceitados como las máquinas; como los émbolos que se introducían silenciosamente en otros cuerpos.

Dobló los pantalones, hubiese querido tirarlos lejos y hechos una pelota; pero la operación calmosa le obligaba a dilatar el «instante». Llevó las manos a sus partes viriles. Todo marchaba bien todavía, quizá por no haber abusado nunca; ya fuera solo o acompañado, nunca había usado de su cuerpo más de una vez por semana: invariablemente los sábados. Salvo el sábado en que murió su madre. Un profesor de la Facultad de Medicina había dicho que una vez por semana, aunque fuere solo, no podía hacer daño. Y las Facultades no podían equivocarse.

Marlene no había dicho: «Vení, chiquito...» o «¿Te vas a pasar la noche mirándote?». Tuvo deseos de correr y saltar totalmente desnudo alrededor de la estufa; saltar haciendo cortes de manga para el Director (así, con mayúscula), para el Jefe de división y el de sección; saltar y que ninguno de sus movimientos figurara después en la planilla estadística de la Biblioteca.

Fue acercándose hasta tocar el colchón con las pantorrillas. Se dejó caer y escuchó el latigazo metálico del elástico. Todo era exactamente igual; no había variante o problema nuevo que obligara a razonar a su cerebro y lo privara del goce total de los sentidos.

Marlene no extendería una mano fría para tocarle la espalda y hacerle erizar la

piel. Allí estaba, no *inmóvil y yerta* sino inmóvil y tibia.

Con medido movimiento giró sobre la derecha, como la tapa de un libro que se cierra, y quedó tendido en la misma postura que Marlene. Ya estaba listo para el espectáculo total; podía iniciar cualquier rito. Ningún rito compartido podía ser más secreto que este de su amor con Marlene. La casa estaba vacía o casi; la portera dormía a medias borracha y embrutecida. El Alemán rodaría por los cafetines de la Isla Maciel, prendido al brazo del Negro.

Miró el cuerpo de Marlene imitado en los menores detalles. Volvió a decirse, deslumbrado como la primera vez:

—¡Estos alemanes son unas fieras!...

No supo cuanto quedó contemplando curvas y rectas; debía ser más de un cuarto de hora, pero no quería medirlo. Era necesario que el deseo se transformara en ansiedad dolorosa.

Se encucilló al escuchar, de nuevo, los pasos femeninos, semejantes a un picoteo de gallinas en una escudilla, a poco de los de un hombre. Escuchó los gritos de este, pues alguien había dejado abierta la puerta del ascensor en otro piso. Los pasos de ella desaparecieron en la escalera; no debía usar el ascensor para disimular. De pronto, le pareció que el sonido recuperaba fuerza, como si la mujer retrocediera asustada.

Prestó atención en vano. El temor debía hacerle imaginar ruidos. Miró el reloj y respiró. Debían ser los pasos de Gina, que daba término a su tarea diaria. ¿Sería el Jefe González, el marido de Clarita, quien la había precedido en el ascensor?

Apretó con rabia los puños; no era de hombre ir con el cuento a Clarita; además, ella debería saberlo, soportarlo y, quien sabe si aceptarlo con un dejo de admiración. Hasta en esto debía ser muy mujer.

Las luces de los pasillos principales, pegadas al techo como grandes botones de nácar, se apagaron. Estarían saliendo y firmando en ese reloj control, transformados en un mecanismo más. Extendió las manos y palpó los libros en la oscuridad. Ya era cuestión de esperar, nada más que esperar. Palpó suavemente, tal si probara la sensibilidad de las yemas de sus dedos; desearía tener la de los ciegos.

Lentamente, casi tamborileando sobre las sábanas, había avanzado la mano. Estaba seguro ya; Marlene no olía a Somoza. Rozó un brazo y deslizó la mano como un tobogán tibio, casi afiebrado. El Alemán jamás erraba en la temperatura; estaba calculada para cuatro horas: hasta las 6 y 30 de la mañana. No podía quedarse más; Marlene comenzaría a enfriarse justo cuando él se enardecía por última vez.

Acercó su cara a la de ella. Tenía los labios rojos y húmedos apenas entreabiertos; los párpados semicerrados, la cabeza echada hacia atrás. No, no tenía el menor rastro de olor ajeno; el Alemán la desinfectaba y perfumaba. Siempre temía encontrar en las mujeres ese olor a langostinos pasados, que tenía esa que una vez lo llevó a la

alcantarilla con pasto y yuyos del terraplén cercano a su casa. El olor debía haberle quedado injertado en las mucosas, tatuado: ni siquiera había borrado esa sensación olfativa la sonora del tren, que pasó en el preciso instante final. ¿Cómo podían ser tan sucias las mujeres? Ni siquiera recordaba su edad, menos la de ella.

La carne de Marlene cedía a la presión exactamente como la de una persona. ¿Por qué hablaban tan pomposamente de la «persona humana»? ¿Se referían a él, al Alemán, al Director y a los Jefes? Con desesperación hundió los dientes; mordió una y otra vez hasta que la boca le quedó adherida. Cuando era chico había mordido hasta el cansancio una pelota de goma; mordía enfureciéndose paulatinamente ante la tozuda resistencia del material. Otra vez que jugaban a las escondidas, antes de ir al Taller del maestro Hennequenff, había bajado unas bombachas para morder las nalgas; no podía recordar si las bombachas eran de un chico o de un chica, sólo recordaba las nalgas como frutas en almíbar dentro de un pote de cristal.

Su cuerpo se ajustó al otro en un silencio sólo interrumpido por su alentar y el cloquear de la saliva en las oquedades. No era cierto que los burgueses carecieran de imaginación erótica, tendría que discutirlo con Pelón Solari.

De golpe, escuchó un ruido metálico. Estaban cerrando la cortina de tijera que clausuraba el Depósito principal de la Biblioteca hasta el día siguiente. Tenía que decidirse; podía gritar que estaba preparando una bibliografía especial. ¿A oscuras? Oyó el click del pestillo. Un silbido y el zangoloteo de los compases de un tango, luego, el rugir más agudo del montalibros mecánico que subía. Ya no cabía dudas de que el cadete Marro usaba el montalibros como ascensor. Intentó correr e imponerle una sanción. Si fuera Director echaría a la calle por lo menos a diez empleados; no, no se animaría a hacerlo, quizá alguno de ellos fuera medio loco y le pegara un tiro. No valía la pena. ¡Pero qué hermoso sería llamar a una persona, a otro igual que uno mismo, y gritarle!: «¡Sepa, señor mío, que está despedido! ¡A la calle!».

El cable del montalibros podía cortarse, y ese muchacho caer en el vacío de los 4 pisos de depósitos; entre centenares de miles de libros.

Sin poderlo evitar corrió por el pasillo; antes de llegar al último cuerpo de estanterías escuchó el cierre de la puertecilla del montalibros y, de nuevo, el rugido y la puesta en marcha, mientras el silbido del tango se alejaba. El cadete Walsenffer jamás haría esto.

La reja contuvo su carrera; la remeció con fuerza. No gritó, no podía gritar. Quedó a la espera del desfondamiento del artefacto o el corte del cable y su chicotazo y, en ambos casos, el grito agudo del cadete Marro.

Esperó vanamente hasta que cesó el ronroneo del motor; entonces, creyó oír un grito ahogado, ya no en el montalibros sino en el mismo depósito. Escuchó, pero nada más pudo percibir.

CAPÍTULO TERCERO

SE despertó de improviso, arrojó los diarios que le habían servido de cama, y sólo dejó el que reforzaba su chaleco. Era frío este inmenso Depósito; tenía razón el Jefe de Personal de que era necesario consultar a un médico o a la respectiva repartición sanitaria para que declararan insalubre el trabajo en estas cámaras heladas.

Amontonó los diarios en diversas pilas, distribuidas ordenadamente en los sectores; luego los uniría con otros ejemplares retorcidos que a manera de mecha y rociados con nafta, provocarían los focos de incendio. Le sugestionaba leer en las noticias de policía eso de los «focos de incendio».

Bostezó y la mandíbula inferior estuvo a punto de desencajársele; era asombroso de que se hubiera dormido cuando tenía algo tan definitivo por hacer. Podía atribuirse al relajamiento de los nervios al cesar todas las dudas. Recordó haber leído que muchos condenados a muerte dormían profundamente la última noche.

Sólo quedaba por elegir el momento. A las 6 y 30 de la mañana, Clarita pediría las llaves en la Intendencia de la Biblioteca, por última vez. Era la primera en llegar, era justo que descubriera las llamas. Ella había sido la primera en todo.

Tiró del cordón de las luces con minuterio y se encendieron los seis focos correspondientes a un cuerpo de estanterías. Miró el reloj, y esperó nerviosamente que se apagaran una vez transcurridos los tres minutos. Las 2 y 30; le quedaban 4 horas. Exactamente las que tardaba *Fraulein* Marlene en enfriarse. En la vida debía existir una misteriosa correspondencia entre las cosas. Caminó con lentitud; le pareció que por primera vez no tenía miedo a nada ni a nadie. Tuvo, entonces, necesidad de mirar la ciudad desde una de las ventanas. Cuando se apagó el reflejo de las luces situadas a sus espaldas, a través de los vidrios divisó la ciudad. ¿Qué habría sentido Nerón mirando a Roma, antes de incendiarla? El poder debía ser una suerte de borrachera. Si sólo se quemaran los libros que hablaban de Dios. ¿Este dejaría de existir? Bastaba con que alguien o un país donara mil libros defendiendo una tesis cualquiera para que ella inundara los ficheros y, con el tiempo y por saturación, cobrara valor de dogma. El, pequeño y desconocido artesano de biblioteca, unido a sus congéneres podía hacer desaparecer libros y fichas, y variar la forma de pensar de una generación, acaso del hombre.

Pero, en verdad, era muy fácil desmontar ese organismo de pequeños gusanos de bibliotecas; bastaba con una «resolución de la Superioridad» y un sello unido a otro sello con números misteriosos. «No ha lugar a lo solicitado», al pie de su nota significaba que sus 33 años de unión con las bibliotecas: 4 años y 3 meses en la Biblioteca Popular Sarmiento y 29 años y 17 días en la Biblioteca Central, habían terminado. Un hombrecillo cualquiera ponía el sello y todo estaba terminado: como una naranja exprimida.

Lo dramático provenía de esas casualidades que, de golpe, dan jaque mate. Era demasiado que otra «Superioridad» lo hubiera despojado, también, de Marlene, y

que, como por carambola, todo fuera a dar como resultado el que nunca más vería a Clarita. Era demasiado, como decían de la sirvienta de un vecino que, por venganza, mató al bebé de sus patronos y se los sirvió en guiso; al saberlo, la madre enloqueció. Era demasiado; pero cosas así las había leído en las «noticias de policía», cuando estaba en el excusado, único lugar en el cual le parecía lógico perder tiempo en leer un diario.

Tanteando los libros alineados en las estanterías, tal si tocara los pechos de una doble fila de niñas que le rindieran honores en una escuela, atravesó a lo ancho el depósito y se dirigió hacia una de las ventanas que daban al patio interior. Rebalsarse era rebelarse. Creyó imposible que estas palabras pudieran actuar referidas a su persona.

Se estremeció; en la semipenumbra de la luna nueva divisó la ventana que al otro lado le hacía par. De nuevo, le pareció ver a ese estudiante trepado en el repecho; la cara llena de horror; los brazos en alto, como si fuera a saltar de acuerdo con las reglas gimnásticas; o quizá, los brazos estuvieran elevados nada más que con ese simple ademán con que los chicos piden ser aupados. Debía tardarse mucho tiempo en olvidar los movimientos instintivos de la infancia.

La ventana seguía en el mismo lugar; pero el salto tuvo lugar un medio día lleno de luz y sol. Saltó, y la sombra desbaratada en las baldosas del patio corrió al encuentro del cuerpo que la producía. Habían quedado algunas manchitas viscosas, que no eran de sangre; luego, un dibujo con tiza blanca, para marcar el lugar y la posición de la víctima, de acuerdo con la minuciosa reglamentación legal. Lo importante debía ser que se cumplieran los requisitos y que la Superioridad nada tuviese que observar. Luego, los profesores habían seguido hablando de humanismo.

No podía, ni quería negarlo; ese muchacho le había dado la idea de todo; salvo que él no se atrevería a hacer nada de día. Sus goces siempre habían sido nocturnos. Inesperadamente, se le llenaron de lágrimas los ojos en memoria de todas esas noches solitarias y anónimas. La gente, que tan orgullosamente se llama «normal», no podía entender estas cosas: es tremendamente impiadosa. No, no podrían llegarles sus lágrimas por algo tan difuso. Escuchó de nuevo la bocina lamentosa de la ambulancia, que se había llevado el cuerpo del estudiante. Acaso esa bocina era la única forma de lamentarse que poseía la ciudad anónima. Las ambulancias se lamentarían por él. No quiso pensar más; el pensar demasiado sembraba la duda. Tenía que aprender del muchacho; ¡qué refrescante debía ser el aprender algo de los jóvenes!

Sin embargo, era difícil lograr esa expresión de horror y ausencia. ¿Sería por asfixia o desesperación de arrojarse?

Se había negado a comprar los diarios de la tarde, y en el de la mañana, que recibía por suscripción iniciada el mismo día en que obtuvo el puesto en la Biblioteca, se prohibió leer las noticias de policía; ni siquiera fue al excusado ese día. No deseaba saber el nombre del muchacho; tenía que llamarlo, siempre: *el muchacho*

que sabe todo. Esto debía ser la muerte, si es que era algo.

Tuvo un tiritón, y cerró la ventana. ¿Cuál habría sido la gota de agua que rebalsó al muchacho? La gente se horroriza y llora conmovida; ¿pero quién le habría dicho la palabra que, como una mano, había de empujarlo por la ventana hacia el vacío?

Muy despacio, como si quisiera sopesar las palabras «capaces de arrojar al vacío» que había escuchado en su vida de hombre, de muchacho y de chico, se dirigió tanteando hacia la mocita de la máquina de escribir, que, a menudo, le servía para preparar esas «bibliografías especiales» con las cuales se «floreaban» las autoridades de la Biblioteca. Hasta en eso lo habían robado: ¡Cuántos habían subido alto dando por propio su trabajo silencioso! Había alzado los hombros; no sabía, entonces, si por bondad, luego comprendió que había callado, que se había dejado despojar por temor a las influencias de los expoliadores. La explotación de todo lo que el hombre lleva dentro de sí, en su espíritu, se le antojó alevosa. La palabra «alevosía» lo hacía tiritar como el sonido de una daga bien templada. Si lo suyo era cobardía ¿qué era la acción de quienes se aprovechaban de un cobarde?

Cruzó las manos y las apoyó sobre la máquina. Las palabras habían perdido su significado. Cuando alguien le pedía un diccionario, se mordía para no decirles que ya no existían diccionarios. Se dejó caer en la sillita de ruedas con llantas de goma (el «silencio» era fundamental en la Biblioteca; el Director y los jefes se habían pasado tres horas redactando un aviso que lo pedía, y que, luego, los muchachos garabatearon). La mano derecha le corrió sobre los carretes; mecánicamente abrió el caparazón que cubría los martillitos de las letras.

Alzó la mano y tiró del cordoncillo de la luz con minuterero. Como lo suponía, el cadete Marro no había cambiado la cinta de la máquina.

—¡Es un chiquilín! ¡Un informal! Ya verá mañana...

Escuchó el eco de su voz; era cuestión de hablar fuerte para no encontrarse solo en el mundo. No habría mañana, ni vería más al cadete Marro; le tenía fastidio y cariño. Se hubiera cambiado por él sin un pestañeo; el secreto de la vida debía ser la irresponsabilidad.

El martillito golpeó sobre el rodillo lustroso; alcanzó a ver que había tocado la letra M, y la luz se apagó. No quiso soltar la tecla. No entendía por qué habrían de privarlo de su letra M, de Marlene. La humanidad nunca debía terminar de avergonzarse de la época en que quemaba a los locos por endemoniados. Los que hablaban de humanismo solían ser los más torpes. Antes, en su impotencia, había pensado en quemarlos como venganza; pero esto de quemar a quienes quemaban era pueril. Además, no tenía fuerza para arrastrar a nadie a la hoguera: era más simple la solución de llevarse a sí mismo, de entregarse, así no le quedaría temor a una venganza.

Soltó la tecla y la M recuperó su altura, igual a sus compañeras de fila. En la Academia del barrio, donde aprendió a escribir al tacto, había tenido a Clarita lado a lado; por primera vez a su misma altura, a su alcance. Al principio había sentido

ganas de hacerle un chiste sobre el «tacto», pero no se atrevió, ni se atrevería nunca. Jamás le había dicho un chiste picaresco, como los que sus compañeros usaban continuamente. Creyó que ella notaría alguna vez esas diferencias, hasta que un día la encontró estremeciéndose de risa ante un cuento verde de González. Por un momento se había sentido inclinado a tomar por el cuello al jefe y golpearlo, pero no se atrevió. Se excusó a sí mismo diciendo que no valía la pena puesto que ella lo permitía. Tuvo un instante de rencor, le pareció que ella era semejante a esas mujeres de los cafés del puerto que se dejaban manosear en público, como una cosa, o como una de esas que semejan un simple mueble de adorno que sólo sirve para la jactancia del propietario. Ahora comprendía porqué en los tangos llamaban «cosa» a las mujeres.

Esto formaba parte de las «palabras capaces de arrojar en el vacío»; pero las más terribles habían surgido de esos labios finos y curvos de Clarita. En el Salón de Ficheros, frente al cajón de la letra M, en el cual estaba intercalando unas fichas, ella le había dicho con voz suave y cálida, mientras su cuerpo flaco pero atractivo se movía ondulante:

—¿Le dije que me caso con González?

Lo demás no lo había oído, o le daba lo mismo que pudiera ser dicho. Los dedos de las manos se le habían endurecido, y una torpeza increíble le impedía enhebrar las fichas con la varilla de metal que las sujetaba.

De esto habían pasado 25 años, con sus 25 separaciones por «licencias reglamentarias». Había asistido al nacimiento de las patas de gallo de Clarita; en cambio, le alegraba comprobar que si bien había engordado algo («un poco de adonde agarrarse», como decía otro empleado) no había perdido elasticidad.

—¡Veinticinco años! —murmuró, echando atrás la cabeza, tal si quisiera abarcar cómodamente un extenso paisaje. Cuando era muchacho, había mirado con asombro mezclado de respeto a esas personas que se le antojaban lejanas, «de otro tiempo», pues que podían decir «25 años». Ahora, le extrañaba lo poco que en verdad representaban esas palabras.

Jamás le había dirigido a Clarita ni la más leve insinuación. Ya daba lo mismo callar unas pocas horas más; resultaba facilísimo y no se imaginaba cómo se había vanagloriado de su fuerza de voluntad para callar cuando sólo se trataba de temor a hablar. En la mayoría de las personas, sus virtudes no debían ser nada más que disfraces de sus debilidades. ¿De quiénes habría heredado las suyas? De su padre, no; él siempre tenía esos ademanes ampulosos y seguros de sí. ¿Sería de su madre?

—¡No, de ella no! Es una mujer... —se dijo, inquieto. Buscó con desesperación, como si quisiera borrar la imagen de su madre. A sus abuelos no los conocía; le importaba poco, ellos eran de esa gentecilla sin historia que se muere definitivamente, y que a nadie interesa lo que pueda sucederles; como no sea por unas horas, mientras sirven de espectáculo mortuorio al barrio.

Lo había comprobado a poco de la muerte de su padre. Un muchacho vecino le hizo señas de entrar al Café de la esquina. Vio reflejarse su traje, —teñido de negro, a

empeño y recomendación de una vecina—, en la puerta de batientes del Café Tupinambá, y entró.

Le hicieron sitio deferente corriendo las sillas, y un pocilio de café vino a ocupar la esquina más cercana de la mesa. Pensó que en el barrio la muerte le iba a dar una importancia inesperada.

Quedaron callados, como a la espera de que él narrara con detalles el accidente ocurrido a su padre; que lo contara lo más crudamente posible, tal si pudiera salpicarlos con sangre. Al ver que nada decía, los otros comenzaron a mirarse con aire de personas defraudadas por una mala obra de teatro. Estuvieron así hasta que con frases cortadas primero y, luego, con tono airado volvieron al tema del fútbol. Quedó relegado, con su tacita llena de puchos ajenos. Este fue su primero y único intento de vida de café.

Su traje teñido en 24 horas dejó de interesar; nadie se fijó más en él, ni siquiera cuando tomó un color gris topo y ya no le manchó los sobacos de la camisa con la transpiración de los veranos. Se encontró, en cambio, convertido en jefe de familia, con su sueldo y la perenne espera de aumento. Tuvo necesidad de realizar «changas» para los alumnos: escribirles los trabajos para los seminarios o las tesis doctorales, copiados de los extranjeros, que, él bien sabía, jamás consultaban los profesores. El mundo de los doctores y profesores tenía, tras del título, una trastienda que olía mal.

—Si yo hablara... —se dijo, golpeándose los muslos. Era un castillo de naipes, y todos sabían que si se tocaba una carta...

El mecanismo de la farsa era muy simple: «¡Che, Horacio! Necesito que me averigües que hay de nuevo sobre el tema... Una pavadita para vos que estas en la Biblioteca, ¡una pavadita!...». Otros, le pedían que ocultara algún libro para que los otros profesores o auxiliares no lo pudieran ocultar y «citar más». Algunos, rodeados con sus diplomas de doctor honoris-causa y pergaminos de «demostraciones espontáneas», le daban unos pocos pesos, amén de unas palmaditas en la espalda, que tanto podían tener de confianza como de desprecio, pero que, sin duda, formaban parte del salario extra.

Había callado, también. Ellos eran los poderosos; cualquiera fuese el gobierno, flotaban como corchos y, el día menos pensado, volvían a convertirse en «Superioridad». A menudo se le antojaba que en cada persona sólo le importaba descubrir la posibilidad de que se convirtiese en su amo; todos eran una amenaza y pertenecían a la especie de seres que podían pronunciar palabras capaces de empujar como una mano hacia el vacío.

Se incorporó y lanzó un escupitajo entre dientes; quedó asombrado de haberse atrevido. Siempre había mirado con algo de envidia a los hombres que hacían impensadamente esas cosas. De pronto se estremeció al pensar que podía haber caído sobre un libro. Tiró el cordel y se iluminó el sector. Respiró satisfecho; el salivazo estaba allí, en el estrecho pasillo; lo miró como quien observa un insecto desconocido o repugnante. Era viscoso, espeso y cálido. Sintió una especie de orgullo americano

al comprobar que tenía la forma del continente. Era un Américo Vespucio de la saliva; podría haberse exhibido en un parque de diversiones y ganar dinero.

De improviso, notó que una leve parte, debido a su impericia y a la oscuridad, había rozado el lomo de un libro. Se acercó para limpiarlo.

En ese instante y como provocado por el impulso de su cuerpo, escuchó el ruido del ascensor. Tuvo la sensación de que el bramido crecía y llenaba el edificio; nunca hubiera imaginado que un ascensor podría producir tanto ruido en la noche. Miró en el reloj de bolsillo los grandes números romanos de la esfera. Era lógico; tenía que ser el sereno.

El bramido se agudizaba tornándose zumbido. Había sido un imprudente al prender la luz, tendría que esperar los tres minutos para que se apagara. Ni siquiera podía aflojar las bombitas eléctricas, que estaban empotradas en el cemento, tras un vidrio con marco atornillado.

¿Era posible que tres minutos duraran tanto? Comenzó a arreglarse la ropa. Todo estaba perdido, por una imprudencia digna del cadete Marro. Su cara, como flan que vuelve al molde, tomaría expresión de cansancio y agotamiento.

Todo estaba terminado. Comenzarían los días inútiles e interminables. Jubilado. El único rebalse que vale es el primero, luego se torna costumbre, como la gordura. Nadie, ni el muchacho de la ventana, subiría dos veces al repecho.

El click del seguro de la puerta del ascensor le pareció un puntazo en el corazón.

El corazón debía haberle reventado, pues que reinaba la oscuridad. No pudo ver las bombillas tras el vidrio esmerilado, sólo quedaba de ellas un reflejo opalino, como el de las perlas del collar que usaba la mujer de «la Superioridad». Hermoso conjunto creaba la piel de esa mujer y la piel de las perlas; ya no sabía cuál de las dos le parecía más trémula y viviente. Jamás le podría comprar esas perlas a Clarita; lo sabía desde que comprendió que había cosas que pertenecían a otras personas que las compraban con fabulosas cantidades de dinero. Era imposible imaginar cómo ganaban su dinero esos señores; sólo imaginarlo le producía vértigos.

Se abrió la puerta del ascensor, y surgió una sombra de la caja iluminada como el escenario de un teatro. La platea de los libros quedaba a oscuras.

—¿Quién anda por ahí? —gritó, con voz cavernosa, el sereno.

Pensó que el sereno había usado esa voz espesa, que los hombres emplean cuando están solos, como muestra de hombría o para cubrir el miedo.

Cesó de respirar por un instante.

Lo miró remecer la reja, revisar la cerradura y la cadena de seguridad, mientras murmuraba, como dándose explicación a si mismo de haber gritado:

—¡La gran perra! ¡Hubiera jurado que vi un resplandor...!

El haz de la linterna del sereno recorrió el depósito atravesando las estanterías y proyectando las sombras chinescas en las paredes. Giró en redondo el haz e iluminó la estantería tras la cual estaba oculto.

Lo paralizó pensar en el posible brillo de los botones del chaleco. Quiso

permanecer estático; pero, de manera irremediable, la mano se le fue moviendo en dirección del escupitajo que había rozado el libro. Tenía que secarlo, sucediera lo que sucediese: no podía quedar así; era como si le hubiese quedado entre los dientes un trocito de palillo.

El haz de luz permanecía enfocándolo. ¿Se habrían movido los botones del chaleco por causa de la respiración?

No lo pudo evitar, adelantó el brazo en dirección del libro y limpió la escupida con la manga.

Lo sabía, y no sólo por la numeración topográfica, el libro manchado era «*Les Confessions de S. Agustín*», una edición francesa; quizá le hubiere tocado, también, al «*Satiricón*», de Petronio, ubicado al lado del otro.

—¿Anda alguien?

Escuchó la voz del sereno, más firme y como diciendo: «¡Caramba!, después de todo no estaba tan errado». Permaneció inmóvil mientras el rayo de luz volvía a filtrarse entre los centenares de cuerpos de estanterías alineados como escuadras de un ejército. Respiró hondo cuando el sereno metió la llave en el control. Descendía el ascensor, y el mugido se iba haciendo tenue.

Casi con fruición volvió a tirar el cordoncillo de la luz. Era tal cual lo había imaginado: La escupida había tocado a ambos libros. Mientras los secaba, se le ocurrió que el Jefe Aldecua podía haber reunido ambos libros porque eran confesiones de diversas épocas. ¡Qué extraño individuo era ese Jefe! Debía creer que ordenar los libros a su capricho, o creando sutiles e irónicas concordancias, resultaba más interesante que mandar personas.

Alzó los hombros; no tenían mayor importancia esas relaciones, pronto estarían convertidas en cenizas.

La portera del Alemán se lo había dicho:

—No, ya no es posible retroceder...

—¿Pero, por qué me la quitan?

Ella había alzado los hombros, en esa forma rotunda de las mujeres en quienes el movimiento está rubricado por el volumen de los senos.

—El Alemán ha perdido sus influencias... Nos cierran... —dijo, alejándose.

Quedó indeciso un momento, en medio del patio y apretando el bolsillito de la pretina del pantalón, luego, bruscamente echó a correr hacia la puerta del cuarto de Marlene. De un manotón accionó el picaporte.

Intentó seguir la ruta acostumbrada; pero la varilla ya no se interrumpía por el ropero y la luna del espejo. No quedaba un solo mueble. Contempló la fealdad de ese papel, gironado en los rincones, que recién veía por primera vez. Los lugares ocupados por los muebles habían quedado marcados como huellas de fantasmas.

Salió, y con angustia fue abriendo una tras otra las puertas que daban sobre el

patio. Todas las piezas estaban vacías. En la última, casi un galpón cerca del portoncito lateral, encontró tres cajones del mismo porte que los cajones fúnebres, salvo que estos eran de madera de álamo cepillada.

Se apoyó en la puerta de zinc. Tuvo la certeza de que Marlene había muerto. Un remolcador lanzó una pitada; le pareció estar en la calle mirando ese portoncito y que, a sus espaldas, pasaba el remolcador con su jactanciosa chimenea entre los quietos y mansos barcos de poco tonelaje; pasaba en la misma forma que los *tipos* en el salón de una milonga del barrio.

Se acercó y fue tocando uno a uno los cajones, como si la calidad del cepillado hubiera de indicarle el de la piel. ¿La piel? Sin embargo, todos eran semejantes.

De golpe, le pareció que algo se le iluminaba en el cerebro entorpecido e, inclinando la cabeza, se puso a oler con desesperación; husmeaba como perro entre las rendijas. Luego de una pausa, volvió a meter sus narices entre las maderas blancas que, para su asombro, comenzaban a enrojecer.

El cajón goteaba sangre; una sangre muy roja que surgía con mayor rapidez y abundancia para formar goterones, casi esféricos y adornados con la golilla blancuzca del aserrín que había quedado en el suelo.

En un extremo de la tabla blanca, casi abarcando el diámetro de la cuenca de sus ojos, divisó un signo; se apartó unos centímetros, muy pocos, como si temiese que la distancia pudiera hacerlo desaparecer.

La sangre seguía goteando y el signo permanecía en su lugar. Alejó la cara unos centímetros más, y, burdamente trazada, pudo reconocer una letra M.

Tuvo que llevarse las manos a la boca para contener un grito. Era Marlene, Marlene muerta. De pronto, miró sus manos y las vio ensangrentadas, manchadas de sangre tibia. No era el agua libia que el Alemán ponía en el cuerpo de Marlene, sino sangre.

Se incorporó de un brinco. ¿Acaso y en verdad no habría poseído y amado a una mujer parálitica y muda, pero a una mujer de verdad? El Alemán era capaz de cualquier engaño.

Un hipo con regusto de aguardiente barato lo hizo vacilar. Se volvió hacia la puerta. Apoyado en la hoja de zinc desvencijada, el Alemán lo contemplaba sonriente; atrás, un hombre joven y fuerte, con algo de animal montañés, parecía cubrirle las espaldas. En la composición instintiva del grupo se adivinaba un deleite irracional.

—¡Sos un borracho de porquería...! Te estás manchando la camisa con sangre de la nariz. ¿No te das cuenta? —le dijo, de pronto, el desconocido.

—No te lo dije, Negro... —contestó el Alemán con voz de acatamiento, con un tono que le resultaba igualmente desconocido.

—¿Por qué te la llevas? Me prometiste... Me prometiste —musitó, poniéndose el pañuelo en la nariz.

—¿Trajiste dinero? —preguntó el Alemán, de improviso y como para no darle

tiempo a pensar.

—¡Sí! —alcanzó a decir, mientras mecánicamente llegaba una mano a la pretina del pantalón.

El Alemán sonrió, le brillaron los ojos y, con un tono entre servil y jactancioso, le dijo al otro:

—Tomalo, Negro, es tuyo...

Lo vio acercarse pesadamente, con algo de serpiente y de toro. Avanzó despacio, como para hacerle sentir la sugestión de su mirada taimada; como para que su imaginación pudiera dictarle todas las cosas que le sucederían si se resistía. Le pareció ser una mosca prendida en una tela, y que la araña se le acercaba y la inmovilizaba. No; había otro insecto que parecía hipnotizar a su víctima, pero ya no recordaba cuál; daba lo mismo, ahora lo experimentaba en carne propia y ya no necesitaba nombres ajenos.

Cuando se le acercó lo suficiente como para hacerle sentir su aliento seguro y acompasado, tuvo la impresión de que alguna extraña atadura los unía. Intentó un desesperado movimiento de rebelión.

—¡Vamos! ¡Vamos, no te hagas el guapo, viejito manflorón!

Sintió que la mirada del desconocido se le hundía en los ojos y quedó paralizado. Ya no intentó, ni siquiera deseó hacer el menor movimiento. Sintió que con diestro ademán le palpaba el pantalón; fue derecho al bolsillito, a su oculto bolsillito, y sacó los billetes doblados. Hizo una pausa para soltar un escupitajo y volvió a la tarea. Cuando la mano entró con destreza de ladrón en el bolsillo interior de la chaqueta, le pareció que le hacía cosquillas. Su sobrinita, cuando se empeñaba en sentársele en las faldas, muchos años atrás, le hacía parecidas cosquillas, mientras él la miraba entre fastidiado y enternecido.

Le revisó metódicamente los bolsillos. Se creyó transformado en una de esas vacas tan mansas que las ordeñan sin tomarse la molestia de manearlas. Cuando el Negro, luego de mirarlo y sopesarlo, le devolvió con un gesto despectivo el reloj de níquel con su esfera de grandes números romanos, no pudo evitar el decir:

—Muchas gracias... —con tono de servilismo que le hubiera chocado hasta en un mendigo.

Luego, el Negro, tomándolo del cuello del saco, lo empujó hasta el portoncito. Abrió de una patada la hoja. A pocos pasos divisó las lanchas y los barcos amarrados hasta en doble y triple hilera.

—Si te gusta conservar el cuero sano acordate de que no me has visto nunca... ¿Entendiste? —gritó, largándole el aliento espeso a la cara, la boca tan pegada a la suya que, por un momento, creyó que iba a morderlo como él mordía a Marlene.

—Sí, sí —tartamudeó y, como si quisiera congraciarse aún más, o darle a entender que si alguna vez lo reconocía por error o descuido lo haría amistosamente, agregó sonriente—. Gracias, gracias... —Ante la mirada interrogante, casi desconfiada, terminó—. Gracias por soltarme...

Echó a caminar de prisa; hubiera deseado correr a lo que daban sus piernas, pero no se atrevió; quizá el Negro pudiera tomarlo como una descortesía o creer que corría a denunciarlo y arrepentido lo bajara de un tiro o de una cuchillada por la espalda; una cuchillada que entrara silenciosamente.

Caminó con lentitud, afirmando los pasos, en especial clavando los tacos, como si en cada uno matara un insecto de caparazón muy dura. A poco, le pareció que se pisaba a sí mismo y que su cuerpo, en lugar de resistir, se diluía y desparramaba con viscosa abyección.

—Soy un cobarde abyecto —se dijo, de pronto y en voz baja, y comenzó a repetir la frase hasta que se le ocurrió que jugaba al destrabalenguas, como solía hacerlo en el Taller del Maestro Hennequenff. Sin darse cuenta, le pareció verse rodeado de hombres que murmuraban: «¡Qué hombre tan cobarde es este! ¡Yo no soy así!», y terminadas las frases seguían con paso más liviano y ágil.

Cuando por los círculos de la luz de los faroles, que pasaban en el radio de su vista fija en los adoquines brillosos por el rodo, comprendió que ya estaba a más de dos cuadras del portoncito, se detuvo en una esquina. Permaneció quieto, alerta al menor grito o al menor ruido de unos pasos, luego, con infinita precaución volvió la cara.

En cuanto abarcaba la vista no existía un hombre. En ese instante, odió a los hombres, hubiera querido que todos se murieran, que no quedara ni uno para semilla.

Con torpeza de borracho cruzó la calle y se acercó a los muelles para dejarse caer en uno de los pilones de amarre. Respiró hondo; los ojos le quedaron fijos un momento en esos mástiles que elevaban su pequeño farolito hacia el cielo frío y estrellado. Era la segunda vez que se había emborrachado. No daba resultado. Sintió como si el corazón le palpitara arrítmicamente. En temeroso silencio comenzaron a caérsele las lágrimas. Quizá esa mancha del muchacho que se tiró por la ventana, esa mancha rodeada por un círculo de tiza en las baldosas, fuera eso; lágrimas.

CAPÍTULO CUARTO

NO entendía porqué la gente creía que las lágrimas desahogaban, quizá pudiera ser así en las mujeres; en los hombres debía suceder un fenómeno contrario: era posible que les acumulara rencor, resentimiento.

Esa noche había quedado llorando largo rato, soltando, a veces, esos pujos de pausa para el respiro. La camisa había vuelto a mojarsele: las lágrimas se le mezclaban a la sangre. Todo salía de dentro suyo, todo lo fundamental. Sólo faltaba la esperma. Tuvo deseos de correr, encerrarse y satisfacerse a sí mismo como cuando era muchachito de 14 años, en el taller de encuadernación del Maestro Hennequenff.

—¡Qué sabían de trabajo los muchachos de ahora! —exclamó, repantigándose sobre la pila de diarios, mientras su voz recorría el Depósito.

Entonces, él trabajaba 12 horas diarias, desde el amanecer al oscurecer, con medio día de salida los domingos. Antes de salir, y cuando el Maestro los autorizaba para lavarse, él siempre encontraba forma de escurrirse y trepar al altillo donde guardaban montones de cueros arrollados. Cueros ya curtidos, baqueteados, pulidos y coloreados. Había algunos tan suaves y tersos que semejaban la piel de una mujer, pero forzosamente eran más resistentes a sus mordiscos. Esto de las mujeres lo suponía, pues sólo había tocado la mano áspera de su madre, y, sin darse cuenta, la de una señorita que, con su sombrero de paja lleno de pájaros multicolores, recorría el pasillo de un tranvía.

Por entre las labias del altillo, divisaba a sus compañeros que, en el verano y con el busto desnudo, se lavaban arrojándose agua unos a otros. Esperaba ansiosamente a que el alboroto fuera mayor, entonces, se desnudaba de prisa y comenzaba a revolcarse entre los paquetes de cueros enrollados. Prendía sus dientes finos y afilados, y los rollos suaves y flexibles se deslizaban entre las piernas dejándole fugitivo placer, hasta que, de golpe, todos los cueros parecían recuperar el vigor y la vida que habían contenido. Giraba el altillo entre libios balidos y mugidos, que iban creciendo monstruosamente hasta que el bajo vientre parecía reventarle en el calor del mediodía.

Bajaba sudoroso, aun temblándole las piernas, a poner el torso bajo el chorro de agua fría. Con tal de lograr esa media hora del domingo, trabajaba el resto de la semana más que ninguno; deseaba conocer su oficio, hacer las cosas mejor que los demás. Se sabía distinto de sus compañeros, y si era distinto tenía que ser el mejor.

El domingo lo empleaba en recorrer los lugares públicos de la ciudad, las plazas, los jardines y los parques. Miraba los monumentos, especialmente los que tenían muchas figuras de bronce o mármol; se le antojaba que las figuras de bronce debían ser demoníacas y las de mármol blanco las angélicas. En todas podía descubrir sus luchas en el altillo. Otras veces, las miraba en sus posturas estereotipadas; se dolía y acalabraba por ese brazo siempre alzado de la mujer que tendía una rama de bronce al héroe impasible y despectivo; tiritaba, en el invierno, por los hombres desnudos de

las fuentes. Todo ese mundo de gente silenciosa era su mundo; hasta que descubrió el oculto en los libros, que hasta ese momento habían sido, simplemente, el objeto, el demento de su tarea de aprendiz; tan elemento de su trabajo como esa guillotina, junto a la cual y entre las virutas, había tendido su cama durante unos pocos meses que siguieron a su ingreso al Taller.

Era extraño, pero entre esas tiras, tirillas y serpentinas de papel, se había sentido menos solo que en el dormitorio que compartía con sus padres; era como si esos montoncitos de papel le hicieran mimos y gracias. Quedaba un rato hundiendo las manos entre ellos antes de dormirse. Cuando el Maestro le ordenó barrerlos antes de acostarse, sintió la certeza de su soledad y fue la primera vez que le imploró en vano con la mirada.

Volvió a tirar el cordoncillo del minuterero, y dócilmente se encendieron las lámparas de ese cuerpo de estanterías. Las únicas cosas que le obedecían con docilidad eran las mecánicas; quizá ellas habían sido inventadas para desahogo de los hombres como él. Se preguntó para qué las había encendido; dudó y se maldijo por esa inconsciencia que le hacía arriesgar todo. Cuando se apagaron, recordó que deseaba mirar la hora. Que más daba, lo importante era saber que en cuanto despuntara el día tendría que comenzar su tarea para que estuviese lista, en toda su hermosura, cuando llegara Clarita.

De pronto, tuvo necesidad de pasearse entre los libros, entre las mudas e inmóviles estanterías. Comenzó a andar a capricho; a rozar los libros con las palmas de las manos. Andaba por un bosque de cuento infantil. Su madre le había contado un solo cuento, nada más que uno solo una noche que tenía fiebre, y acaso porque estaba de visita una vecina. Era un cuento en un bosque, con un lobo y una chica con un gorro colorado. Durante varias noches lo había soñado magnificándolo. Los árboles crecían desmesurados hasta que, inesperadamente, el gorro colorado los envolvía, y una boca de lobo con dientes como montañas; una boca como una cueva con estalactitas, comenzaba a talar el bosque. Los árboles quedaban negros, rectilíneos, sobre un fondo morado tirando a azul-gris, un fondo de desesperación desde el cual llegaban los gritos angustiados de la chica. Gritaba y él trataba de calmarla; luego intentaba tapparle la boca; pero la voz de ella se le metía entre los dedos, marcaba las venas y arterias de su mano, y terminaba por brotarle y crecer luego de romper la piel. Entonces, él mordía hasta que la chica cesaba de gritar.

Quedó, al pronto, clavado frente al sector VII, y se preguntó:

—¿Estoy loco?

El eco de su voz lo asustó. ¿Acaso todas las personas no tenían necesidad de gritar cuando se hallaban solas en un espacio muy grande?

Pero no estaba solo.

Rápidamente volvió al comienzo de la larguísima hilera de estanterías, contó 21 y se detuvo. Allí comenzaba el sector XVI, con sus 10 cuerpos, que estaba bajo la custodia y patronato de Clarita. Tuvo ganas de reír cuando pensó que lo llamaban el

«sector milagroso»: siempre estaba ordenado y sin ninguna falta. Ella se jactaba de tener un dios aparte; él se sentía feliz al escucharla. Ese pequeño dios era él mismo que lo arreglaba fuera de horario.

Una noche había recorrido todas las librerías de la calle Corrientes, buscando «El Príncipe», de Maquiavelo, que había desaparecido del sector. Derregado de caminar en vano, mientras estaba en el mingitorio del Subterráneo, sin atreverse a la menor mirada de reojo, por temor de lo que pudieren imaginar, se le había ocurrido que en los remates del Banco Municipal podría hallarlo. Allí había encontrado el volumen, con los sellos de identificación cuidadosamente borrados.

En mitad de la noche, como un delincuente, había abierto el cajón del escritorio de Clarita. Sacó los sellos y el numerador mecánico, y puestos los correspondientes al libro, lo volvió al estante.

La cara de asombro y alegría de ella lo llenó de felicidad. Por un tiempo se creyó capaz de producir, con algo de magia negra, la alegría de Clarita. Una tras otra fue comprando las obras que figuraban como extraviadas en el inventario de ella. Por fin encontró la última, una antigua edición de las poesías de Quevedo.

—¿Cómo, tanto? —exclamó, al escuchar el precio.

—¡Claro! Mire la edición que es... —contestó el librero, casi con fastidio.

No era posible que gastara más de la mitad del sueldo. El libro volvió a su estante: a medida que se alejaba de él le parecía que la sonrisa de Clarita se deformaba hasta convertirse en expresión de pena y desencanto. Volvió a mirar el grueso volumen que descansaba entre otros. El bello cuero rojo con letras y adornos de oro entre las nervaduras del lomo, se le antojaba una señal de peligro. En un descuido del librero podría acercarse con el impermeable abierto, las manos en las aberturas que permitían el paso a los bolsillos del traje.

—¿El 20 % de descuento? —comentó con voz opaca; mientras el librero asentía, señalándole un cartelito bien notable. Se estaba poniendo en evidencia. Era necesario que las manos cesaran de temblarle mientras ojeaba ese Tratado de Sicología. Apoyó el monte de Venus de sus palmas sobre la mesa. No lograba leer, la vista se le escurría en diagonal hacia el lomo rojo y dorado.

«Tomar un libro no es delito», se dijo, mientras el librero se adelantaba para atender a otro cliente. «Un Papa, que había sido bibliotecario de la Ambrosiana, decía que “robar un libro no era delito, en cambio lo era el destruirlo”».

Se abrió el impermeable. No entendía por qué ese movimiento se le ocurría, ahora, un gesto impúdico, de exhibicionista, quizá.

El librero debía haberse olvidado de él. Avanzó hacia la estantería. Si el librero se diera cuenta, era capaz de tomarlo a golpes, de gritar; acaso, de entregarlo a la policía. Se estremeció. Era inútil; se acercaba al lomo rojo y dorado como si fuera un tranvía que siguiera sus rieles. Tenía que tomar ese libro. La cara de Clarita volvería a sonreír. La punta de los dedos rozó el cuero suavísimo. Cuando lo tuviera en su casa, lo primero que haría sería oler ese perfume a cuero que lo deleitaba. Sintió que el

libro se deslizaba suavemente, casi cómplice. Los libros como las mujeres, debían conocer y desear las manos hábiles. Ese cuero se pondría tibio al contacto de su mano y sería semejante a la piel de Marlene.

El volumen le pesó en la mano izquierda. Creyó que lo tomaban de la nuca y un dolor agudo lo sacudió desde las ingles a la base del cráneo; luego, una extraña sensación de serenidad le permitió alzar el libro por debajo del impermeable y sujetarlo con el brazo, bajo la axila. Cerró el impermeable hasta el último botón. Sacudió entre sí las manos; podía tomarse nada más que como una manera espectacular de limpiarse el polvo.

Lo importante era recorrer, con el aire más despreocupado posible, esos metros que lo separaban de la puerta. Serían siete pasos, a lo sumo. Cesaría, entonces esa impresión de la mano que se extendía para tomarlo del cuello. No había imaginado que le costaría tanto adelantar el pie; necesitaba salir con el derecho: «eso traía suerte», decía Clarita.

—Lo pensaré... —le pareció haberse escuchado decir: «No lo pago, me lo robo». Carraspeó, quiso hacerlo con el mismo tono de importancia que empleaba el Jefe González y agregó—: Volveré a fin de mes, cuando cobre... Usted sabe...

Sonrió humildemente, le pareció que el macizo librero lo miraba comprensivo, más aún, con lástima: «Al fin es un pobre hombre...», debía pensar. Se sintió cómodo, en su ambiente.

Al atravesar el umbral experimentó la sensación de que el Negro podía extender la mano y alcanzarlo. Se perdió entre el gentío y, recién en la esquina más alejada se detuvo para respirar hondo y arreglar, bajo el brazo, el libro. Cuando el tranvía, que lo llevaba a la estación, anduvo varias cuadas, luego de mirar receloso a los pasajeros, se atrevió a sacar el libro. Con las manos cruzadas lo apretó contra el pecho y alcanzó a percibir el perfume del cuero de Rusia. Tuvo necesidad irresistible, otra vez, de alzado apretado contra su pecho; hubiera deseado estar desnudo. Uno de los cantos dorados le rozó el mentón. El perfume le hizo temblar las narinas. Se le antojó que veía a Clarita bajo un casquete de piel, como una heroína de Tolstoi. El cuero se deslizó hasta quedar en contacto de los labios. Los curtidores de cuero debían ser seres sensuales y voluptuosos, como personajes de Dostoiewsky.

«¡Pero tu Sector está embrujado!», exclamaría la Jefa de Ubicación Topográfica, y sus ojos de cristalinos caramelos de fruta se le humedecerían; igual que cuando el Director y el jefe Aldecua pronunciaban discursos de fin de año llenos de emotivos lugares comunes.

De pronto, pensó que Moro, el dueño de la librería, la más antigua de la calle Corrientes, descubriría el robo, alertaría a sus colegas, y ya le resultaría imposible y para siempre hurguetear interminablemente las mesas y estanterías. No era posible que lo privaran de ese placer de husmear y escarbar entre montones de libros, hasta encontrar uno que le hacía brillar los ojos.

La semana que faltaba para cobrar la pasó en cavilaciones y angustias; cada vez

que tocaban el timbre en su casa, o lo llamaban en la Biblioteca acudía dispuesto a encontrarse con el librero y un vigilante, y presto a tender las muñecas para recibir las esposas.

Apenas cobró su cheque, se dirigió a la Librería. El viaje le resultaba interminable; estaba dispuesto a confesar y pagar en mensualidades, si fuera posible.

El hombre canoso y fornido lo reconoció al punto.

—Lo siento... Mi socio debe de haberlo vendido... —dijo, luego de buscar un instante. Esas ocasiones hay que verlas y llevarlas.

Los labios se le apretaron, y su brazo, como si obedeciera a un engranaje, volvió la cartera al bolsillo. Apretó el paso, tenía tiempo de llegar a horario y caminando a la Biblioteca.

«¿Horario?», se preguntó. Salvo la época de Marlene, él había tenido un horario al revés: su firma al salir de la Biblioteca era la que iniciaba la cuenta del hastío, de la inutilidad hasta que la firma a la entrada lo devolvía a la vida.

Miró ese bosque de seiscientos mil volúmenes y se repitió quedamente, casi temeroso de que el cerebro le estallara, que él había leído todos los índices de esos libros; prácticamente todos.

—Soy el hombre que ha leído más índices en la tierra... Un Picco de la Mirandola, un Erasmo de los índices... —murmuró, y le pareció que se inflaba. Crecía como los rascacielos. De pronto, tuvo necesidad de contornear voluptuosamente ese inmenso cuerpo que crecía; tendría que moverlo al compás de esos ritmos tropicales que odiaba, de esa gentecilla escandalosa que hada espectáculo de lo que debía ser tremendamente misterioso: la sensualidad.

Palpó los libros, sus manos corrían angustiadas y cubiertas de ventosillas como los tentáculos de los pulpos. Comprendió que crecía y los libros abrían sus tapas como si fueran piernas; crecía con aire de «*maquereau*», de «*cafisio*». Respiró al pronunciar esas palabras; tenía que pronunciarlas, era un desahogo. La boca le quedó seca. Sí, él había violado todos esos libros mudos que se apiñaban en las estanterías, y que, en verdad, sólo eran de él. A él le pertenecían. Cuando los ficheros y la sección bibliográfica se declaraban exhaustos, entonces era necesario acudir a él, nada más que a él.

Los miraba venir con aire de toro que espera los picadores; no pensaba en nada hasta el instante en que le hacían la pregunta. Su memoria debía ser como uno de esos caballos de carrera —que jamás había visto en un hipódromo— listo para partir cuando alzaban las cintas. Al instante, citaba tres o cuatro autores, con la indicación del lugar donde estaba el libro; luego, los artículos de revistas. A veces, le extrañaba que, por misteriosa osmosis, pudiera conocer el contenido de obras escritas en idiomas que ignoraba, al extremo que, a menudo, llegaba a preguntarse con supersticioso temor si en verdad ignoraba esas lenguas.

Siguió palpando las estanterías. Donde terminaban los volúmenes de Sarmiento, comenzaban las Obras completas de Alberdi.

—Soy el *indicista* más grande del mundo —susurró. La gente tendría que aprender a murmurar esto cuando él pasara; y las madres debían traer sus hijos para que lo vieran pasar y recordaran haberlo visto, como sucedía en Atenas con Sófocles y Esquilo.

Si hubiera nacido en U. S. A. lo exhibirían en una barraca como propaganda de un curalotodo; luego, subiría a un circo, después, a otro mayor, hasta llegar a ese Circo que necesitaba cinco trenes expresos para movilizarse; entonces, pasaría a Broadway y de allí, por fin, cuando tuvieran que pagarlo en dólares, recién llamaría la atención de París y de los demás latinos.

Cesó de pensar horrorizado. Su acción de quemar la Biblioteca le traería una fama mayor. Todo el mundo la mencionaría sin entenderla para nada; sin la más remota posibilidad de comprender sus motivos. Sería un monstruoso error. Se negó a pensar en las radios, en las teletipos, en los cables submarinos funcionando; en toda esa muestra de la brutalidad de los hombres emprendedores.

Las piernas se le aflojaban. Su espalda se deslizó tocando los libros; le dolió pensar que podía despegar algunos de los marbetes topográficos del Sector de Clarita, pero era irremediable. Las piernas cedían.

Quedó anudado en el estrecho pasillito que separaba dos cuerpos de estanterías, la cabeza sobre las rodillas. Las manos cruzadas le fueron descendiendo hasta apoyarse en los lomos de otros libros que, frente a su cara, tomaban aire de barrera. Tampoco quiso recordar lo que decía ese tejuelo semidespegado que había rozado con una uña. Los encuadernadores ya no eran artistas como los de antes. Ahora, las cosas se hacían con una sola preocupación: la de la cantidad. Inclusive el amor, sino, ¿cómo era posible que no entendieran su amor por Marlene, que bien podía ser la acción del amor más unitario y puro?

La frente tocó los huesos puntudos de las rodillas.

—Tejuelo... —murmuró. Al instante, creyó escuchar la voz del Maestro Hennequenff, en el taller de Encuadernación, que le gritaba:

—¡Sos un perverso! ¡Un pervertido! ¡Claro, tenías que ser vos: el santurrón, el hipócrita, el mejor!

Lo miró asustado porque no sabía lo que significaba la palabra «pervertido», aunque, dado el tono, debía ser otro insulto.

Los compañeros del Taller lo miraban entre asustados y burlones; pero en todos notaba un dejo de rencor satisfecho. Era él, el mejor, quien caía; los demás podían dar un pasito adelante.

—¡Contestame! —gritó el Maestro, poniéndose rojo como la cresta de un gallo.

Lo miró ansioso, tuvo deseos de explicarle que no entendía la palabra, pero no se atrevió. Era más simple decir que sí y terminar con todo. Además, estaba seguro de haberse ruborizado hasta el extremo que la gente toma por una confesión.

—¡Mancharme los cueros! ¡Morderme las vaquetas finas! —volvió a gritar, perdido el control de tal manera que se le antojó que el sólo pronunciar la palabra «vaqueta», le producía al Maestro un placer que a él le llegaba por el roce.

No se atrevió a abrir la boca. Se le antojó que ambos eran cómplices y que, cuando se fueran los otros muchachos, el Maestro volvería los cueros al altillo, y le diría sonriente: «¿Ves? No tiene ninguna importancia... Yo te comprendo, pero hay que guardar la disciplina. Vos sabés que la disciplina es la base de la humanidad». O alguna otra cosa semejante, de esas que a veces dicen los hombres para que los chicos no entiendan el significado profundo y, en cambio, saboreen la dulzura del tono.

—¡Anda a vestirse y te llevaré a tu padre! —gritó, en cambio; pero él no perdió del todo la esperanza. Le había enseñado con tanta paciencia, hasta a veces con algo tan semejante al amor, que se le antojó que debía comprender que un maestro de verdad no tenía límites.

Cuando estaba vistiendo su terno raído, en el instante exacto en que ajustaba ese cuello de celuloide, grande y usado, que le había puesto su padre para que aparentara más edad, uno de sus compañeros pasó cerca y le dijo:

—Sos un imbécil... Le hubieras negado, ¿qué pruebas tenía contra vos?

—Es que soy yo el... —no se animó a terminar la frase, no porque se creyera «eso» que el Maestro le había dicho, sino porque lo hecho en el altillo pertenecía a su mundo silencioso; era una cosa que sucedía nada más que para él. Algo nuevo que brotaba de su cuerpo y que podría llamarse «el juego del altillo», el «caldo de las vaquetas», o quizás, perteneciera a ese mundo secreto del amor que la gente ponderaba y cantaba.

Nunca lograría olvidar la cara coloradota, el pelo rubio ensortijado y ese perfil de cuchilla de refilar del Maestro, sentado bis a bis en ese banco de madera de un tren suburbano.

Lo miraba de reojo y esperaba en vano sus palabras; el Maestro había enjaretado los labios tan finos que costaba creer que los tuviera. Pasó, al costado de la vía, una casa con una pérgola de hierro y enredaderas de glicinas. Un chico jugaba feliz con un aro, tenía un traje de terciopelo negro y un gran cuello blanco de encajes; cerca había un perro y, más atrás, en la terminación de la gran escalinata, dos leones de mármol; quizá fueran leones de cemento pero le habían quedado como de mármol en esa postal que no podía desdibujarse; una postal cortada en el extremo derecho por el perfil del Maestro y el brillo metálico de esa especie de cremallera que servía de sostén al pestillo de seguridad de la ventanilla.

El muchacho con traje de terciopelo había quedado inmóvil; quizá tuviera su misma edad, pero era difícil acertar con la de los muchachos ricos: no tenía puntos comunes de comparación.

Salvo esa *postal* y la repetida y angustiosa sensación de suponerse *distinto* de las demás personas, era todo lo que recordaba del viaje. Si las imágenes eran contadas, las emociones, en cambio, se le había clavado como remaches ardientes. Si hubiera

podido estar seguro de ver la, cara de horror y arrepentimiento del Maestro, se habría tirado bajo las ruedas del tren. Lo más probable era que hubiese dicho: «Es lo mejor que pudo hacer este monstruo».

—¡Sos una inmundicia! —le lanzó su padre a la cara, amenazándolo con un revés, luego de conversar un momento y aparte con el Maestro.

Tembló durante el silencio que sucedió a las palabras de su padre. El silencio no había sido completo; recordaba claramente el restregar de la ropa en la tabla acanalada que usaba su madre para lavar en la pileta del patio. Nada más que ese ruido le llegó de ella, y, sin embargo, el que su hijo estuviera allí significaba que algo extraño o imprevisto le había ocurrido.

No quería pensar mal de su madre; quizá ella imaginaba que con verlo sano estaba cumplida la parte de tarca que le correspondía, lo restante era del padre.

Oyó que este invitaba al Maestro a pasar al comedor; quizá quería congraciarse y evitar que le cobrara los destrozos; no a cualquiera invitaba al comedor. Hablarían, mientras jugaba con el camino de macramé, o manoseaba el globo con su barquilla colgante tejida por su madre alrededor de una bombita eléctrica quemada que se balancearía entre ellos cada vez que la dejara, para afirmar dando un puñetazo en la mesa, como debían hacer los hombres.

Imaginó los dedos cortos y mochos de su padre enredados en el piolín; pronto, cuando se fuera el Maestro, empuñarían el cinturón de manera que la hebilla quedara libre para golpear. Pegaría, quizá, hasta que la madre abandonara el lavado o las ollas para decirle que iba a dejar marcado al muchacho y que las vecinas hablarían.

Cerró cuidadosamente la puerta de alambre tejido de ese pedazo de tierra que su padre llamaba el jardín, y su madre, con mayor razón, la huerta, y echó a caminar por la calle de huellas hondas en un barro espeso. Un caballo peludo y lleno de abrojos hundía las patas abriendo huecos negros, y, al flexionarlas para adelantar, producía ventosidades semejantes a las que por las noches soltaba su padre, y que, como obligado corolario, suscitaban el invariable comentario:

—Ventosa está la noche...

—No querrás que me los guarde y reviente como una garrapata... —contestaba él.

Y esto era lo más alegre y gracioso que recordaba haberles oído a sus padres. Acaso, por ello odiaba esos cuentos verdes que eran el deleite de algunos empleados de la Biblioteca.

Le pareció oír las palabras insultantes de su padre que se unirían a las del Maestro, y aceleró el paso. Quería huir de ellas, no de los golpes; los golpes eran inevitables, las palabras no debían serlo. Cuando volviera, su padre ya se habría desahogado por la boca y sólo le quedarían tensos y listos los músculos para la tarea de pegar.

Toda la escena sucedería en silencio, como debía ser un rito fúnebre.

Apretó el paso, los botines con la capellada más clara se cubrían de barro.

Anduvo sin saber cuánto ni por dónde, hasta que se encontró con una chapa grande de hierro enlozado en la cual leyó: «Biblioteca Popular Sarmiento».

Divisó en el interior las estanterías. Quizá él había encuadernado uno de esos libros. Le alegró descubrir, así, de improviso, que había algo suyo que podía pasar a manos de otros, ser bien recibido y útil.

Tuvo deseos de entrar. Allí estaba algo, quizá *alguien* ligado a él; algo o alguien para quien podría significar algo.

Limpió las suelas de sus botines en el hierro colocado exprofeso junto a la puerta, y los socotocos de barro cayeron sobre los ladrillos rojos combados por el uso. Entró derechamente y fue a sentarse junto a una mesa. El silencio le aquietaba los nervios.

Una mujer de rodete muy alto, sentada ante papeles apilados en un escritorio y tras una antigua escribanía de plata, le hizo señas de acercarse.

—No sé —tartamudeó, cuando ella le preguntó qué deseaba.

—Pero algo quieres saber o leer, ¿verdad? Para eso se viene a una biblioteca.

La miró hablar ya casi sin escucharla; lo que en verdad le importaba era la calma, el tono. La calma del lugar y el tono de la voz de esa mujer.

De pronto, le pareció que ese tono manso se quebraba ante el de su padre o el del Maestro, como en un choque de esos vehículos nuevos, sin caballos y malolientes a querosén. Odiada a esos automóviles ruidosos, pretenciosamente bullangueros; estaba seguro de que todos terminarían incendiándose y volverían los hermosos caballos con crines enrolladas, como los enganchados en las carrozas fúnebres, en tiros de cuatro y hasta seis pares.

—Sí, quiero saber qué significa una palabra...

—¿Qué palabra? —insistió ella.

Estuvo a punto de decírsela, pero tuvo miedo y calló; acaso podría derrumbársele el rodete, tan alto, si era una mala palabra.

—No, nada... Una palabra que me dijo el Maestro...

Hojeó con ansiedad el pesado librote. El orden de las letras se le confundía. La señorita del rodete tenía un perfume a violetas. Llegó, por fin, a la P, y a la palabra dicha por el Maestro.

«Que es sumamente malo, depravado en las costumbres y obligaciones propias de su estado».

Dejó caer el libraco sobre la mesa; pensó al instante que la encuadernación podía sufrir, sufrir como él mismo. Volvió a tomar el libro, y leyó todas las palabras cercanas. Le asombró de que él, siendo tan chico, pudiera ser tantas y tan extrañas cosas a la vez. Tenía que ser así, puesto que lo decía la Enciclopedia, donde todos los hombres estaban retratados con una cara solemne. Luego, le pareció que estas definiciones de la Enciclopedia eran iguales a esas instrucciones para armar una máquina: no dejaban resquicio ni para un «¿pero no cree usted que a lo mejor...?». Nada, no quedaba el menor lugar para la duda, donde debía comenzar la dulzura.

Quedó mirando las letras de *su* definición hasta que le pareció que daban

menudos saltos al compás de su pulso, y, luego, comenzaban a borronearse mansamente.

Enderezó el libro y se acurrucó en su sillón, como para que la señorita del rodete, que hablaba suave y hacía tantas preguntas, no lo viera llorar. Lloró quedamente, rodeado de libros que alguien como él había hecho posible que estuvieran en esos estantes rodeándolo. Era verdad, podían existir personas semejantes a él, sino, ¿para distinguir a quienes habría puesto esas definiciones el diccionario?

Lloró en la calma de la noche que descendía sobre el pueblo.

Cuando la señorita del rodete vino a decirle que era la hora de cerrar, entregó el libro, miró en derredor. Estaban solos. Dio las *buenas noches* a las horas de silencio. Quedó atento al significado de ese saludo que todos repetían mecánicamente; era cierto, había tenido una buena tarde y un buen comienzo de la noche.

Repitió el saludo, ante el asombro de ella.

Ya en la calle ajustó el paso, su padre le cobraría, también estas horas de silencio. De pronto, se encontró trotando en dirección de su casa. Tenía que suceder. Recibiría los cintazos y argollazos sin una palabra.

CAPÍTULO QUINTO

LENTAMENTE se incorporó, las articulaciones de las rodillas le dolían; debía ser el reuma. Volvería a tomar jugo de limón; durante años había sido *santo remedio*, como se lo indicó la señorita Ungida, la bibliotecaria del rodete. Intentó reír al pensar que mecánicamente hacía planes para un futuro que ya no existía. Acaso el instinto habría nacido de la costumbre.

Abandonó ese Sector de Clarita que sentía tibio y tierno; tenía que desconfiar de la ternura que ablandaba.

«... depravado en las costumbres...» —se repitió.

Las palabras le habían sido marcadas con un color rojimoreado, como el de ese anochecer en que su casa se recortaba sobre las últimas luces del poniente. ¡Qué triste, fea y miserable la había parecido su casa en esa suerte de espectrografía! Ni su padre, ni su madre podían ser distintos viviendo en ella. El, nunca había vivido allí de verdad.

Un trozo de una de las chapas de zinc se alzaba como el ala requintada del sombrero de un compadrito, de esos que se reunían a bailar en la casa de la Parda Jacinta. Odiaba a esa chapa de zinc torcida, como detestaba a esos hombres: el pasar junto a ellos, nada más que el entrar en sus órbitas le producía invencible malestar.

También, surgían del techo de la casa, como al final de una pierna astillada que hubiese perforado la piel, tres palos que debían haber pertenecido a la cumbre. Los tres palos se dispersaban contra el cielo morado, como si ansiosamente descaran huirse. Bien podían ser la imagen de su familia.

Recuperó el aliento en el caminito que separaba las eras de lechugas, rabanitos, y, contra la pared de ladrillos carcomidos, las dos de tomates con sus espaldares de cañas. La tierra de la primera hilera acababa de ser removida, aporcada; su madre habría terminado temprano con el lavado. Ahora estaría preparándoles la comida.

Tuvo ganas de saltar en un pie y empujar un imaginario tejo, y que entonces, volviera «Payaso» a brincar en derredor suyo, hasta que con ladridos de alegría se apoderara del tejo y corriera a dejarlo a unos pasos de distancia, y quedara a la expectativa; operación que repetía hasta que su madre salía a reprenderlos por el alboroto.

Todo eso había sucedido antes de que lo mandaran al Taller. Cuando regresó al fin de la primera semana, «Payaso», con su cabeza blanca, las orejas negras y una circunferencia rodeando el ojo izquierdo, no vino a recibirlo. Su madre lo había regalado. «No eran suficientemente ricos como para tener un perro».

Una vecina, mientras tendía la ropa, y como un juglar que cuenta una historia sin dirigirse a nadie en especial, narró que durante horas «Payaso» había aullado lastimeramente desde el fondo del aljibe abandonado de la quinta vecina. Su madre le había roto el costillar de un escobazo, y, para no oírlo más, lo tiró al pozo.

Durante los dos domingos siguientes no vino a *esa* casa; fue entonces cuando aprendió a recorrer y mirar las plazas, los lugares donde sólo había gente desconocida, que no hablaban de él ni le contaban lo que había hecho su madre.

Cuando llegó a la puerta se limpió el barro de los botines; su padre no debía tener otro motivo suplementario. Al entrar en la cocina, su padre cesó de hablar y se puso en pie. Su madre no quiso ni siquiera darse vuelta para mirarlo. Cuando escuchaba ese tango «Madre hay una sola», quería pensar que ella no se *atreveía* a darse vuelta; que quizá todo le vendría a ella, y a él, por causa de que no se *atrevían*.

—Seguime —dijo con voz serena, que, por un instante, le hizo creer que su padre podría haber leído la Enciclopedia de la señorita Brígida.

Salió al estrecho corredor, que ligaba las tres habitaciones de la casa, y se dirigió hacia el dormitorio. Se detuvo en la puerta como para cederle paso o cortarle la retirada. Una vez dentro, lo vio perfilarse en el vano; no había creído que su padre fuese tan alto y fuerte. Le vio llevar las manos a la cintura y, sin prisa, soltar la hebilla. La sombra chinesca de su figura se inflaba en el centro; le asombraba comprobar de qué manera podía el cinturón dividir en dos esa panza grasosa.

Cuando su padre tuvo el cuero en la mano, se dirigió hacia la mesa de luz y levantó la mecha de la lámpara de querosén. Un hilillo de humo huidizo surgió a través del tubo ahumado, mientras la pantalla cobraba ese color verde claro, jugoso y feliz que tenía el campo y el jardín vecino cuando llegaba la primavera.

Lo miraba como si las acciones de su padre no tuvieran relación con las de él.

Giró la hebilla en la semioscuridad; brillaba en algunas partes de su parábola; restalló el cuero como a veces lo hacía al probar el látigo desde el pescante de su carretela para changas y repartos. Acaso, tuviera que agradecerle el que no le pegase con el látigo que usaba para los animales.

Cuando de nuevo le vio dar impulso al cinturón, comprendió que esta vez la prueba había concluido y que, antes de que su cerebro hubiese terminado de pensarlo, la hebilla le habría golpeado en la cabeza, o en la cara, o en los brazos. Espacio le sobraba en su cuerpo bastante crecido para la edad.

Instintivamente llevó las manos para cubrirse la cara.

—¡Bajá esas manos, perro!

Los ojos verdes de su padre brillaron, con un verde como el de las hojas en verano, por causa de la pantalla. Los largos bigotes, espesos, enmarañados, le temblaban como esos matorrales en los cuales se metía «Payaso» en seguimiento de un conejo del monte o de un pollo.

Bajó las manos, era más simple: para bajárselas una vez se las había atado al cuerpo. Brilló la hebilla y la sintió en el costado izquierdo de la cabeza, sobre la oreja. Allí lo había lastimado otra vez; su padre debía conservar la misma fuerza o estarían a la misma distancia.

Brilló de nuevo la hebilla. La sentía zumbar, caer y golpear. La pantalla, verde como los prados en primavera, se sostenía en unos soportes dorados que debían ser de

bronce. Brilló una vez más la hebilla en la parte más alejada del cuarto, como en proyección del hombro derecho de su padre. Zumbó. «Perro», le había gritado su padre. «Payaso» tenía una circunferencia rodeándole el ojo izquierdo. Sintió que algo le rozaba la cara, tenía que ser en la frente. Quizá el querosene de la lámpara —su madre creía que la electricidad era un lujo— se estuviera acabando; su padre gritaría a su madre por descuidada. Le pareció que de nuevo tenía esa liebre que le oprimía el pecho y lo mareaba.

—Perro... —susurró, con la esperanza de que «Payaso» viniera a saltar en derredor suyo.

—¿Qué has dicho? —rugió su padre.

Lo miró aterrorizado, estaba seguro de no haber movido los labios. Una bofetada se los cerró; en realidad, los labios se le habrían escurrido abriéndose sobre los dientes. Le llegó sensación de infinito alivio. El prado se volvía amarillento como el trigo; zumbaban los abejorros y «Payaso» se revolcaba. Los ladrillos del piso, con los bordes desiguales, que su padre había comprado por unos centavos de los rezagos del horno vecino, estaban pegados a su mejilla, a sus rodillas; pegados por algo tibio y manso.

—¡Levántate, hijo de perra!

Debía referirse a la madre de «Payaso». Tenía que levantarse, o le daría de patadas en el suelo. La madre de «Payaso» había quedado más allá de los hornos y del terraplén de ese tren nuevo que iba hasta Mendoza y Chile. Las piernas y las muñecas se le doblaban como cuando tenía fiebre. Qué sabían los perros de las madres... las olvidaban, ni sabían distinguirlos de las otras perras... hasta tenían hijos con ellas, otros hijos que olvidaban; en cambio, los hombres...

—¡Levántate, puerco!

Una catarata oscura le caía sobre la cabeza; pero, en lugar de hundirlo y arrastrarlo hacia un abismo, lo alzaba del pelo. Una vez había pensado, bajo ese ceibo, junto al pozo balde, que una mano podía acariciarle el pelo ondulado; había visto manos acariciando cabelleras, tenían que existir esas manos.

Los ladrillos se alejaron de sus ojos y sus mejillas. Agua muy fría le mojó la cara, le cortó el ansia de respirar. De nuevo, su padre lo empujaba al arroyo para que aprendiera a nadar «como los perros». No sabía por qué ni para qué ese vecino le había tendido una mano para sacarlo cuando ya comenzaba a sentir que las cosas podían no importarle.

Borosamente alcanzó a distinguir la jarra enlozada del lavatorio, que su padre tenían en la mano; la mano debía templarle de rabia porque esa guirnalda de rosas, que rodeaba a un angelito, temblaba sobre el celeste tachonado de cachaduras color de los dientes podridos de su vecino.

El pelo cesó de arrastrarle hacia arriba. El agua le corría por el pecho. Se asombró al comprobar que estaba sentado en la silla esterillada y que su padre había terminado de gritar.

—Limpiámelo y me lo traes a la cocina —gritó, por último. Escuchó sus pasos y el golpe de la puerta.

Se levantó, como si cualquier demora pudiese originar su vuelta. Salió al patio posterior. Había oscurecido; a tientas encontró la pileta, palpó el balde. Aún tenía agua. Las cosas comenzaban a brillar acarameladas, barnizadas. Hundió la cara en el agua; al intentar lavarse, creyó tocar una cara cuyas facciones desconocía.

Recordó para qué estaba allí. Tomó el cinturón de su padre; la hebilla estaba húmeda y pegajosa. Lavó pacientemente y retiró los pelos que habían quedado enredados. Las hebillas de los cinturones no tenían porqué tener pelos. Volvió a respirar con mayor facilidad, casi como antes.

Sacó el pañuelo del bolsillo posterior del pantalón y comenzó a lustrar la hebilla; era necesario que brillara como antes. ¿Acaso no era normal que un padre pidiera a su hijo que le lustrara la hebilla del cinturón? Un carretelero debía cuidar de su apariencia repasó, por fin, el bronce contra la sarga gastada de su pantalón. Era necesario de que las cosas fueran como antes.

Quiso bajar la mecha, y la lámpara se apagó. Se estremeció al no poder imaginar ni averiguar lo deseado por su padre respecto de la lámpara. Cerró la puerta, cruzó el comedor, entró en la cocina y, como si viniera de cumplir un mandado en el almacén, dejó el cinto cerca del puño velludo de su padre que descansaba sobre la mesa. Tuvo la impresión de que no le costaría mucho besárselo, si él se lo ordenara.

—¡Quedate afuera!

Cuando ya estaba sentado en la barrica de la lejía, creyó que su padre recién acababa de echarlo.

Quedó allí sin saber cuánto. Había escuchado el ruido de los platos enlozados y de los cubiertos de estaño, y olor a carne asada. Luego el ruido del fuentón de la cocina. Su madre lavaría los utensilios en esa agua gris y jabonosa. Luego el tranqueo de su padre, alejándose por la vereda de ladrillos en dirección del boliche al otro lado del terraplén.

Entonces, se atrevió a palparse la cara y llegó a la conclusión de que tenía los labios partidos, una ceja abierta y un ojo semicerrado, a más de un corte en el cuero cabelludo que aún le sangraba.

Oyó los pasos de su madre.

—Tomá, aquí tenés salmuera. —Le puso en las manos una cazuela de barro y un trapo. Luego, quedó como para comprobar si lo usaba como ella le había enseñado la vez anterior. Al comprobarlo la vio abandonar la postura de las manos en las caderas y, con una dulzura teñida de curiosidad que le resultaba desconocida, agregó:

—¿No sabés que... para esas cosas están, estamos las mujeres?

De inmediato, y como por un resto de pudor, volvió las espaldas y se internó en la cocina de paredes ahumadas.

Se repitió las palabras de su madre. De golpe, tuvo la sensación de que ella podía ofrecerse a los hombres como esas mujeres que, pretextando el barro de las esquinas,

mostraban el tobillo y las pantorrillas.

Cuando era muy chico, había preguntado a su madre qué era «una puta».

—Una mujer que... se pinta —le había contestado, con fastidio y, luego de tartamudear.

—¿Por qué se pintan? —insistió.

—Para parecer más lindas, ¡y basta de preguntas! —había terminado, como si ya bastara con la excepción de contestar algo.

A poco, y como deseaba quedar bien con la señora del chalet que tenía un columpio en su jardín, le dijo almibarado:

—Señora, ¡usted es muy puta!

Había recibido una bofetada, amén de quedarse sin el columpio. No tardó mucho en saber el significado de la palabra. Ahora le parecía que ese significado y las palabras de su madre se unían; que tenían algo de semejantes o que a su madre no le parecía extraño que sucediera así. Que su madre podría ser...

Se incorporó angustiado; miró indeciso hacia la puertita del cerco y hacia la cocina, alternativamente y como midiendo las distancias; tenía que llegar a la calle, hacer ese recorrido a través del patio. Tuvo la sensación de que su madre volvería para decirle: «¿No sabés que... para esas cosas están, estamos nosotras las mujeres?».

Su madre saldría de la cocina y, aunque él pasara antes, correría para tomarlo del faldón de la chaqueta y repetirle esas palabras. Sus compañeros del Taller, el *tano* Giuseppe y el ruso Boris, se habían peleado hasta sangrarse, porque el ruso había murmurado algo de la madre del *tano*. De las madres ni siquiera se podía murmurar; ni siquiera podía admitirse la menor suposición, salvo cuando ellas... Pero no era cierto que su madre hubiese dicho cosas semejantes.

—¡No es cierto! —gritó, echando a correr.

Corrió como esos remolinos de polvo que formaba el viento en las calles. No llevaba dirección, lo importante era correr, que su madre no lograra alcanzarlo, ni siquiera el eco de su voz. Corrió en la noche como solía soñar que volaba; no lograba comprender cómo sorteaba los charcos y las zanjas, el barro resbaladizo. Todo ese milagro no podía durar mucho; tendría que rodar y embarrarse hasta la punta de los pelos. Caería haciéndose pedazos, como una de esas pilas de ladrillos mal cocidos que se derrumbaban en el horno. Acaso sería mejor de que se hundiera en el barro para cubrir las lastimaduras, para tener una excusa presentable a los vecinos; para que las comadres pudieran decir: «El muchacho de la Ernestina se lastimó la jeta de un costalón», y no; «El bestia del carrero le dio otra paliza al hijo». Quizá agregaran: «al perverso del hijo», porque ya todos lo sabrían en el barrio.

En la esquina de una casa divisó un farol a gas; echó a correr en su dirección, como si fuera un cucaracho de la luz. Creyó que no podría detenerse y que su cabeza produciría el ruido seco del impacto de esos bichos al chocar con las paredes; pero en cuanto pisó los ladrillos rojos tuvo necesidad de detenerse. Se creyó en Buenos Aires y que de nuevo debía llegar puntualmente al Taller. Se paro y limpió el barro de los

zapatos, se arregló la chaqueta, y el cuello, que el agua y la sangre habían convertido en pingajo. No importaba, lo esencial debía ser conservar la apostura. Caminó despacio y aplomado. No sabía adónde estaba ni hacia dónde iba; si miraba con atención, las calles volverían a ser las de su pueblo, y su madre podría alcanzarlo para decirle... ¿Cómo era posible que para eso estuvieran las madres? El mundo se le desarmaba, había algo que fallaba, algo fundamental y tremendo, mucho más que lo averiguado con el Ñato y su *barra*.

—¿Pero qué es lo que te ha sucedido?

Hundió la cabeza entre los hombros al sentir esa voz de mujer a sus espaldas. Volvió la cara atemorizado y encontró la de la señorita Bibliotecaria. Le costó reconocerla, había ocultado su rodete bajo un sombrero adornado con un ala de pájaro, ala que, a la luz del farol, semejaba un arco iris.

—¿No me escuchas...? ¡Seguro que te has peleado con un compañero!

De nuevo, oyó la voz mansa y suave; de nuevo, se sintió sumergido en la calma del salón de la Biblioteca. Todo lo que se refería a la Señorita de la Biblioteca colindaba con la bonanza.

—Sí —dijo, y agregó presuroso—: Señorita Directora...

—¿Y por qué?

Dudó; había asentido porque le pareció que era lo más simple, acaso lo más correcto y amable. Como si fuera otra la voz que saliera de su boca, contestó:

—Porque insultó a mi madre.

La exclamación de la Señorita había sido menuda, la voz se había quebrado. La miró a los ojos, le pareció que los tenía húmedos.

—¿Hice mal? —preguntó, sintiendo que los suyos, también, se le llenaban de lágrimas. Era muy hermoso compartir esa ternura.

—Hiciste bien. La madre es una persona sagrada —contestó, poniéndole la mano en la cabeza.

La miró con asombro; le pareció que tenía el aire de la gente retratada en la Enciclopedia. Ella había dicho algo semejante a esas definiciones.

—Sí, Señorita —alcanzó a decir y la voz se le cambió en un quejido.

—¡Pero si estás herido, criatura! Vamos a casa, te voy a curar.

La siguió hasta que, de golpe, tuvo la impresión de haber recuperado a su Maestro; pero le molestó, sin saber exactamente por qué, el movimiento apagado y ese sonido dengoso, apenas audible, de la pollera de raso que ella usaba. Al entrar en el zaguán bajo y ancho, le pareció que su madre le repetía las palabras, aquellas palabras.

Habló apenas, lo necesario: «Sí, no, me duele, gracias»... Tenía miedo que ella, también, dijera las mismas palabras.

El miedo se convirtió en terror, casi, cuando ella se empeñó en acompañarlo a la casa. No supo resistirse y la siguió con docilidad. Cuando ella supiera todo, él habría perdido esa isla silenciosa y mansa; ya no podría ir a mirar sus libros y, sobre todo, a

decir «Sí» a todo con igual, tibia y compartida ternura.

—Señora, no tiene que regañarlo... Está así porque se peleó con un compañero que insultó a su madre... ¡A usted, señora! Y usted, señora, que también ha sido hija, sabe que la madre es sagrada —dijo con solemnidad, con algo de esa seguridad del cobrador de las cuotas de la máquina de coser.

Su madre lo miró asombrada, después volvió la vista a la Señorita Brígida; quien le tendió la mano y, luego de despedirse, se alejó con firmeza y apostura que fue perdiendo a medida que los saltitos se multiplicaban al evitar los charcos.

Cuando se perdió a la distancia y entre las sombras de la calle solitaria, iluminada muy de vez en cuando por los chorros de luz que se filtraban por las ventanas a través de visillos o persianas, su madre se atrevió a hablar.

—Vamos, entrá... Te hice la cama en la cocina —dudó, como si aún obrara bajo el imperio de la Señorita Brígida, y agregó—: Te voy a dar leche caliente... Tu padre todavía no ha vuelto...

Le costó menos murmurar:

—Gracias... —pero contuvo la palabra *madre*. «La madre es sagrada», volvió a repetirse y las *palabras* de ella volvieron a mezclársele. Quizá el mundo fuera así, una mezcla increíble de palabras.

—Oíste... eso... eso que dijo la Señorita... —murmuró su madre, alcanzándole el jarro caliente.

Ambos se miraron con asombro y temor.

CAPÍTULO SEXTO

—**S**Í, podríamos llegar a un acuerdo, pero nuestro presupuesto es tan limitado que apenas logra cubrir las necesidades más imperiosas —dijo la señorita Brígida.

La miró boquiabierto; la seguridad en lo que ella decía debía brotarle de que no lo inventaba, sino que lo leía en las páginas de su diccionario invisible.

—Sí, Señorita, yo me arreglaré con lo que usted pueda pagarme...

Volvió a repetirse la frase. Había descubierto la columna vertebral de su vida.

Caminó por el pasillo central del depósito; distraídamente tiró uno de los cordoncillos que le rozó la mano. Para que el movimiento no fuera inútil, miró la hora: las 3 y 30 de la mañana. Aún faltaban tres horas. Por un momento, creyó que ya no le importaba que el sereno pudiera divisar la vislumbre. Estaba infinitamente cansado de las acciones de los demás.

—El presupuesto... el presupuesto... —murmuró con rabia. Cada vez que se trataba de sueldos, el Director se tornaba lírico o escurridizo.

Se acercó al tarro de nafta, quitó el corcho del recipiente y olió. Tendría que repartir muy juiciosamente los montones de diarios y, luego, rociarlos. Las viejas páginas se humedecerían. La nafta avanzaría sobre el papel esponjoso como el mar sobre la arena de las playas mansas; las letras brillarían como recién salidas de las prensas. Sería la euforia de la muerte.

Todo ardería: una inmensa y gloriosa montaña de libros apilados en 27 kilómetros de estanterías metálicas. Las estanterías quedarían como esos árboles quemados por un rayo, o se hundirían con estruendo al desventrarse los depósitos. Había leído que eran los gases de la combustión los que producían más víctimas y no las llamas. Cuando las llamas llegaran hasta él ya no podría sentir las; estaría asfixiado o desvanecido, mientras los pesados armatostes de acero se hundirían, entre el humo y las llamas.

Con ademán inquieto dio cuerda al reloj; apenas alcanzó a dar una media vuelta. Debía ser la tercera vez que lo hacía desde la tarde; estaba perdiendo la serenidad.

Lo importante era encender el fuego a las 6 y 25, para que cuando llegara Clarita, a las 6 y 30, ya pudiera contemplarlo maravillada y aterrada; aterrada por un instante, pues que enseguida entraría en funciones y sería capaz de alertar a todos los cuarteles de bomberos.

Sonrió al imaginar su cara de asombro. En la sonrisa de ella, había algo de tiernamente candoroso y, cuando soltaba a reír, su risa tintineante y feliz recorría los pasillos, las oficinas, los depósitos; hasta debía alegrar a alguna polilla en el lomo de esos libros que nadie consultaba. Pensó que los libros que nadie consultaba debían ser como las personas que nadie quiere: se corroen y carcomen para lograr algo viviente. Nunca había imaginado que un ser humano pudiera reír tan alegremente como Clarita. Pera ello habría que haber vivido la vida de otra manera. Si él hubiese tenido

esa su casa soleada en Belgrano, un padre, una madre y hermanos de verdad, él no cometería este crimen...

Se estremeció. La palabra crimen le trajo a la memoria esa Serie Bibliográfica de Derecho Penal que contenía alrededor de 11 000 libros.

—Crimen pasional... ¡sí, crimen pasional! —exclamó y, automáticamente, la bibliografía se le redujo a 200 obras. Se mataba mucho por pasión, pero no era, ni por pienso, el más común de los delitos, salvo en el sur de Italia. Esa gente apasionada y sangrienta de Calabria y Sicilia debía ser la menos hipócrita. Las acciones de sus hombres tenían como razón o fiel de la balanza, la vida y la muerte.

Lentamente volvió hacia las ventanas que daban al patio interior. Se podía permitir estar cansado después de tantos años de continua labor, de imposibilidad de permanecer inútil. Tomó asiento en el repecho de la ventana. La pierna derecha le quedó colgante; con la punta gastada del botín tocaba el suelo intermitentemente. Faltaba en el silencio, el teclear de la máquina de la Señorita Fichadora de los libros; era como si hubiera cesado el pulso de la Biblioteca. A veces, hubiera deseado conversar con ella interminablemente y mientras se pasearan por una larguísima avenida de apreses muy altos, como los de las estampas italianas; pero ninguno de los dos tenía tiempo. No alcanzaba a divisar la puntera de su botín; eran del mismo modelo que los usados con sus primeros pantalones largos. Quiso llevar el compás de algo y tararearlo, como hacían tantas personas; quedó paralizado: no sabía tararear una música, no recordaba haber cantado jamás, salvo algunos compases y notas bajas del Himno Nacional, cuando la Señorita Brígida le hacía señas imperiosas incitándolo a abrir la boca.

De golpe, tuvo la sensación de que los labios se le secaban y resquebrajaban como los viejos arneses de la carretela de su padre; creyó que su boca era una de esas macetitas rojas que las mujeres olvidan en un rincón, y cuya tierra se vuelve dura y reseca. Una boca que jamás había cantado. Miró por la ventana hacia ese resplandor lechoso e indeciso de la niebla que comenzaba a formarse. No pudo resistir el deseo de aspirar ese gusto de ceniza que tenía la niebla; hizo girar la falleba, abrió una hoja, se inclinó hacia el vacío y aspiró hondo. Sería tan simple dejarse caer; pero ¿qué significado tendría, entonces, su vida?

En las sombras blancuzcas y amorfas se delineaba el cuerpo del estudiante muerto. El pecho se le llenó de aire frío y húmedo; en verdad, la neblina tenía sabor a papel quemado, a papel de seda, quizá a ese fino papel de arroz que usaban algunas hermosas ediciones españolas, o, acaso, a un simple papel higiénico.

Cerró la ventana dominando un tiritón. El muchacho habría cantado canciones de amor; a los 20 años es necesario que se muera de amor, para que los demás crean en la vida. ¿De qué amor habría muerto?

Quiso cantar, por la primera vez, y de la boca le surgió un sonido gutural, extrañamente desagradable, más desagradable que su propia voz. Volvió a intentarlo y el resultado fue el mismo. Le asombró, pues siempre había creído que cantar era

una de las cosas más simples y bobas del mundo.

Recordó la melodía que una vez había sorprendido cantando a la Señorita Brígida; era imposible, no lograba emitir esos sonidos que tan nítidamente guardaba su memoria.

—Discúlpeme —le había dicho ella ruborizándose, y mirando hacia ese hombre alto y fornido, que, desde varios días atrás concurría a la Biblioteca. Pedía las «Rimas» de Bécquer, y, disimulando, miraba a la Señorita Brígida.

Esto sucedía una hora antes de cerrar, y cuando él ya daba los últimos toques a la reparación, restauración o lustrado de algún libro; tarea que emprendía al terminar la tarde y cuando los lectores comenzaban a disminuir.

—Horacio, ¡el topográfico 273, para el Señor! —exclamaba ella sonriente y con voz desusadamente alta que, a menudo, le atraía el irrespetuoso o distraído siseo de un lector.

«El Señor» la esperaba a la salida de la Biblioteca, la seguía a comedita distancia y, luego de ceremonioso saludo con su sombrero *pavita*, la miraba desaparecer en el zaguán de su casa.

Una vez que, poco antes de cerrar, la Señorita Brígida lo mandó, cosa desusada, a reclamar un libro en préstamo vencido, no cumplió la orden y se quedó en la esquina, tras un grueso carolino. A poco, la vio salir en compañía del Señor del Topográfico 273; quien echó llave a la puerta y se la entregó, mientras con la otra mano efectuaba un pequeño y coqueto movimiento de saludo con la *pavita*.

Los miró alejarse conversando; le asombró experimentar fastidio, más aún cuando pensó que podían ser celos de ese hombre tan elegante y diferente de los lectores habituales. Cuatro noches sucedió lo mismo; a la tarde siguiente, encontró a la Señorita Brígida con los ojos brillantes e hinchados por el llanto.

Para desviar su involuntaria mirada de interrogación, ella exclamó, casi con rabia:

—¡Retire el topográfico 273! —y, luego de dudar, agregó—: ¡Hay que reencuadernarlo, tráigamelo!

Mientras se lo alcanzaba, con furor semejante al de ella, había hundido las uñas en la pasta española de la encuadernación flamante.

Nunca volvió el lector; ni el libro a su estante.

Cuando transcurridos los años tuvo que pedir su primer *permiso antes de horario*, para concurrir al entierro de su antigua Directora, la hermana de esta le susurró:

—¡Nunca lo olvidaba, la pobre Brigidita! Ni a usted, ni a su bendita Biblioteca Popular, con decirle que cuando se sintió mal de verdad me hizo prometer que le pondría en el cajón un libro viejo, que siempre tenía en el velador... al alcance de su mano...

—¡El topográfico 273! —exclamó, sin poderse contener.

—¡Cómo! ¿Usted sabía? —preguntó temerosa—. Sí, era de la Biblioteca... Si usted quiere, podemos sacárselo...

—¡No, jamás! —dijo, y se interrumpió, asombrado de su exabrupto—. Era un

libro fuera de uso, completamente fuera de uso...

Cambió de postura en el antepecho de la ventana. Así, como ella, debía ser la gente de verdad: les bastaba con un pequeño motivo o ilusión para creer y vivir.

Impensadamente sacó el reloj del chaleco y quedó acariciando su níquel; lo había comprado por mensualidades de 50 centavos, a poco de entrar a la Biblioteca Popular. Quería ser puntual, exacto. A veces, cuando llegaba unos minutos antes, daba una vuelta a la manzana: impuntualidad era tanto llegar antes como después de la hora señalada.

De pronto, pensó que hubiera sido hermoso que su canto se paseara entre las estanterías, que las atravesara, ionio esas cintas y ondas con pentagramas, que pasaban de una habitación a otra en los anuncios de las casas de instrumentos inusuales. ¿Qué había hecho de su vida? La vida era algo que no volvía más, se había dicho, pero ahora, recién, comprendía el sentido de esas palabras. Cuando era muchacho y pensaba que podían quedarte 50 o 60 años de vida, esa frase carecía de importancia, era de otro inundo, luego, cuando pensó que lógicamente ya no le quedaba mucho tiempo, la frase había comenzado a perseguirlo.

—No tengo tiempo —le había dicho Arnaldo, aquel muchacho que deseaba ser su amigo.

—Si uno quiere siempre encuentra tiempo le había contestado, apoyándose en la estantería de libros, como si cobrara la autoridad sentenciosa que imaginaba en todos los autores de libros o que todo lo dicho por él estaba fundado en esos libros que conocía al dedillo. Arnaldo, con sus grandes ojos liaros y su pelo ensortijado cayéndole sobre la frente, era la única persona que no lo había intimidado; de entrada había comprendido que Arnaldo estaba dispuesto a reconocerle superioridad.

—Es que salgo cansado del Frigorífico... Usted no sabe lo que es trabajar en la fábrica —le había contestado, con algo de reproche; que tomó como leve intento de rebelión.

Creyó que iba a perder el único *súbdito* que habría logrado y, esforzándose hasta la angustia, lo tuteó con tono despectivo.

—¿Y vos te crees que aquí no hay bastante trabajo? ¿Que no es bastante tarea *inducir* (se regodeó con esta palabra favorita de la señorita Brígida) a leer a asnos que se niegan? ¿Qué te crees?

Al terminar, quedó asombrado de la petulancia del tono, listo para acoquinarse ante la menor reacción. Para evitar que le temblaran los labios, cerró con fuerza la boca.

—Sí, señor... Tiene que ser difícil eso... Yo le decía... ¿Usted no conoce un frigorífico? ¿Si usted quiere yo...?

Le había costado contenerse para no abrazarlo; hubiera sido cosa blanda e indigna de *su estado*. Enderezó el nudo mariposa que a manera de corbata sostenía con un

elástico al cuello de celuloide; cuello y corbata que sólo usaba para la Biblioteca. Carraspeó. Era la primera vez que lo llamaban *señor*, y era un muchacho de su misma edad, de 16 años, quien le había dado ese tratamiento.

—Bien, iré el Domingo... Y ahora, ¿qué libro desea leer?

La emoción le hizo olvidar el carraspeo con el que pensaba terminar la pregunta; luego, no se atrevió, le pareció ridículo. Años después había comprendido la importancia de ese acto. Toda la brillante carrera administrativa del jefe de Sección González, estaba hecha sobre la base de oportunos carraspeos: cuando quería ocultar que ignoraba algo, cuando prefería callar lo que podía comprometerlo, cuando entraba en una oficina donde los empleados conversaban, o cuando, por fin, llamaba a alguno para amenazarlo con 15 días de suspensión o la cesantía. Que el carraspeo tenía profunda importancia burocrática y que estaba considerado entre las cualidades esenciales para llegar a las jefaturas, lo había comprobado abundantemente; mientras más fuerte y cavernoso era, más alto habían llegado sus propietarios.

—No sé, Señor ¿qué libro me recomendaría usted?

La prestancia otorgada por el tratamiento se derrumbaba; se imaginó un caballo acorralado al cual irremisiblemente le caería el lazo. Toda su memoria se esfumó; no sabía qué libro recomendar después de 2 años de auxiliar de biblioteca. Miró hacia la señorita Brígida, con desesperación comprendió que no podía interrumpirla pues que estaba con ese locuaz Inspector de Bibliotecas Populares.

Los ojos de Arnaldo brillaban con alivio, tal si descubrieran que ese *señor* era un muchacho más, un muchacho igual a él mismo.

Se vio chico; se imaginó recién llegado a la vieja y crujiente sala de lectura, echó una mirada mezcla de invocación y auxilio a la serie de tricromías de los padres de la patria que por encima de las estanterías, ornaban las paredes encaladas, y se oyó murmurar:

—La Enciclopedia... Lleve el primer tomo, es muy importante...

Cortó la frase; tuvo la idea de que cuando leyera otros tomos Arnaldo encontraría la palabra *perverso* y sabría que esa palabra se refería...

—Gracias —dijo el otro muchacho, contento al deducir de que ya no era necesario el tratamiento.

Rondó la mesa de Arnaldo durante las dos horas que este permaneció en la Biblioteca, tal si quisiera sorprenderlo en un gesto que, de nuevo, le diera preeminencia. De pronto, como si cesada la ebullición del cerebro la calma le hiciera recuperar su lucidez, se acercó y le dijo displicente:

—¿Quiere leer La Ilíada, de Homero?

—No, gracias...

—¡Ah! ¿Entonces preferirá algo más moderno? ¿Esquilo, Sófocles o Virgilio?

—No, gracias, señor...

Lo escuchó contestar apabullado, y respiró. Había llegado al límite de sus conocimientos, pero había logrado, también, que volviera al tratamiento deferente.

Juntos habían recorrido esa calle principal de Berisso, entre los montones de tierra y piedra que servirían pala el balastro de los rieles del tranvía; luego, el borde de los canales y riachos donde los sauces mojaban sus ramas.

Durante un atardecer, habían permanecido tirados entre los yuyos de la orilla, mientras a lo lejos se oía el acompasado golpear de un motor de remolcador; y la chimenea muy alta del Frigorífico soltaba su humareda, semejante a la cabellera renegrada de una mujer, esparciendo ese olor dulzón y grasoso de los días en que quemaban residuos —que como el olor de una flor podrida conserva, sin embargo, algo del primitivo y que le recordaba el de los cueros del atillo del Maestro Hennequenff. En un momento en el cual había accedido a guardar en un bolsillo el cuello duro y el moñito armado, y desprenderse el primero y el último botón del chaleco, había experimentado inmensos deseos de abrazar a Arnaldo. Lo miró tendido entre el pasto; tenía algo de la lozanía de esas huertas que los italianos y los yugoeslavos plantaban en el lote de terreno baldío que habían rellenado frente a sus casas, entre la calle y el arroyo.

—Arnaldo, quisiera contarte algo... —calló cuando ya estaba por surgirle: «muy raro que me sucedió cuando tenía 14 años». Miró su cara alerta y dichosa, como atenta a la llegada de algo que había esperado durante el *mucho tiempo* de los adolescentes.

Toda la relación entre la gente, esa relación que lleva a la comprensión y pueda que a la amistad o al amor, debía comenzar siempre por tener esa necesidad de decir: «Quisiera contarte algo...». De la manera que se escucha, depende el futuro.

—Me gustaría que me lo contaras.

Escuchó decir, después de larga pausa. Comprendió que ese tono afectuoso significaba: «Si tienes confianza en mí, yo también tengo necesidad de tenerla en ti, de contarte...».

Poco había faltado para que las palabras arrasaran las defensas; resistidas, como agua en reflujo, su raciocinio lo llevó al otro extremo, a lo péndulo de reloj. Se alegró de haber callado; quizá Arnaldo se hubiera reído de sus «perversidades» o las hubiese contado a sus compañeros.

De golpe, imaginó que esos muchachos rubios del Frigorífico se reunían frente a la Biblioteca Popular, formaban una especie de «murga de carnaval» y cantaban como en un sonsonete o constante ritornelo, hasta crisparle los nervios, algo semejante a: «¡Al Horacio bibliotecario, le gusta mojar cueros a diario!».

Los vio rondar en la vereda, y luego entrar a saltos tras un gran bombo, bailar entre las cuatro mesas de la Sala de Lectura, mientras la Señorita Brígida lo miraba escandalizada.

—¿Y qué era?

Escuchó la insistencia; algo intuitivo lo hizo encerrarse en sí mismo. En un momento de debilidad, las personas revelaban secretos que luego tornaban odiosos a los depositarios de ellos.

—Nada, —murmuró, y, de pronto, imaginó que Arnaldo sabía su secreto. Tuvo deseos de lanzarse sobre él y matarlo; no, quizá no se atreviera a matarlo. No, ya lo sabía, era incapaz de matar a nadie. Sería mejor que Arnaldo se muriera, que cayera por accidente en esos calderos del Frigorífico. Se estremeció horrorizado. No, no le deseaba nada cruel; que muriera del corazón, sin sufrimiento, para que él pudiera vivir tranquilo sin la amenaza de su delación.

—¿Cómo, nada? ¿Si me dijo...?

No, no era Arnaldo quien debía morir, sino sus compañeros del Taller; tenían que morirse todos, uno a uno o en una catástrofe conjunta. Lo importante es que ninguno de ellos pudiera narrar lo sucedido. Le pareció que el tiempo también podría solucionar todo: las caras y los cuerpos cambiarían, y sus compañeros no podrían reconocerlo.

—Nada... sólo quería preguntarte si conocías el argumento de «La Divina Comedia», del Dante...

Arnaldo lo miró con asombro, luego, apenado y sin un comentario, se puso en pie y echó a caminar.

Anduvieron largo trecho, mientras las casas construidas con chapas de zinc, a manera de techos y paredes, pasaban unas tras otras con sus cornisas de madera pintadas de vivos colores. Cuando alcanzaron el puente que comunicaba con Ensenada, Arnaldo se detuvo y con rabia le gritó:

—¿Usted sólo puede entender lo que está escrito en los libros? ¿La vida no le importa nada? ¡No voy a ir más a su Biblioteca, nunca más! No quiero llegar a ser como usted, ¡prefiero ser un burro! ¡Un burro que come pasto, un burro que se revuelca en el pasto, que rebuzna si ve a una burra, y que le guste formar una tropilla de burros que rebuznen! ¿Entiende, Señor?

Con rabia, dolor y torpeza en los movimientos, lo vio avanzar como si hubiera de encajarle un estilete en el abdomen, y le escuchó decir tajante:

—¡Préndase su chaleco, Señor! —Mientras le prendía, con rabia, los botones—. ¡Póngase su cuello y su moñito! —continuó, accionando a la par de las palabras.

Lo dejó obrar, como si Arnaldo tuviera toda la razón de la tierra. Desde el puente, lo miró alejarse. De improviso, lo vio detenerse en seco, volver la cara hacia el puente y gritar:

—¡Adiós, Señor!

Tuvo la sensación de que ese tratamiento deseado se transformaba en una barrera que lo había de separar de todas las personas. Echó a caminar; fue apresurando el paso hasta casi llegar al trote. Se detuvo en una esquina, revisó los botones del chaleco y se prometió no desprenderlo jamás; ajustó el cuello duro a los botones de la camisa, enderezó el moñito, y recuperó su marcha con andar rápido pero más reposado. Un andar digno de un bibliotecario, según preconizaba la Señorita Brígida. «Ser bibliotecario, era tener una digna profesión liberal, acaso la más digna, puesto que ayudaba a lograr las otras».

Volvió a detenerse en la esquina, miró en derredor y encontró que estaba solo. Sin embargo, necesitaba estar con alguien, sentir el calor de alguien. Quedó indeciso un largo momento. Pasó un hombre montado en un caballo, anunciando con una bocina la función de un circo.

—¡Chiquilines! —murmuró despectivamente, y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Sintió, en la derecha, el contacto frío de una llave. Respiró hondo y con alivio.

Apretó el paso nuevamente.

Cuando introdujo la llave en la cerradura de la puerta de la Biblioteca, se alegró tremendamente de haber ganado la confianza de la Señorita Brígida.

La Sala de Lectura le pareció más grande que de ordinario. Miró los libros, creyó que lo recibían con tímido alborozo, que se les humedecían los ojos. Los marbetes exteriores de los libros, esos oblongos rotulitos, tenían que ser los ojos de los libros. Se dejó caer en la silla de la Señorita Brígida, y dijo:

—Ya no estoy solo. ¡Señor Arnaldo!

Cerró los labios con fuerza. Había quebrado ese silencio como quebraba en invierno el agua escarchada del balde que usaba para lavarse. Quedó quieto, serio, firme, recto como una estaca colorida de esas que los rematadores habían empleado para el loteo de los terrenos del horno de ladrillos.

Aspiraba el silencio.

Un silencio solitario en el cual nadie podría decirle palabras hirientes. Una paz mansa, infinita, totalmente suya y que ya no tenía necesidad de compartir.

CAPÍTULO SÉPTIMO

UN día, frente a la Biblioteca Popular Sarmiento, trajeron a su padre tendido en el fondo de la carretela.

En un barquinazo había caído del pescante, y la rueda le pasó por la mitad, exactamente donde el cinturón cortaba la panza simétricamente. Cuando se inclinó para auscultarlo, percibió ese olor de ginebra que tanto conocía.

—¡Dios mío! ¡Lo único que nos faltaba! —exclamó la Señorita Brígida, mientras se arreglaba el rodete, que tenía el don de desarmarse ante cada accidente o hecho inesperado en el que se viera envuelta—. Puedes tomarte el resto del día... —terminó, volviéndose hacia la Biblioteca, donde habían quedado solos varios chicos que preparaban sus deberes. No entendía cómo las maestras les pedían figuras y fotografías impresas como ilustración de tareas; era una *incitación* a destrozar libros.

Bajo el sol de la siesta, el cuerpo fofo de su padre se zarandeaba como el de una res cebada y descuartizada. De vez en cuando, llegaba un quejido. De un momento de placer de esa carne había nacido él. ¿Cómo podría darse tanta importancia a esas cosas?

Lo atrajo el relumbrar de la hebilla del cinturón. Eso era lo más suyo que podía heredar de su padre. Tenía dos marcas en el cuero cabelludo, dos cicatrices donde el pelo no había vuelto a crecer. Llevó la mano y con el índice tocó la cicatriz de más abajo, esa había sido la primera. Tenía que repasarla en su memoria, ponerla a la par de la otra, de la que le recordaba el Taller y el Altillo. Debía hacer inventario de lo que heredaría de su padre.

A los 8 años se había escapado con otros chicos del barrio para ir a bañarse al arroyo. No había querido ir, para colmo ni siquiera pertenecía a esa *barra* ni a ninguna otra. Pasaron frente a su casa en la siesta calurosa, y uno de ellos le gritó algo incomprensible; pero debía ser burlón puesto que los demás alieron a reír.

Otro, el más grande, que debía tener alrededor de 14 años, se le acercó y poniéndole la mano en la cabeza, le dijo bonachonamente:

—Vamos, fideo fino...

No se atrevió a oponerse. Tuvo vergüenza de decirle que su padre lo había puesto allí para darle un mensaje al compadre que pasaría en su carretela. «Si es necesario, lo corres hasta que te quedes sin aliento, pero le decís que mañana lo necesito a las 7 en punto, para hacer juntos una changa. ¿Entendiste?». La voz de su padre lo clavó en el polvo suelto de las huellas de la calle. Por allí tenía que pasar el carrero.

—No puedo, mi padre... —dijo y se detuvo. La mano sudorosa del muchacho se le ajustaba en la nuca, mientras reía estrepitosamente.

—Mirenlo; ¡el papito no le da permiso! ¡Vamos florcita!

Había mirado a cada uno de los muchachos que lo rodeaban burlándose e imitando movimientos equívocos, en tanto lanzaban gritos y chillidos lánguidos. A todos los conocía de vista; algunos lo habían saludado al pasar como «queriéndose

amigar» y él les había contestado apenas. Sólo uno, de cutis cetrino y pelo lacio, permanecía silencioso; ese hacía los mandados en el boliche de la esquina. Quizá lo pudiera defender en recuerdo o por temor de cuando iba a hacer algunas compras con su madre. Nadie tomó su defensa; se encontró solo, bajó la cabeza y dijo, con rabia:

—Voy con ustedes... ¡Y no tenés por qué agarrarme, no sos mi amigo!

El otro dijo, riendo:

—Te agarro porque se me da la gana... ¿Entendiste?

—Sí —murmuró, agachando la cabeza. No entendía por qué él tenía que ser el centro de las burlas; no debía ser una mera cuestión de ubicación y, sin embargo, el llegaba demasiado temprano o tarde, pero siempre quedaba en el centro, nunca en la ronda de los que se burlaban.

El grupo se había puesto en marcha, como si acordado que los siguiera, hubiere perdido importancia. Corrían y se hacían pases con una pelota de trapo que, cada vez que pateaban o caía levantaba una nube de polvo.

Distraídamente tiró de un cordoncito del minuterero y las luces de un cuerpo se encendieron. Ya no tenía miedo: la niebla espesa se agolpaba contra los vidrios. Cuando amaneciera, llegarían desde el puerto esos quejidos casi animales de las sirenas de los barcos, que se movían como si tantearan a ciegas. Estuvo a punto de llevarse por delante la silla y la mesa portátil que Gina colocaba cerca de una de las ventanas que daban al río. Era muy descuidada esta mujer: tendrían que tomar medidas a su respecto. Sonrió alzando los hombros en una especie de zarandeo circular, todos esos problemas desaparecerían antes de 2 horas, pensó mirando el reloj.

Distraídamente metió los pomos de tintas y pinturas en la caja de madera. Dejó caer la tapa, y el ruido seco recorrió el depósito. De nuevo, le pareció que producía un eco extraño, como si llegara del otro extremo donde estaba el Depósito de Libros Raros y Valiosos. Clarita tenía razón; ese depósito era como señalarle a los ladrones dónde tenían que servirse.

¿Y si lo estuvieran vigilando? ¿Si el Jefe González hubiese descubierto sus propósitos? Rio; nunca había sido tan importante o peligroso como para que los demás lo vigilaran.

Se dejó caer en una silla plegadiza de lona. El cadete Marro le había pintado una estrella en el respaldo, para que Gina usara, de esta manera, una silla semejante a las que tienen los astros durante las filmaciones.

—¡Cosas de chiquilines, eso del cine!

Jamás iba al cine; le resultaba imposible olvidar que estaba ante una tela blanca, que, cuando de nuevo encendían las luces de la sala, tornaba a ser blanca, con algo de burla para las gentes que lloraban o reían: «Nada por allá, nada por aquí», como los prestidigitadores.

La pequeña tropa avanzaba levantando una nube de polvo. Como era Domingo por la tarde, el horno de ladrillos estaba desierto; salvo el guardián, que salió en ropas menores y alzando los puños cuando una lluvia de cascotazos cayó sobre el zinc de su casilla.

—¡Déjenlo, no sean pelandrunes! —gritó el más grande, quien no se había despegado de su lado—. Pobre viejo... —le oyó agregar en voz baja, y como si sólo lo hubiese dicho para ganarse su buena voluntad.

Se detuvieron al atravesar el terraplén.

—¿Te gustaría irte en un tren? —le dijo, de improviso y con un tono amistoso.

A veces, especialmente cuando su padre gritaba o peleaba con su madre, solía quedarse acodado en el cerco a la espera de ese tren largo, el «Internacional», que cruzaba resoplando por sobre el alto terraplén, iluminado y deslumbrante, como un collar de brillantes sobre el terciopelo negro de una joyería.

—Sí —dijo, y cerró la boca por temor de ponerse a hablar de su padre y su madre. Total los padres de todos ellos debían hacer lo mismo, inclusive eso que había visto una noche en la que despertó asustado por los quejidos de su madre; unos quejidos extraños que nunca le había oído antes y que eran como una mezcla de dolor y alegría. Había escuchado a su padre:

—¿Te gusta? Contestame si te gusta.

—Sí, me gusta —había contestado ella, y la voz se le interrumpió en un quejido—. Sí, pegame, pegame más...

Había quedado inmóvil, sin atreverse al menor movimiento, hasta que todo aquello terminó. Le pareció que había durado horas y días. A la mañana siguiente le asombró ver que su madre estaba más amable que nunca con su padre.

—¿Estás bien, mamá?

—¡Sí, claro! ¿A qué viene esa pregunta?

El había dudado en contarle y, luego, escapó a la calle, mientras la madre se quedaba con las manos en las caderas y mirándolo intrigada.

—Cuando tenga 18 años, agarraré un tren carguero y me largaré... ¿Te gustaría venir? —le dijo el muchacho, acariciándole la nuca.

Lo había mirado extasiado. Tenía un pie sobre uno de los rieles y el otro sobre un durmiente, la mirada lejana, y el pelo cobrizo aureolado por el sol. Le pareció muy alto, casi gigantesco; hubiera deseado tener esa seguridad en la voz y los movimientos.

Muy distante se escuchó el pitido entrecortado de una locomotora, que lo llenó de emoción. Se iba; él, y su cuerpo, se estiraba y se hundía en ese mapa en colores de la República, que había visto junto al pizarrón de la Escuela del barrio.

—Sí que me gustaría... —contestó, temblándole la voz.

En ese momento, lo recordaba perfectamente, habían pasado los dos últimos de la pandilla; el más alto, mientras guiñaba, le había dicho a su nuevo amigo:

—Ñato... ¡Sos un vivo!...

Ambos se echaron a reír, luego de soslayarlo. Sin saber porqué, la risa de ellos se le asoció al tono del quejido nocturno de su madre.

Cuando se alejaron los otros, tuvo necesidad de contarle al Ñato lo que había sucedido entre su padre y su madre.

—¿No sabes, entonces? —preguntó el Ñato con asombro; le pareció que hacía esfuerzos para aguantar la risa—. Ya te lo voy a explicar en el arroyo...

Lo miró inquieto, había algo en el tono empleado que no le gustaba. Tuvo deseos de escapar, de volver para cumplir el mandato de su padre.

Recortándose sobre el cielo azul, vio pasar por sobre el alto terraplén a un tren de carga con sus vagones pintados de gris.

—Ves, en ese nos iremos... —dijo el Ñato, como si adivinara sus vacilaciones.

—Bueno... —dijo, con voz ahogada.

El Ñato le enseñaba pacientemente a nadar. Es un buen tipo, se dijo. De pronto, mientras le explicaba el movimiento acompasado de los brazos y piernas, sosteniéndolo por la cintura, lo vio enrojecer. Las manos de él se le hundían en la cintura.

—¡Eh!, ¡que me lastimas! —alcanzó a gritar; en el momento en que el Ñato, dando un suspiro, casi un grito, hundía la cabeza en el agua. Sumergido, se alejó hacia el grupo más numeroso que lo recibió con risas y pullas.

La pelota, ahora empapada, saltaba de mano en mano y salpicando las ramas bajas de los sauces, de las cuales, y luciendo flexión, se prendía de vez en cuando un cuerpo desnudo que, luego de columpiarse, caía unos metros más lejos, junto a otro con el cual, y luchando, se zambullían entre gritos y risotadas. Id sol, que se colaba entre las copas, moteaba de amarillo los cuerpos relucientes.

Regresaron al anochecer; él era el último de la caravana. En el terraplén, el Ñato se le acercó y, hablándole por primera vez después de lo sucedido en el arroyo, dijo:

—De eso... —sonrió malicioso—. De eso, como lo hacen tu viejo y tu vieja, y los míos, y los de lodos esos... salimos nosotros... Vos, yo, esos...

Cuando su padre, que lo estaba esperando en la puertecita del cerco, lo tomó de un brazo y alzándolo casi en vilo lo llevó al patio interior —mientras las vecinas, que en las puertas de sus casas habían estado como a la espera del espectáculo, llevaban las manos a sus bocas para ocultar el cuchicheo— todavía no lograba salir del asombro que le había causado la revelación del Ñato.

Por primera vez, la hebilla de su padre giró en el espacio brillando intermitentemente. La miraba ir y venir, pero no la sentía. Su madre corrió hacia ellos; creyó, en un primer momento, que acudía a auxiliarlo; pero se unió a su padre en los insultos.

Las palabras de ellos se entrecruzaban con el cinturón, y parecía que se enmadejaban con el brillo del bronce. Los vio tan juntos, tan unidos en contra suyo, que tuvo la impresión que de nuevo se unirían como la noche anterior.

Bramó un cintazo y quedó en el aire algo así como el rastro de una estrella que cae. Tenía que pedir tres cosas, como le habían enseñado. Las manos de su madre se unían a las de su padre; se unían en él. Le pareció que los quejidos de su madre, esos quejidos encelados, mitad quejido y mitad gozo, brotaban ahora de su propia boca, de su boca muy chica, y no de la roja de su madre. Brilló de nuevo el bronce de la hebilla; su padre y su madre estaban unidos en el cuero.

Lo tomaban de la cintura, se le hundían las carnes. De todo, de todo eso tenía que haber nacido él. Tenía que nacer. Un tren *pitió* largo, muy largo, muy intermitentemente; como si lo llamara en medio de un campo liso, sin árboles, un campo muy oscuro.

Cuando volvió a abrir los ojos, sintió gusto a salmuera y sangre en los labios, y escuchó el ruido del fuentón en que su madre lavaba los platos. El mismo fuentón a través de los años; las cosas de antes eran muy durables.

—Ya avisamos al doctor... —dijo el carrero, volviéndose en el pescante.

Lo miró, era el mismo a quien tenía que haber dado el mensaje ocho años atrás. Las gentes siempre se ataban y se unían de la manera más inesperada, como los túneles de un hormiguero. Se inclinó y tomó el pulso a su padre. Ya era inútil que viniera el médico, y, también, lo dicho por ese libro de «Primeros Auxilios», que llevaba el número topográfico 1786.

Se inclinó, aflojó la hebilla y la panza de su padre se bamboleó. Tenía los pantalones manchados por una materia viscosa. Se inclinó nuevamente, limpió el cuero lustroso por el uso del faldón de la camisa. De pie, las piernas separadas para conservar el equilibrio, miró el cinturón. Ya estaba limpio, no le quedaba más que una media luna más oscura que agrandaba, en uno de los extremos, la vieja mancha de sudor de su padre.

Alzó su mano y la mantuvo a la altura suficiente como para que la punta del cinturón rozara apenas el piso de tablas destartaladas. Quedó así, como en esas ilustraciones de los faquires de la India que hacían alzarse a las cuerdas. Su padre no sabía nada de eso, ni de hipnotismo, ni de la India, ni de la cuerda; no sabía otra cosa que «zurrarle la badana», como decía el gallego carrero que ahora los llevaba.

Permaneció un momento alerta en sí mismo y olvidó el cinturón: las partes sexuales se le zarandeaban con el zangoloteo de la carretela; tuvo miedo absurdo de que se lastimara alguno de esos finos ligamentos o membranas que había visto en una ilustración de un libro de medicina; era absurdo ese temor, pero ¿cómo borrarlo?

Un reflejo rápido de la hebilla le hizo cerrar los ojos. Lentamente, con algo de ceremonial, con esa «pompa y circunstancia» con que actuaba el cura en las misas de gran aparato, tomó la hebilla en su mano izquierda, el otro extremo del cinturón con la derecha, y, luego de rodearse la cintura, comenzó a ceñírselo. Comprendió que sería necesario hacer un nuevo agujero en el cuero grueso y ancho; pero eso vendría

después, lo importante por ahora era tenerlo encima, sobre sí. Desprendió los tres últimos botones del chaleco, ubicó la hebilla sobre la camisa, y volvió a prenderlos.

Apoyó el cuerpo contra la baranda de un costado. La mano se le deslizó y quedó colgante, posada y sujeta entre el pulgar y el índice que señalaba una de esas frases que los carreros pintaban, con letras historiadas, en los costados o la trasera del vehículo. La de su padre decía: «Aquí vengo con una flor».

—De zapallo... —murmuró, al verlo tendido. Era, pensó una costumbre absurda; tanto como esa necesidad que tenía la gente de contar cuentos verdes en los velorios. No entendía nada de eso: era como si la dueña de casa pidiera como *provisiones para velorios*: un kilo de azúcar, otro de yerba, otro de café, 5 litros de ginebra y 3 kilos de cuentos verdes.

Su madre tendría que hacer así, y obrar sola. Palpó, con un suspiro de alivio, la llave de la Biblioteca. Pretextaría un inventario general y la necesidad de cuidar el puesto, ya que ahora estaban solos.

Parsimoniosamente se fue encucillando, la hebilla se le clavó en la boca del estómago. Permaneció sintiendo la violenta presión. Ahora tendría que cargar solo con los gastos de la casa.

La cabeza de su padre se zarandó sobre el piso de tablas, tal si de golpe se le hubiese cortado un elástico o soporte que le diera estabilidad; saltó durante un momento y, luego, quedó con la cara vuelta hacia él; los ojos fijos y muy abiertos; como asombrado de haberlo visto colocarse su cinturón en lugar de recibir los golpes.

Mecánicamente, como había visto hacer a esas viejas que hasta el manto tenían negro y de un género brillante, alzó la mano derecha y se persignó. No supo qué actitud adoptar; luego, adelantó la mano izquierda y le bajó los párpados para que le cubrieran esas pupilas que comenzaban a enrojecerse bajo el sol. Se dejó caer sentado, mientras le gritaba al cochero:

—Don Pepe, disminuya la marcha, ya no hay prisa.

Miró los frentes de algunas casitas cuadradas con su pequeña galería, que los dueños construían los domingos o días de gran feriado. Su padre no había sido capaz de comprar un lote, ni siquiera el de la casita donde vivían. Mientras doblaba esquinado el pañuelo, echó un vistazo hacia un cartel rojo con letras pintadas de blanco. Tendría que comprar su lote por mensualidades; el barrio «progresaba a ojos vistos», como decía el boticario; y la Asociación de Fomento ya hablaba de adoquinar la calle hasta el terraplén del ferrocarril. Le ajustó la mandíbula con el pañuelo, y los labios carnosos y estriados de su padre se unieron. Construiría una casa de dos piezas, con su propias manos: los días domingos, el Año Nuevo, las Fiestas Patrias, la Navidad y el Viernes Santo. Ajustó el nudo entre el pelo grasoso y ensortijado; hacía meses que su padre no se lavaba la cabeza. Dos piezas; no podría vivir con su madre en una sola pieza. En mitad de la noche se despertaría y escucharía sus quejidos.

—¡Pues que te digo que ya llegamos!...

Se puso de pie al escuchar la voz del cochero. Su madre estaba en la puertecita del cercado. Lo contemplaba interrogante, como si se resistiera a mirar esa forma tendida que tanto conocía.

Ayudado del cochero y forcejeando bajó el cuerpo; ella permaneció inmóvil, en el mismo lugar donde la vio por primera vez, hasta que por fin, tocó el nudo del pañuelo que sostenía la mandíbula de su marido y, luego, retiró la mano como si sufriese un contacto eléctrico; agachó la cabeza, y con la misma mano, se cubrió los ojos. Así, como una de esas viejas imágenes vestidas de las iglesias, avanzó tras ellos.

Al rato, cuando las mujeres de la vecindad comenzaron a llegar y silenciosamente se hicieron cargo de las tareas de la casa, ella se dijo:

—Tenés que llamar a tu hermana...

El la había mirado con asombro e incredulidad.

CAPÍTULO OCTAVO

AL amanecer, cuando el terraplén del ferrocarril comenzaba a recortarse sobre el cielo gris y pesado de nubes, y dos hombres dormitaban borrachos, y las viejas habían vuelto a sus casas llevando en ataditos los platos, las tazas de café y cucharitas que habían traído para ayudar al velorio, apareció junto al cerco una mujer joven.

Apretó en el bolsillo, la llave de la Biblioteca, que en vano había intentado usar, especialmente después que se retiró la señorita Brígida; la espera de esa hermana desconocida le había impedido moverse.

Luego de llamar desde el teléfono del almacenero al de otro almacenero para que le avisaran a su clienta y vecina, su madre le había dicho:

—La tuve antes de casarme con tu padre...

—Yo no sabía que usted era casada dos veces...

Se había producido entre ambos un silencio que, a medida que crecía, lo avergonzaba.

—Yo no te dije eso... —había contestado su madre y, nerviosamente, se volvió hacia la vecina que preparaba café en el fogón—. Tenga cuidado, no se le vaya a quemar —luego, le agregó—: Era por eso que el pobre finado solía pegarme, cuando tomaba... Creía que te lo habíamos dicho...

Una de las vecinas entró sofocada pidiendo café y algún licor para el presidente del Comité del Partido. La interrupción lo alivió.

—No se moleste, mi señora —dijo campanudamente el Doctor, mientras entraba en la cocinita llena de mujeres—. Yo sólo he venido para expresarle la profunda emoción que embarga el seno más dilecto del Partido ante la irreparable pérdida del esforzado correligionario y amigo...

Se escurrió entre las mujeres y salió al patio. Le molestaba escuchar a esos individuos, más que por las palabras huecas repetidas hasta el cansancio, por el hecho de que fueran creídos.

Miró a la mujer apoyada en el cerco. Tenía algo de las facciones de su madre: la misma nariz ancha en la base y los ojos negros grandes y aterciopelados.

—¿Usted? ¿Vos?... —atinó a decir y, luego agregó—: Está en la cocina...

Ella le estrechó apenas la mano, casi con la punta de los dedos; entró decidida, como si conociera bien la casa.

La casa se llenaba, cada vez más, de gente que nada tenía que ver con él. Caminó en dirección del terraplén; desde lo alto quedó mirando los caseríos del pueblo que ya comenzaba a ser ciudad; el damero de calles, con sus esquinas todavía iluminadas alternativamente, se extendía hasta perderse en la niebla mañanera de la zona baja.

Pasó un tren carguero largo y rechinante; tuvo la sensación de que la tromba de aire lo sorbía. Desde la primera marca de la hebilla en la cabeza, no había vuelto a ver al Ñato; era muy probable que se hubiera ido en un tren carguero y que anduviera por el Norte, quizá por el Oeste o en las repúblicas del Pacífico. Tuvo miedo al

imaginarse en uno de esos vagones vacíos; había oído lo que unos linyeras le habían hecho a un muchacho, al que, después, arrojaron del tren en marcha. Un calofrío le recorrió el cuerpo; lo achacó al amanecer.

Se dijo con seriedad que ya no podría irse: era responsable de su madre y de esa hermana que le caía del cielo, aunque la comparación no fuera, precisamente, la más acertada. Meneó la cabeza. El hecho cierto era que no sería capaz de huir, de abandonar su puesto seguro. El Ñato tendría que haberse ido, con una guiñada, una torcida de boca y un ademán de despedida a los muchachos de la barra; sí, él tenía la mirada algo desafiante; él no dudaría ni buscaría excusas.

Le asombró lo poco que le importaba que su madre hubiese tenido una hija fuera del matrimonio. Trató de imaginar lo sucedido, pero no encontró hechos esenciales para construir el argumento. Su madre le era totalmente desconocida. Además, eso importaba muy poco en el barrio.

La *gente* de la señorita Brígida podría preocuparse de eso...

Para todas estas reglas es necesario tener tiempo. La moral debía ser en buena parte especulación para desocupados. El Director de la Biblioteca había comentado sonriente que, según estadísticas de una Provincia, el 60 % de sus habitantes eran «hijos de puta»; luego había hecho una defensa de la familia bien constituida, sin dejar de mirar los pechos de su secretaria. Había tenido ganas de partirle la cara con la misma hebilla del cinto de su padre; pero lodo quedó en intenciones. Prefirió soportar; bastaba con que ese hombre firmara un simple papel timbrado para que nunca más pudiera volver a andar en su bosque de libros, para que Clarita desapareciera definitivamente.

Además, ¿qué hubiera hecho si le partía la cara con la hebilla del cinturón y lo dejaran sin empleo? Un estremecimiento de miedo le había recorrido el cuerpo; se vio recorriendo todas las Bibliotecas y los Talleres de encuadernación, y en todos surgía la cara del Maestro o la del Director, y le cerraban las puertas en las narices. Después de yo años de trabajo ya nadie lo tomaría; tendrían miedo que se enfermara o estuviese lleno de mañas.

Si la Superioridad lo echaba, pensó que debía existir una especie de borrón y cuenta nueva; que podría volver al momento en que su padre, a los pocos días de que el Ñato y su barra se lo llevaron al arroyo, le pusiera el único traje completo, regalo del Doctor del Comité, y lo llevara al Taller del Maestro al que había conocido en una mudanza. Entonces, tendría que elegir otro camino, no subir al altillo; porque de subir a ese altillo de los cueros derivaba el que tuviese que soportar lo dicho por el Director. Está bien que el Director no sabía lo de su hermana, pero nadie tenía derecho a hablar así de una mujer. Se había limitado a sonreír servicialmente, no sabía si con odio contra ese hombre o con desprecio para sí mismo. Estas palabras del Director eran también de la categoría de las que podían empujar hacia el vacío, como una mano.

—Yo nunca llegaré a ser Director, nunca.

Le extrañó escuchar su voz solitaria y agria. Las patas traseras de la silla plegadiza de lona estuvieron a punto de resbalar en el piso. Por primera vez pensó que había gente nacida para *poder ser* lo que él *no podría*; gente para tener que escuchar y tragarse lo que otros decían.

Se incorporó; al intentar dar un paso atropelló una pila de libros que habían dejado en el suelo. Tiró el cordoncillo de la luz.

—¿En qué pensará esta mujer? —dijo, con rabia, pues sabía perfectamente en lo que pensaba ella.

Gina, la «restauradora», había llegado de Venecia casada por poder con un hombre al cual sólo conocía por una fotografía que él le había enviado. Cuando llegó al puerto se encontró con que el marido contrahecho le había enviado la foto de un amigo. Sintiéndose burlada, se fue a vivir con una parienta. El «apuesto amigo» era el Jefe González, quien le había conseguido este empleo; afirmando que en el engaño del marido contrahecho estaba comprometida, en cierta forma, la buena fe del país.

Apiló los libros en la mesa. Corrió la silla, y sin pensar rozó la parte de la lona que estaba en contacto con la espalda de la señorita Gina. La mano le tembló; tenía la nariz y la parte de los pómulos exactamente iguales a los de Marlene; también, el arranque de los senos bajo las axilas. Con rabia apuñó al mano en el respaldo de la lona. ¿Por qué le habían cerrado la casa de Marlene? Le hubiera gustado luchar contra los moralistas hipócritas, pero para estas luchas era necesario ser un santo, en otra forma no se pasaba de cínico o farsante. No, bastaría con ser un hombre de verdad.

El Bibliotecario-Jefe González le habría obligado a pedir el retiro a Clarita, su mujer, para quedar solo o sin control demasiado cercano con Gina. Pero si pensaba así, ya obraba como los demás; la verdad podía ser que ella estaba harta de madrugar y correr combinando ómnibus para firmar el reloj y que no le pusieran una cruz en el Parte de Asistencia. ¿Acaso mucha gente no goza con ser nada más que los protectores, la «*providencia*» de algún necesitado? No lodo tenía que originarse por el lado del sexo; la prueba de ello podía encontrarse en el simple hecho de que él estuviera en ese Depósito.

Volvió a ver el sobre con un gran escudo, la sigla y el nombre del Partido, en hermosa letra cursiva inglesa, semejante a la de Clarita. Los billetes de banco ingleses, que solía ver en las vidrieras de las casas de cambio, lo enternecían; invariablemente se detenía a contemplarlos como si fuera Clarita quien los hubiera escrito, con esa tierna prolijidad que ella ponía en su Carpeta de Trabajo.

En el resto del sobre, bajo la mención «Comité Seccional», aparecía su nombre y apellido con letra que se trepaba desprolija para terminar, en caída vertical, con el número correspondiente a la casa.

—Te lo manda el «Doctor» —había dicho su madre con orgullo y a la espera de la lectura.

Cuando alzó el papel para que le diera de lleno la luz del reberbero de querosene,

por entre sus brazos divisó los pechos de su madre que se alzaban y descendían ansiosamente. Tuvo necesidad de pensar quién habría sido el otro hombre que los había acariciado; también, cómo sería él mismo con su boca de bebé prendida a los pezones.

—¿Y qué dice? —insistió ella.

Habla de... —le costaba decir «mi padre» y prefirió usar muy rápidamente dicho —: tu marido...; que en homenaje a él tiene el «deber y el honor» de ofrecerme una posición digna de los eminentes servicios prestados...—. Plegó la hoja y la guardó en el sobre, mientras continuaba—: Tengo que ir a verlo al Comité.

Una vez ante el Doctor, le oyó decir:

—Su padre fue un correligionario de ley... ¡El, solo, me consiguió una vez 58 libretas de enrolamiento para una votación! No necesitaba ayuda, ¡las tenía bien puestas! —terminó, con ademán que innecesariamente aclaraba el sentido de las palabras. Al notar el efecto negativo que causaba su confesión, había agregado palmeándolo—: Vos que sos hombre de libros, comprenderás que eso de votar no es para los brutos... Tuteame, nomás, me gustaría que me consideraras como un padre...

Aún no comprendía cómo había soportado la untuosidad de ese individuo cuando, apretándole efusivamente la mano e inclinando la cara mofletuda con una sonrisa, y luego de usar casi un paso de baile para juntar los talones, le dijo:

—El nombramiento te lo entregará el secretario del Comité; tendrás que llenar esa pequeña formalidad... ¡Adiós, amigo! ¡Ya sabes que yo tengo un despacho de puertas abiertas! ¡Aquí no tenemos nada que ocultar!

Para llegar hasta el secretario del Comité, tuvo que pasar entre mesas en las que se bebía y jugaba a las cartas.

—¿Cómo, no es afiliado? —preguntó con asombro el secretario, con ademanes y tono que eran calco de los del «Doctor». Ante la negativa, agregó: Tendrá que afiliarse o si no no puedo darle el nombramiento...

—Voy, voy a... buscar la Libreta de Enrolamiento... —dijo, sin saber qué actitud adoptar.

Había caminado largo. Lo sublevaba esa imposición. No había tenido tiempo de pensar lo que eran los partidos políticos; le daba lo mismo ser de uno o de otro con tal que lo dejaran en paz; pero se le antojó que había uno al cual no podía pertenecer sin sentirse vejado: el que le imponían.

Caminaba como si las piernas le pesaran de manera desusada; miraba pasar los ladrillos, que, a veces, eran sustituidos por lajas; otras, ambos desaparecían y, de nuevo, los pies descansaban sobre la blandura del polvo acumulado. Los zapatos se le emblanquecían. La señorita Brígida le llamaría la atención por falta de aseo; nunca lo había hecho, pero podía comenzar de un momento a otro, ¿quién se lo podría impedir?

De nuevo vio la comunicación de esa gran Biblioteca, a la cual tanto había

deseado pertenecer. Alzó la cabeza; entre la bruma, la luna llena lucía una aureola como la de esas masitas espolvoreadas con azúcar impalpable. Todo esto era sutil, como ese azúcar que la gente llamaba impalpable pero que, sin embargo, se veía perfectamente. ¿Por qué el Partido del gobierno tendría necesidad de su afiliación si gobernaba tan bien sin él?

Se detuvo como juguete al que de improviso se le acaba la cuerda. Desde una casa le llegaban los acordes de un tango. Debía ser «La Cachirla», que oía cantar al aprendiz del Bar situado frente a la Biblioteca Popular. Ese no tenía problemas: «Si quieren que sea verde, lo soy; si me quieren rojo: igual. ¡Yo no tengo la culpa si los gobiernos cambian!», le había dicho a un cliente.

Lo había oído hablar como si se refiriera a la vida en un planeta desconocido; ahora se daba cuenta de que ese planeta era el suyo. Quedó largo rato con la frente apoyada sobre un hueco del tapial, que los chicos del barrio habrían agrandado para mirar cómo bailaban en el patio de la Parda. Las mujeres recogían el volado de las polleras, mostraban las botitas negras, y, entre los géneros lustrosos, los hombres metían sus pantalones de fantasía ajustados como un guante. Todo era nervioso y rápido como picoteo de gallo.

Ellos tampoco tendrían problemas; quizá el «Doctor» no se atreviera a meterse con esos «orilleros», como los llamaba la señorita Brígida. «Si fuera hombre como ese —le había dicho, señalando el retrato de Sarmiento, un día que la “música orillera” interrumpía el silencio de la sala de lectura— ¡iba a esa cueva de sabandijas, me los traía de los tientos, les cortaba la melena y los ponía a leer!». El, había agachado la cabeza, aunque, en realidad, la frase no lo alcanzaba; pero ahora era diferente: ya tenía la Libreta. No comprendía porqué esa música y ese baile que jamás había bailado, ni bailarían, le cosquilleaban las pantorrillas. Recordó, de golpe, a ese hombre joven y bien vestido que había sido Secretario de la Municipalidad, y ahora pasaba las tardes leyendo en la Biblioteca; le habían pedido que cambiara de Partido, y él había preferido renunciar antes que cometer esa «indignidad»; y ahora vivía de lo que ganaba el padre que había cedido. Retiró la frente del hueco de la pared; con mano distraída hizo caer los cascotitos que se le habían adherido y quedó acariciándose las marcas de la piel. Tenía la frente llena de precoces arrugas: señal de inteligencia y carácter, le habían dicho. Era mentira. Si decía *no* al «Doctor», ¿cuándo volvería a tener una oportunidad semejante? «La suerte no llama dos veces a la casa de un pobre», había dicho la señorita Brígida. Además, ya había rechazado el puesto de su padre, que el dueño del Corralón le reservó como una muestra de aprecio o una forma de dar el pésame; estaba firmemente dispuesto a vivir entre libros. La música llegaba lejana entre los plátanos y el cerco de siempreverde de la señora que se pintaba para parecer más linda. Si no aceptaba la insinuación del Doctor ¿no sería capaz de hacerlo echar de su puesto actual? Los políticos eran rastrosos; el «Partido» les permitía desahogar sus miserias y sus rencores. Ya había visto que según fuera el partido que ganara en el Municipio, todos los empleados iban a la calle y ponían en

su lugar a los correligionarios del ganador. Era en cierta forma un juego de azar; la solución podría estar en anotarse en todos los partidos que tuvieran probabilidad de ganar. Irse, como el Ñato, era la gran solución; también, tener un padre en el cual apoyarse. ¡Qué bueno sería gritar en las mesas del «*Petit Café*», el más elegante de la plaza; sentirse héroe, y llegar a la casa y encontrar techo y un puchero humeante!

Estaba cansado; miró el reloj cuyo colgajo de seda le pendía desde el chaleco. Hacía apenas media hora que había dejado al Doctor; tenía la impresión de haber caminado interminablemente. Metió las manos en los bolsillos de la chaqueta; el contacto frío de la llave de la Biblioteca lo reanimó. Miró en derredor como para orientarse. Estaba muy cerca y apretó el paso.

Cuando se dejó caer en el sillón giratorio de la señorita Brígida, tuvo la sensación de encontrarse en compañía de un ser viviente; de un ser a quien recurría cada vez que tenía necesidad de calma, de amistad, de cariño, hasta, quizá, de amor. El amor podía justificar todo. Tocando con los dedos los botones del chaleco, uno tras otro, llegó hasta el bolsillo interior de su chaqueta. Allí estaba su Libreta; desde el momento que se la entregaron en el Distrito Militar la había llevado consigo, no quería que alguien como su padre se la arrebatara, y, luego, se la devolvieran con un «Votó», un sello, una firma y una fecha. Ya comenzaban a ajarse las esquinas de la tapa. Contempló largamente la fotografía. Tuvo deseos de acariciar esa cara candorosa, ese perfil de nariz aguileña, la frente recta y el mentón huidizo. «Señal de falta de carácter», había leído una vez y corrió a mirarse en un espejo; lo espantaba que algo escrito en letras de molde le señalara un defecto más. Allí estaba su mentón estampado hasta su muerte por ese fotógrafo del barrio. Era la primera vez que se fotografiaba. Estaba como empalado; el cuello duro le había molestado como un dogal mientras el hombre, oculto bajo su paño negro, lo enfocaba con esa caja de madera con su brillante y único ojo de cíclope. Sí, tenía el mentón huidizo y los labios carnosos. Esa foto significaba que allí terminaba la niñez y comenzaba a ser un hombre. ¿Alguna vez había sido niño, de verdad? Miró en derredor las estanterías de maderas oscuras; de pronto, le pareció que el Maestro, con la cara y las palabras floripóndicas del «Doctor» venía para echarlo de la Biblioteca Popular. No, no se entremezclaban los personajes, llegaban juntos, tomados del brazo para echarlo. Ambos se reunían con la señorita Brígida, hablaban y gesticulaban hasta que ella, con movimientos nerviosos y como si se sacudiera la ropa, soltaba asqueada: «¡Tantos años junto a un perverso! ¡Qué horror, habérmelo dicho antes! ¡Qué horror, vaya a saber lo que podía suceder!». Continuaba con las exclamaciones hasta que parecían transformarse en los quejidos gozosos de su madre bajo los golpes de su padre.

Se incorporó casi de un brinco, tenía que ir, era necesario que fuera a inscribirse: ya era un ciudadano.

—Un ciudadano... —musitó, ante el espejo donde la señorita Brígida se arreglaba el sombrero antes de salir.

Sí, en verdad, tenía el mentón huidizo.

—Un ciudadano... —volvió a repetir, luego de cerrar la puerta del edificio.

Apretando con fuerza la llave metió la mano en el bolsillo, y se dirigió hacia el Comité oficialista.

CAPÍTULO NOVENO

LA niebla comenzaba a diluirse. Volvió a encender las luces. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo: faltaba una hora. Por primera vez en la noche, le asaltó la duda de si se atrevería a incendiar la Biblioteca. Tenía un cansancio tan tremendo, se imaginaba tan dejado de la mano de Dios y de los hombres, que ya no le importaba ni adelantar un pie para dar un paso. No tenía nada, a nadie importaba en el mundo, absolutamente a nadie. No se necesitaban motivos para morir sino para vivir. Echó la mano al bolsillo interior y mecánicamente sacó la nueva Libreta de Enrolamiento; ya no aparecía aquel perfil huidizo, sino un retrato de frente. Lo miró largo y murmuró:

—¡Cuántas porquerías y perradas te han hecho, mi pobre viejo!

Ni él mismo se molestaba en contestarse: ya no valía la pena. Pronto comenzaría a aclarar por el lado del Río de la Plata. Entre los árboles avanzaría Clarita; entonces, se produciría la conjunción de ella y de esos libros que lo habían criado como en un molde de cielo, cartón, madera y acero.

Le recibieron la carta del «Doctor» y, casi en trueque, le pusieron un plumero en las manos. Quiso protestar; comenzó a andar por los corredores hasta que lentamente, como tren que disminuye la velocidad en una pendiente, se detuvo frente a un gran ventanal. Miró hacia las palomas que revoloteaban sobre las mansardas de pizarras; un casal principió a arrullarse. Quedó mirándolos. ¿Qué sacaría con ver a la Superioridad? Quizá las influencias del «Doctor» sólo alcanzaban para ponerle un plumero en las manos... Al fin de cuentas se trataba de un Comité de la Provincia, y otra cosa era una gran Biblioteca de la Capital Federal. La primera vista de esos depósitos con libros le había producido sensación de vértigo gozoso. Se paseó entre los libros manteniendo erecto el plumero: depósito por depósito, sector por sector, cuerpos de estanterías y estanterías. Cuando le dijeron lo de los 27 kilómetros de estanterías había sentido un estremecimiento voluptuoso.

Le alegró haberse detenido a contemplar el casal de palomas. En todas las cosas existía una secreta armonía, como si alguien muy inteligente las hubiera ordenado. Estaba bien que tuviese un plumero en las manos. No tenía porqué rebelarse; su fuerza debía residir en la paciencia.

Se detuvo, plumereó otra ventana, y aceleró el paso de regreso a la Biblioteca. No tenía que escapar de ella. Tenía que estar quieto y callado y dejando pasar el tiempo: así, cada vez más, se alejaría de la voz del Maestro y del Altillo. Tenía que agregar un eslabón más, la gente terminaría por olvidarse.

Al dejarle sobre el escritorio la taza del desayuno, había visto por primera vez a Clarita. Era en un mes de marzo; la ventana estaba abierta y un calor vegetal y animal entraba de los árboles y de los chicos que jugaban en el parque. Le habían quedado

grabados esos dedos finos, largos y enarcados hacia arriba, que tomaban los libros con suavidad maternal. Esa tarde se había quedado hasta que el personal de las oficinas se retiró. Fue directamente hacia el fichero donde el Jefe de Personal había intercalado su ficha con los datos personales y su fotografía. Se estremeció al recordar la audacia con que había despegado la foto de Clarita, luego de leer cuidadosamente la ficha, como para fijar los menores detalles. Anotó in mente la dirección de esa academia donde ella estudiaba taquidactilografía; todo estaba asentado, inclusive el horario.

Deslizó la foto en el bolsillo superior de su guardapolvo gris de ordenanza, y cerró cuidadosamente el fichero. Trepó de a dos los peldaños de la escalera y llegó sofocado al desván, donde colgaba su ropa y elementos de trabajo. Con sumo cuidado, y luego de contemplarla, puso la foto de Clarita en su Libreta de Enrolamiento, en forma tal que al cerrarse esta las fotos se besaran.

De pronto, escuchó un ruido que le hizo abandonar la ventana en cuyos vidrios había apoyado la frente. Permaneció alerta, ya no le cupo duda, había escuchado unos pasos muy leves, femeninos. Recorrió algunos cuerpos de estanterías, pero sólo se atrevió a encender dos juegos de luces.

Era inútil que buscara, en ese laberinto podían esconderse varias personas. Volvió a escuchar atentamente. Hasta hubiese podido percibir el roer de las ratas que pululaban en el baldío, donde, hacía diez años estaba proyectada la ampliación del edificio. Sólo oyó un tren eléctrico, que la costumbre hacía pasar inadvertido.

Las luces se apagaron. Después de tantas horas alerta, los ruidos debían inventarlos sus propios oídos. Una noche, años atrás, mientras buscaba una bibliografía para un diputado, le pareció escuchar, al fin y después de tantos años de esperarlo, el ruido que hacían las polillas, ese roer casi imperceptible, tal si se rascara un pergamino con la punta de una uña.

Sucedió poco después de que Clarita le dijo que estaba enamorada del recién ascendido Jefe de Turno González. No había podido olvidar ese ruidito extraño e incitante que partía de una edición del siglo XVII, de «Las Siete Partidas» del Rey Alfonso, el Sabio. Ella se lo había dicho cuando, después de obtener sus diplomas de taquidactilógrafo y de un curso de ciencia bibliotecaria, había abandonado su guardapolvo de ordenanza para ascender a Auxiliar de Bibliografía. Había corrido con sus diplomas para enseñárselos a ella primero que a nadie. Rodaron varios días en el primoroso estuche que les había comprado, sin que Clarita tuviera tiempo de verlos; ni aún cuando les tocó trabajar juntos durante un tiempo y por causa de esa polilla, que había oído por primera vez en el libro de Alfonso el Sabio.

Juntos vigilaban la descarga de un portalibros en la sala de desinfección; el ordenanza había colocado los volúmenes sobre las grandes mesas con tapas de mármol. A Clarita y a él les tocaba revisarlos y ubicarlos abiertos, según la gravedad

del apolillamiento, en las parrillas y estanterías de la cámara de desinfección que, a manera de espaciosa alcoba, ocupaba uno de los ángulos del salón.

—¡Qué pena!

La escuchó decir, de pronto, y la miró asombrado. Cuando ella mostró uno de esos mismos tomos, comprendió que no se refería a él, a su tristeza; que ni siquiera se había percatado jamás de lo que él sentía por ella; que podía vivir preocupada haciendo colectas para todos los que necesitaban una ayuda, pero que jamás sería capaz de la caridad de una mirada, acaso la más esencial de las caridades.

Tuvo rabia, los dientes se le apretaron; la miró rencorosamente. Entraba en la cámara llevando un pesado volumen en los brazos, como si acunara uno de esos hijos que no había sido capaz de tener. Ni siquiera lo miraba, ni al salir ni al entrar. Quizá, fuera cierto que el marido era impotente, como susurraban, entre bromas, a la hora del desayuno en común; pero no era cierto, ya le estaba buscando excusas, ya se estaba ablandando nuevamente. Para sostenerse, se dijo que a ella jamás se le habría pasado por la cabeza de que él podría quererla; él no era nadie para ella.

La rabia se le convirtió en deseo de venganza. La miró de nuevo; era más pequeña que él, débil y lina. Casi todas las mujeres eran débiles y finas, sin embargo, se apañaban para herir a los hombres, para dominarlos. Eran sinuosas e hipócritas, listas para aprovechar las menores circunstancias favorables: tenían todos los defectos de los Jefes y ninguna de sus virtudes.

Le miró las muñecas: eran finas y poco resistentes; si se las apretaba con fuerza podría quebrárselas. Si tomaba con las dos manos el antebrazo derecho de ella, luciendo palanca con su rodilla podía quebrárselo fácilmente, igual con el resto del cuerpo. Experimentó alegría al creer que existía otro ser al cual podía humillar y herir; otro que no se habría de ir, como Arnaldo.

Pasó muy cerca suyo, y la vista le quedó prendida, como una garra, en esa garganta suave y larga que el cabello corto dejaba ver en toda su hermosura. Adelantó con rapidez la mano derecha y, cuando ya había tomado el impulso para golpear, Clarita se agachó de improviso para recoger un libro caído.

Su mano golpeó sordamente contra la gruesa puerta de hierro que cerraba la cámara.

—¿Te pasó algo? —preguntó ella, enderezándose y con los ojos ansiosos.

—No, distraído me golpeé con la puerta... —le contestó, enternecido en un instante por esa mirada; por lograrla de nuevo era capaz de meter la mano en el contramarco de la puerta, cerca de los goznes o del quicio, y cerrar, apretar hasta que la mano se le convirtiera en una papilla de sangre y huesos, blancos como salsa de tomate y manteca. De inmediato recordó que la única vez que le había permitido la acompañara al salir de la academia, ella había tenido la misma expresión ante el caballo de una carretela que al costalar se había quebrado una pata. Las miradas de las mujeres para las bestias y los hombres eran exactamente iguales. Por un segundo, odió en Clarita a todas las mujeres.

—Voy al tualé, a mojar me con agua...

—No es nada serio, ¿verdad? —comentó, distraída y volviendo a la tarea. Lo único importante para ella debía ser que el Director (¿Quién era, entonces? No le importaba: Los Directores y Jefes no eran personas, sino una raza maldita) no la sorprendiese sin hacer nada.

Desde la puerta del salón, la vio entrar en la cámara; igual entraría en el dormitorio del jefe González, la noche de bodas. Se detuvo en seco. Bastaría con que empujara la pesada puerta, cerrara los barrotes y largara el gas, para que Clarita no pudiera acostarse más con nadie.

Miró con angustia hacia la puerta. Como huyendo de sí mismo, corrió por el pasillo hacia los lavatorios. Puso la mano bajo el chorro del bebedero. El agua helada debió hacerlo recuperar. Estaba obrando irracionalmente; sólo tenía una mancha roja en los nudillos. Tomó el pañuelo y se secó la mano, mientras regresaba de prisa.

Volvió a mirar desde la puerta. Clarita permanecía en el interior de la cámara; podían caber ella y 5500 libros, según cálculo detallado que había exigido el Director.

Bastaba con atreverse; alguna vez en la vida tenía que atreverse. Si empujaba la puerta, un leve empujón, cerraría silenciosa. Clarita sólo escucharía el ruido del pestillo. Luego, ya sería vano cualquier grito. Una menuda vuelta a la llave del contacto encendería el quemador y el gas comenzaría a llenar la cámara.

La última vez que vería la cara de ella, sería a través del mirador de cristal, semejante a un ojo de buey, que tenía la puerta. Los aros niquelados del ventanillo servirían de marco a su cara de horror y asombro.

Tendría que morir asombrada de que esa persona, a la cual jamás tuviera en cuenta, fuese el ser más importante de su vida. Lo miraría aterrorizada. En algún instante de levísima esperanza surgida de la misma desesperación, intentaría sonreír creyendo en una broma, hasta convencerse, en el último momento, que él era el hombre más importante de su vida.

Atravesó rápido la sala y se detuvo con la mano en el picaporte. La mirada le quedó prendida en esos ojos celestes, tan inmensos y felices.

—¿Qué dirías si te dejara encerrada? —exclamó, de pronto, como si necesitara romper esa sensación de vida que recibía.

—¿Vos, encerrarme? ¡Si sos un ángel! ¡Serías la última persona a quien creyera capaz de eso!

Su risa tan alegre y llena de vida como los ojos, surgió plena de matices, como si brotara de una cámara de resonancia. Le pareció, sin embargo, que en esa cascada cristalina había algo de duro y despiadado, como si tras la espuma de una cascada se adivinaran las rocas que la originan.

«... la última persona a quien creyera capaz...». Creer capaz... Ser capaz. Etimológicamente esa palabra debía tener origen en el sexo; tuvo rabia contra sí mismo; se creyó un obsesionado sexual.

—Sí, es verdad terminó por contestar, como si hubiere llegado a esa conclusión

de una manera inesperada. Abandonó la sala sin una palabra. Echó a caminar por el recto pasillo. No sabía para donde iba ni qué haría. Esos largos corredores le producían la sensación de escapar, de deslizarse ionio un proyectil en una cámara sombría de cañón. Las puertas de las oficinas estaban cerradas; a través de los vidrios, como en cuadros extraños, podía divisar a los empleados. Lo importante era atravesar ese recodo donde aparecía siempre abierta la puerta que llevaba hacia la Dirección y los Jefes de Sección con sus despachos luminosos, y a cuyas ventanas parecían asomarse los árboles como una ganga más de sus cargos espectables. Pasarla frente al despacho del hombre que acariciaba el cuello largo y sedoso de Clarita. ¿Seguirían siendo celestes sus ojos cuando miraban enamorados?

Abrió y cerró tras sí dos grandes puertas de vidrio y, por fin, se encontró en el enorme vestíbulo donde se alzaban las columnas del plinto de imitación piedra. Ya estaba fuera del alcance de la mano que acariciaría a Clarita.

—¡Ojalá te mueras! ¡Ojalá te mueras! —repitió varias veces, pensando en el Jefe de Sección y fue elevando el tono hasta que el eco tornó tronante su voz.

Se abrió una puerta en el otro extremo del corredor. Rápidamente corrió y fue a sentarse en el último peldaño de la escalera que llevaba al piso superior. Creyó haberse ubicado como para jugar al «corre el anillo». Quedó a la espera de que vinieran a anunciarle de que había muerto el Jefe de Sección Bibliotecario don Romualdo González Albornoz, diplomado en París y Berlín. No entendía cómo podía desear tan fervientemente algo y que ese algo no ocurriese.

—¡Ojalá te mueras! —agregó más quedo, como si el fervor puesto en la expresión ahogara la voz. Escuchó el golpear agitado de su corazón.

Miró el brazal negro de su traje; era el corazón débil que había heredado de su madre.

Una noche, al regresar de la Biblioteca, había divisado un movimiento de vecinas que entraban y salían de su casa, que le recordó, al punto, el velorio de su padre. Su madre estaba con pulmonía; debía haberla pescado en razón de quedarse lavando a la intemperie, en la pileta del patio, cuando ya comenzaba a caer ti rocío. Era cierto que con sólo su sueldo y sus changas extras hubieran vivido mal, pero lo que la impulsaría a lavar ropa ajena debía ser esa costumbre del trabajo constante, ese «vicio tan feo del trabajo», como lo llamaba el cadete Marro.

El médico había diagnosticado:

—Si el corazón resiste, todo irá bien...

Mujeres que apenas veía de lejos al ir o venir del trabajo, ahora le estrechaban las manos y, alguna que otra más decidida, lo abrazaba. Todas murmuraban, en voz baja pero clara, la frase ritual: «Sentido pésame»; las más seguras anteponían un «muy». La mujer del turco, que había abierto una tiendita en la esquina donde antes comenzaba el horno de ladrillos, se acercó y, poniéndole entre las manos unos billetes, murmuró:

—Se los debía a la finada por un lavadito fino...

¿Sería posible que tanta gente quisiera o, al menos, estuviera ligada a su madre? Recordó que amén de trabajadora era servicial; bastaba con que una vecina estuviese enferma para que ella le llevara una taza de caldo, que, cuando ya estaba convaleciente, se transformaba en un tazón de mazamorra para fortificarla.

—Hay que llamar a Jacinta... —dijo una.

La miró asombrado, luego se dio cuenta de que se refería a su media hermana.

Había pasado la noche cerca del cajón, quizá para cumplir con lo que esa gente imaginaba su deber. Los velorios eran fundamentales, más que la muerte.

A la mañana, llegó una corona muy grande, con azucenas, claveles y rosas blancas, y una cinta morada con letras doradas que decían: «Los empleados de la Biblioteca Mayor». Estuvo a punto de llorar. Clarita la habría encargado en persona, como sucedía en casos semejantes. Ella era el eje de la vida social, del compañerismo de la Biblioteca. El día que se jubilara la corporación se enfriaría como cuerpo al que escapa el alma.

No había pensado en el alma de su madre, ni en el papel que podía desempeñar en esa pequeña familia. Miró las manos sarmentosas cruzadas sobre el regazo. Ella había sido, por sobre todas las cosas, un par de manos. Sus manos moradas de frío y callosas —con ese color que sólo había visto en el traste de los chimpancés del Zoológico— sumergidas en la pileta de lavar del patio; sus manos movedizas guiando el género de percal —esta palabra le olía siempre a tango— en la máquina de coser, guiándolo con una torpeza que denotaba la costumbre de labores más rudas; las veía tendiendo ropa en esa cuerda que iba del duraznero a la pared del fondo. Al comienzo de la Primavera, sus dedos de gruesas coyunturas eran otras tantas ramitas con yemas reventonas. No las escucharía más removiendo el agua gris y jabonosa del fuentón de la cocina, y haciendo entrechocar los platos enlozados, como si fuera la única especie de canción que sabía entonar; porque ella, lo recordó perfectamente, jamás cantaba.

¿Qué más? Tampoco las vería colocando la azucarera y el tazón enlozado del desayuno, ni vertiendo desde lo alto, por capricho o quizás para que no llegara demasiado caliente, la leche que acababa de soltar el primer hervor.

Entonces, sucedía este diálogo invariable:

—¿A qué hora vas a volver?

—No sé, depende del trabajo que tenga... Estoy preparando dos tesis...

—Lo que yo sé, y te lo digo, es que te están explotando... ¡Claro, a ese Director no le importa la hora que llega, para eso tiene sirvientas! ¿Pero vos...? Te están explotando... —insistía, mientras se alejaba para soltar los pollos y echarles el primer maíz.

Esas manos, una vez al año, para el cumpleaños de él, tomaban un pollo, le retorcían el cogote mientras el animal aleteaba, hasta que con la otra mano daba un tirón seco en las patas y cesaba el cloqueo. El cumpleaños de ella se negaba a festejarlo; nunca había querido decirle la fecha.

Solamente los domingos por la tarde, como una costumbre heredada de vaya a

saber dónde, cruzaba las manos bajo el delantal y conversaba con las vecinas.

Junto a la puerta del cerco, que él había pintado de azul el domingo anterior, divisó a cinco empleados de la Biblioteca. Le extrañó, puesto que no los unía ninguna amistad. Abrieron el círculo para dejarlo entrar; por un instante imaginó que habrían de burlarse de él, que alguien le golpearía la espalda mientras los demás estallarían en carcajadas.

Permaneció a la expectativa, con algo de azoramiento pueril, dispuesto a argumentarles quejoso y señalando el cajón de su madre: «¿No pueden portarse de otra manera en este día de mi...?». Quizá su madre muerta podría darle un respiro; para respirar a pleno pulmón tendría que morirse él mismo. Era un absurdo todo lo que intentaba pensar.

El primero de la derecha, tal si ejecutara un paso de baile, adelantó los brazos, luego el cuerpo. Le costó evitar un instintivo movimiento de quite. Los brazos se abrieron aún más y, de pronto, se encontró encerrado entre ellos. Junto a su oreja oyó murmurar:

—Muy sentido pésame.

Luego, se sintió tomado del antebrazo y alejado un paso del grupo. Dicho con voz más baja pero firme, escuchó:

—Ya sabés, si necesitás plata, disponé. Aquí está mi sueldo.

Miró la cartera que le tendían con gesto decidido. Sí, era esa vieja cartera de cuero de caimán que los compañeros le habían regalado al cumplir 25 años de trabajo.

—Gracias, Soto, pero tengo mis ahorros... Si necesito... Gracias —alcanzó a susurrar, sin atreverse a levantar la vista.

El gordo Gaona repitió exactamente la escena, salvo que al atreverse a mirarlo le pareció descubrir en el fondo de los ojos una Pizca de sonrisa chacotona. Si a la ida de Clarita se uniera la del gordo Gaona, la gente de la Biblioteca ya no sabría reír. Se extrañó pensar esto mientras la mano del Gordo iba hacia el bolsillo del pantalón. A veces cuando pasaba una chica muy linda, el Gordo llevaba la mano al mismo lugar, hacía movimientos y morisquetas hasta terminar poniendo los ojos en blanco, mientras los demás aguantaban la risa.

Cuando el último de los empleados repitió las palabras y le ofreció dinero, tuvo la impresión de que su tarea estaba terminada: ya había servido para que los demás se expresaran y creyó que interrumpía o estaba de más. Volvió a murmurar unas palabras, alzó los hombros y abrió los brazos. Si todavía lo miraban, los otros comprenderían que era una excusa, y se alejó.

Atravesó entre la gente que le abría paso; esta deferencia le molestaba, era como si lo señalaran con el dedo. Se deslizó lo más rápido posible, como para que no tuvieran tiempo de pegársele. Recorrió el huertecito, atravesó el alambrado y fue hasta el aljibe abandonado.

Miró por el brocal «Payaso» aullaría lastimeramente. Las manos de su madre se

dibujaron enérgicas sobre la negrura aterciopelada del hueco. Las rodillas se le aflojaban y, sin embargo, él tenía el cinturón de su padre. Ni siquiera estaba su madre para matar a su perro. Ni siquiera tenía agua este pozo. Ni siquiera nada. Se deslizó hasta sentarse en el suelo. Ya estaba solo; es decir, continuaba solo pero sin la persona de su madre al lado. Nunca había notado esas cabecitas en bajo relieve en el revestimiento de mármol. La vieja casa ya tenía un letrero rojo que abarcaba casi todo el frente. «POR DEMOLICIÓN».

Una vez que el Director, con ademanes untuosos, había hablado reconociéndole los servicios prestados, tuvo iguales ganas de llorar. ¿Por qué era mal visto que los hombres lloraran? ¿Acaso en la Biblia, en los poemas homéricos...? ¡Qué importaba su argumentación!

Desde lejos, escuchó que lo llamaban. Debía ser el gordo Gaona; se le antojó que lo llamaba imitando la voz del Director. Se incorporó.

Luego que dejaron a la muerta en el cementerio, Jacinta, su media hermana, le dijo:

—¿Qué vas a hacer sin nadie que te cocine, ni te lave, ni te limpie la casa?

No se atrevió a contestarle que podría casarse; la risa de Clarita, una risa burlona llenaría la casa. Como resultado vino Jacinta, su marido y sus dos hijos.

Durante 12 años había sido un extraño en su propia casa, hasta que muerto el marido y casados los hijos, Jacinta se fue a vivir con la hija, «que había hecho un buen casamiento» con un almacenero de la Capital.

Desde entonces vivía solo, aunque como todos los lotes de los alrededores se habían edificado, algunos hasta con casas de departamentos, se sentía más acompañado.

Sonrió al pensar cuanto le había preocupado, los primeros tiempos, el morir solo, «sin que nadie le alcanzara un vaso de agua». A menudo, imaginaba que ese corazón débil cesaría de latir en el momento menos pensado. Nadie vendría a recogerlo de donde hubiese caído; permanecería allí hasta que su cuerpo se fuera hinchando y descomponiendo y el olor llamara la atención de los vecinos.

Nadie más que él tenía la llave de su puerta de calle. Por cortedad, temor a que se entremetieran en sus cosas o perturbaran su tranquilidad, sus relaciones con los vecinos se reducían a corteses saludos. Si vieran las persianas cerradas, esas persianas metálicas que había comprado en una demolición, creerían que estaba de vacaciones, o que había ido a pasar unos días en casa de la media hermana, que, en verdad, jamás había vuelto a acordarse de él.

Esa tarde, antes de salir para siempre de su casa comprada por mensualidades, había recorrido las habitaciones, mejoradas con el dinero que sacó de la venta del patio del fondo a un vecino. Quedó largo rato en esa pieza que había sido el dormitorio común; por un momento llegó a creer que si extendía los brazos tocaría a su padre o a su madre. Allí, también, había vivido la familia de su hermana; a él, «como se levantaba tan temprano», le hacían cama en el comedor, que «al fin era el

lugar más espectable de la casa», como gustaba decir su hermana para mostrarle que ella también sabía usar palabras escogidas.

Ordenó los papeles en su mesa y tendió la cama. Se dirigió hacia el ropero, buscó en el fondo del cajón, sacó el cinturón de su padre y lo ciñó. Esto debía ser lo más importante; quizá ese trozo de cuero le impidiera claudicar en el último instante.

Al dar el vistazo final divisó su cepillo de dientes; estaba demasiado viejo, lo tomó dispuesto a tirarlo en la calle. La gente ya tendría bastante para criticar. En el hornillo de la cocina quedaban papeles quemados; era lo que restaba de sus cartas y direcciones. Salvo un aviso del Alemán y una esquila de Pelón Solari, todas eran impersonales y originadas en sus tareas bibliotecarias, pero no quería que la Policía encontrara motivos para complicar a nadie.

De una repisita del comedor, lo más visible al entrar, retiró un sobre y colocó en su lugar la Libreta de Enrolamiento. Sabía las dificultades que ocasionaba su pérdida a las familias de los difuntos. Abrió el sobre, que decía: «Para abrir en caso de muerte repentina». Leyó la hojita de papel: «Considerando que temo ser enterrado vivo, por lo tanto ruego al médico que certifique mi fallecimiento se sirva atravesarme el corazón con un pincho bien templado. Ruego, también, avisar a las siguientes personas»:

La lista comenzaba por el Jefe de Personal, el Director, pues no habrían de ponerle un «ausente sin aviso»; luego, la Mutualidad que estaba obligada a pagar los «gastos del sepelio, luto y seguro de vida»; seguía su media hermana y terminaba por Arnaldo. Sonrió con amargura, había agregado el nombre de aquel muchacho de Berisso, aunque nada sabía de él desde 30 años atrás, para que la gente no imaginara que moría sin un amigo.

Mientras rompía el papel en pedazos, tuvo deseos de soltar una carcajada. La gente se volvía estúpida al pensar en la muerte; la única manera de vencerla era precipitarla destruyendo su orden natural.

Se estremeció; mientras con la mano derecha buscaba el cordón de la luz, con la izquierda palpó el bolsillo interior; sí, ahí estaba una especie de bolsita o escapulario donde había guardado el antiguo retrato de Clarita. La luz cayó sobre la foto descolorida y amarillenta. Salvo las arrugas de la risa, poco había cambiado, los ojos seguían siendo los mismos. González, ante los gritos del Director, había levantado un «Sumario originado por la violación del Fichero de Personal», que comenzaba: «Diga el interrogado cómo, cuándo, dónde y en qué circunstancias se acercó por última vez al fichero de legajos de la Oficina de Personal». Setenta y nueve fojas dactilografiadas y con profusión de firmas, le valieron a González su ascenso a jefe de oficina; desde entonces el Sumario descansaba en el fondo de ese Archivo, tan prolijamente clasificado, que dos empleados habían tardado 3 años en la tarea.

Miró en derredor suyo, como si tuviera necesidad de comprobar físicamente que a nadie importaba su vida. Con angustia recorrió in mente esa Lista del Personal, que conocía de memoria.

—¿El Director? ¡Bah, bah, la gente sólo le sirve de instrumento! ¿González?... ¡Ya no tiene nada más que explotarme!, sólo necesita que el Director se muera... ¿El jefe de Sección Aldecua? ¡Era demasiado egoísta para ocuparse de alguien que no fuese él mismo!

Comenzó a sentir una especie de vértigo, tal si al llegar al fin de la lista hubiere de caer en un abismo.

—No, este tampoco... No, al cadete Walsenffer, tampoco —dijo, por fin, con voz ahogada.

La luz se apagó.

Extendió las manos hasta tocar las estanterías; tenía necesidad de tocar, de apoyarse en algo, en *alguien*. Sin poderlo evitar, exclamó:

—¡Arnaldo! ¡Arnaldo!, ¡no soy un Señor! ¡No soy!

Al recuperarse, creyó que una voz fina, como la de un muchacho que la está cambiando, le llegaba desde el depósito de los Libros Raros y Valiosos. Debía ser el eco de su propia voz de antes. Salvo que Walsenffer...

Las manos le habían quedado aferradas, agarrotadas a los lomos de unos volúmenes.

—¡No, no tienen derecho! —dijo, y agregó casi lastimero—: Esa Superioridad no tiene derecho a quitarme *mis libros, mis...*

CAPÍTULO DÉCIMO

COMPRENDIÓ que sólo le faltaba elegir su propia ubicación en el incendio. No era fácil obrar sobriamente: bastaría sobrepasar la medida en cualquier sentido para que todo cobrara sabor de grotesco. Ni quería observarse demasiado; menos ponerse a razonar pues la duda lo paralizaría.

—Un tímido será quien lo haga, un tímido... —dijo, hizo una pausa como para tomar impulso y agregó—: Un cobarde hará explotar la bomba que haga volar al mundo... Lo hará por temor de que lo crean cobarde...

De nuevo, se encontraba de noche y en el centro de esa plazoleta, con un puñado de piedritas en las manos. Desde la bocacalle, dos vigilantes lo miraban amenazadores.

No había querido ir a esa comida con que festejaron el ascenso de algunos compañeros, y, como furgón de cola, el suyo propio, cuando dejó el plumero de ordenanza; pero Gaona insistió de tal manera que no supo cómo resistir; sobre todo cuando comenzó con esas bromas hirientes que era incapaz de contestar. Las respuestas sólo se le ocurrían cuando al quedar solo, se tranquilizaba.

Los siguió, igual que había seguido al Ñato y su barra hasta el arroyo; tenía la esperanza de que, como no sabía contar cuentos verdes, ni de ninguna otra especie, pronto lo abandonarían en un rincón de la mesa. Entonces, podría respirar y estar alerta para soltar entre dientes una excusa cualquiera. Saldría durante los discursos humorísticos, entre las risotadas, y cuando el más agudo contara el apólogo del león que no se comió al cristiano porque este le dijo que luego de toda comida venían los discursos. A veces, pensaba que debía ser hermoso y cómodo poderse reír de los mismos cuentos a través de todos los banquetes con mayonesa de ave, ravioles al tuco, pollo a la portuguesa, gâteau helado, café y sidra.

El gordo Gaona le impidió escapar. No se atrevió a insistir porque en ese momento, y luego de carraspear, González, que ya era Jefe de Oficina, se puso a contar sus aventuras amorosas.

—¡Qué bueno! ¡Qué bien, es un taita! —repitió maquinalmente, como los otros. No prestaba atención, seguro de que esos preámbulos afrodisíacos los llevarían a una recorrida de esas casas con luces coloradas en los zaguanes.

Cuando un pelotón de miga amasada y negruzca voló a través de la mesa y le golpeó en la mejilla, comprendió que todo estaba por comenzar recién y que no podría librarse. Estaba allí para servir.

Los músculos de las pantorrillas se le agarrotaron, como si se hubieran transformado en el resorte de un muñeco de sorpresa. Quiso levantarse y desafiarlos, «mojarles la oreja», apostrofarlos —le hubiese encantado usar esta palabra con aire tribunicio y romano— pero tuvo necesidad de sonreír cuando logró atajar un pan que le tiraban.

Miró ansioso hacia el dueño del Restaurante, que, con un vozarrón imperioso, que hubiere deseado para sí, les rogaba salir del local.

—¡Vamos de recorrida! —había propuesto el gordo Gaona, mientras lo tomaba del brazo. ¿Cómo habría que obrar para que todos aceptaran lo que uno proponía?

Dominó el deseo de decirle lo que al Ñato, cuando lo tomó del cuello como un conejo. Deseaba ser amigo de Gaona que era el más querido, el favorito de todos, pero estaba seguro de que nunca lo alcanzaría; por ello le asombró a lo imposible oírle decir:

—¡Después de todo, no es tan secante este auxiliar novato!

Todos rieron, y tuvo que hacer lo mismo; el tono de voz había tenido algo de simpatía. Los siguió dócilmente, con la esperanza de que Gaona se descuidaría en una esquina, y él lograría escabullirse; ya le bastaba por esa noche con el tono amable, no debía forzar la suerte.

—¡Primero a la vista! —gritó su compañero, casi cantando y con aire de vigía en la cofa del palo mayor.

Miró hacia adelante. En mitad de la cuadra, un rectángulo de luz con destellos rojos iluminaba las lajas húmedas de la vereda. Se detuvo.

—¡Vamos! ¿No vas a decir que tenés miedo? —continuó Gaona, con el mismo volumen de voz; mientras el resto del grupo se detenía con irónica curiosidad.

—¿Cómo se te ocurre eso? ¡Me tengo que atar los cordones de los botines! —dijo, e inclinó la cabeza para ocultar su turbación, mientras apoyaba su pie en un zócalo alto. Había imitado a Gaona en la voz y entonación. Siempre estaba dispuesto a imitar la actitud del que lo interpelaba o presidía la conversación.

De reojo miró hacia la *casa*; de ninguna manera podría ya evitar esa visita. Las manos le temblaron mientras ajustaba innecesariamente los cordones; temió que los del izquierdo se cortaran, pues estaban muy gastados por los ganchitos metálicos; entonces y para colmo, al temblor de las piernas se agregaría el chancleteo. A más, estaba seguro de que las mujeres se burlarían de sus botines y de sus calzoncillos largos y de lana en primavera.

—Son muy gastadas las mujeres de este... —comenzó a decir una voz que en la oscuridad no lograba ubicar; de todas maneras hubiese corrido a abrazar a quien la emitía.

—¡Che! ¿Vos sos marica o tenés miedo como el Horacio? —preguntó burlón González. Esa voz ya la distinguía entre todas, era la que le había transmitido las órdenes de la Superioridad desde el primer momento; era una voz en la cual se notaba la voluptuosidad del mando. Mientras todos reían, González agregó, señalando la puerta iluminada—: Vamos a dividirnos en varios grupos, así nos dejan entrar... Ahí está ese cabrón del portero...

El instante de esperanza se desvaneció cuando González y Gaona, se retrasaron para formar un grupo con él; era evidente que no deseaban perder detalle de su conducta.

—¡Ojo! ¡Aquí no se admiten patotas, ni franeleros! —dijo el portero, mientras les franqueaba la puerta cancel de espesos visillos blancos.

Una mujer madura se dirigió hacia ellos zarandeando una gran cartera de cuero negro. Tuvo vergüenza y temor al comprobar que, tal cual lo había imaginado, no sentía la menor atracción por esa mujer. Se apartó de sus compañeros, que buscaban con mirada ansiosa.

Le pareció que la mujer vendría a llevárselo a una pieza, y que se encerraría con él y lo obligaría aunque no le gustase. No entendía por qué las mujeres, por viejas o manoseadas que fueran, se creían con derecho a exigir placer de los hombres. Era estúpida esa pretensión.

La mujer se acercó y, mirándolos a los ojos alternativamente, dijo:

—Las muchachas están ocupadas... Tendrán que esperar un poco; mientras tanto, vamos a pasarles como vermut unas películas.

La sonrisa le pareció una mueca innoble; era como si los labios de esa mujer se hubiesen arrugado y vueltos flácidos en algún bajo menester.

Respiró, mientras con docilidad y haciendo esfuerzos para ocultar su alegría iba a ocupar una silla. Le asombró encontrar vacías las sillas vecinas; experimentó alegría simple y rotunda: la de no sentir cuerpos que lo rozaran. Cuando en los tranvías alguien ocupaba asiento en su mismo banquillo y otros llenaban el pasillo, experimentaba angustia, creía estar encerrado y necesitaba contenerse para no gritar que lo dejaran solo; que por favor se bajaran y lo dejaran solo, de que él no tenía motivo alguno para desear la compañía de ellos.

Se apagaron las luces del gran vestíbulo rodeado de dormitorios; la pantalla, con sus pliegues en la parte inferior originados por la varilla de sostén, se iluminó en un rectángulo, casi al tiempo que la sombra de una hoja de palmera, que surgía de un macetón de cerámica, avanzaba por sobre su cabeza como una mano que deseara atraparlo. Esquivó la sombra con involuntario movimiento. La pantalla se ennegreció y sólo quedaron las letras blancas iluminadas: «EROS FILM presenta: UNA NOCHE DE BODAS».

Quedó estático, el cuerpo petrificado en un quite de torero, mientras unas tenazas, que no eran de acero sino de un material seco y algodonoso, lo tomaban de la garganta. Una pareja de recién casados entraba en una habitación sobrecargada de cortinados; ella arrastraba la cola, y él arrojaba sobre una mesa, y con ímpetu heroico, los guantes y el sombrero de copa. Los movimientos eran rápidos y cortados. Se abalanzaba sobre ella y, con gestos y ademanes de tenor lírico, le arrancaba el velo, besaba la corona de azahares y la tiraba en un rincón poniendo, luego, una cara faunesca, mientras ella inclinaba la cabeza intimidada. El se la enderezaba; la besaba con pasión mientras la mano comenzaba a desabrocharle el descote.

Cuando esa mano blanca, como si acabara de surgir de una bolsa de harina, se apoderaba de un pecho también blanco e irreal, sintió que los labios se le entreabrían silenciosamente; en silencio como los labios y las acciones que se escurrían sobre la

sábana de la pantalla.

Miró en derredor; estaba solo o al menos nadie se ocupaba de él. Se inclinó hacia atrás, como buscando el respaldo de la silla y, sin desearlo, se apoyó en el pie de cerámica que sostenía la maceta, igual a las acodadas a todas las pilastras que formaban el vestíbulo.

Algo redondo y duro se le incrustó en la espalda; llevó la mano instintivamente y tocó; palpó casi temblorosamente; le pareció que la cerámica brillante se tornaba tibia mientras reflejaba los cambios de intensidades de la luz en la pantalla cinematográfica.

Luego de retorcerse los bigotes y hacer chasquear los labios, el protagonista miraba al público, mientras su mano continuaba desatando moños y desprendiendo broches tras los cuales surgía una carne abundante, tan blanca e irreal como las manos.

Su mano palpó la columna, instintivamente volvió la cara y echó una mirada; sí, ya no le cupo duda, eran los senos de una mujer los que tocaba. Volvió a mirar en derredor. Experimentó alivio al encontrarse en la penumbra. Nadie se ocupaba de él; era como si todos existieran nada más que para el propio goce. Los primeros grupos de compañeros ya estaban en las piezas, en esas camas de bronce y de dos plazas iluminadas por la luz rosácea que filtraba la pantalla del velador. No le importaba donde estuvieran ni qué hiciesen; lo que valía era estar solo con su placer.

Los ojos le quedaron fijos en la pantalla: no había imaginado que esas partes de la mujer pudieran ser fotografiadas y menos que parecieran tan sombrías y luctuosas. Le parecieron irreales, hasta que la mano surgida de la bolsa de harina avanzó palpando y tal si estuviera allí para dar escala a un falso paisaje de montañas, quebradas y cavernas desérticas.

—¿Te gusta, chiquito? ¿Verdad que te gusta...? —Sintió untuosamente, junto a la oreja, mientras la mujer del carterón negro se inclinaba sobre él.

—Sí, me gusta —dijo, de prisa y estremeciéndose, tal si la contestación pudiera alejar por arte de birlibirloque a la mujer.

—Bueno, aguante un poco... Ahora viene lo mejor... ¡pero cuidate, que ya se va a desocupar una pieza! La Georgette es rápida y muy buena...

Escuchó el crujido de las hojas de la palmera y la vio alejarse; en su oído atento y tembloroso sólo quedó ese ruido de molinillo de café del proyector cinematográfico.

La novia ya estaba tendida en la cama; a través de la cerradura espiaban la mucama y el ascensorista del hotel. No recordaba cuándo el novio se había puesto ese pijama a rayas gruesas como traje de presidiario.

De improviso, una mano suave le rozó sensualmente el cuello y el lóbulo de la oreja; creyó que la mujer de cerámica habría estirado los brazos para acariciarlo.

—Perdone... Se ve tan poco en la oscuridad... ¿Lo molesté? Soy el pianista —dijo una voz masculina y, sin embargo, insinuante.

—No, no es nada... —alcanzó a contestar.

Lo miró alejarse. Se prendió una lucecita sobre el piano vertical, que se apagó de inmediato, casi en el momento en que comenzaba a escuchar el tango «El choclo». Fue como si las imágenes de la pantalla cobraran vida real; por instantes esperaba que la pareja de la cama o la que espiaba a través de la cerradura y había comenzado a imitar los actos, se pusieran a bailar. El pianista debía ajustar el compás a los movimientos de las figuras que ahora semejaban seres humanos en la pantalla. No era así. Esa música debía haber sido escrita para acompañar ese acto.

Le resultó imposible pensar en algo objetivamente. Sintió un estremecimiento. El perfume fuerte, clavado como una espina de pescado en la garganta, de los cueros del Attilio del Maestro. Los cueros enrollados tomaban formas más plásticas.

Le brotó un lánguido quejido.

Cuando logró recuperar el ritmo de la respiración miró a sus costados. Su quejido tendría que haber durado un instante más que la música del tango, como un violinista distraído en un gran final a toda orquesta.

A poco, la película terminó, también, y las luces se encendieron.

Gaona, relamiéndose los labios, se dio vuelta para buscarlo y exclamó, palmeando la espalda de González que estaba a su lado:

—¡Como siga así, nos ahorramos la plata!

Rio en el mismo tono, y logró contener el deseo de decirles que «desgraciadamente él se la había ahorrado». Para decir estas rosas, y que las festejaron hacía falta tener la gracia del Gordo o ser Jefe como González. A él lo tomarían para el titeo; lo comentarían a la hora del desayuno, por medio de indirectas hasta que Clarita y las demás mujeres se fueran retirando, una a una, aguantando la risa. Cruzó las piernas y se puso el perramus sobre ellas; todo quedaría librado a la suerte.

Antes de que empezara la segunda película, «Claudina y los hombres», salió Roberto, el primero de los compañeros que se desocupaba.

—¡Qué quieren! ¡Soy de tiro rápido! —soltó, mientras iba a colocarse en la silla que acababa de dejar González; tocando el asiento, agregó—: ¡Che, viejo! ¡Parece que llegó el verano!

Transcurridas dos horas, volvieron a la calle; respiró a sus anchas. Le había bastado cambiar de silla en la oscuridad, cuando unos clientes salían, para que los demás lo creyeran dentro, con una mujer. Tenía ganas de saltar, pero si corriera brincando, como lo hacía Gaona imitando a una bailarina clásica, a nadie le causaría gracia. Se alegró doblemente de que, preocupados por exagerar sus hazañas sexuales, en nada se ocuparan de él.

De pronto, en la calle solitaria con grandes adoquines de piedra, entre cuyas juntas crecía el pasto, apoyándose contra una barraca construida totalmente de chapas de zinc, el Gordo empezó a dar gritos como una parturienta, mientras se llevaba las manos al bajo vientre y las nalgas.

—¿Qué te sucede? ¿Te agarró el pianista? —comentó González, mientras

estallaban las risotadas.

Intentó seguir la broma, pero le resultaba imposible; algo íntimamente suyo se oponía a que él pudiera participar en una burla. Se imaginó, de nuevo, en el Taller del Maestro, y que sus compañeros de antes con la cara de los de ahora, se burlaban porque había «gozado de distinta manera» que ellos. «Distinta manera», se dijo in mente, y se creyó más cerca de ese «individuo diferente» del que todos se burlaban. De nuevo, el Maestro le gritaba: «¡Pervertido, perverso!». Como si temiera que alguien pudiera adivinar esas palabras en su cara ruborizada, la levantó hacia el cielo gris. Hubiera deseado que cayera ese suave tul de garúa, que había cesado. «Mañana habrá un sol esplendoroso...», se dijo, saboreando la última palabra que se le aparecía tibia y dorada.

—¡No sean giles! ¿No se dan cuenta que estoy como debe haber quedado la polaca que le tocó en suerte a Roberto? —exclamó el Gordo, mientras echaba a caminar con las piernas separadas y arqueadas, haciendo repetidos ademanes como para señalar dimensiones.

En tanto los demás se desternillaban de risa, el aludido sonreía apenas con un dejo de jactancia, hasta que, por fin, dijo, y como dispuesto a exhibirse:

—¡Vamos, no es para tanto, muchachos! ¡No es para tanto!

—¡Qué muestre! —gritó Gaona, imitando los movimientos del pianista.

Los demás corearon de viva voz el pedido, mientras rodeaban a Roberto en semicírculo de curiosa y burlona expectativa.

—Si quieren... ¡Ahí va! —dijo, desabrochándose.

Un coro de carcajadas y exclamaciones se elevó en la calleja.

—«¡Son unos chiquilines!», se dijo Horacio, sin atreverse a acercarse y mirar; y mientras el grupo, ya disminuido por la ausencia de los casados, volvía a ponerse en marcha.

Los pasos se marcaron secos y firmes en el adoquinado, hasta que, nítida y viril, se elevó la voz de Roberto cantando «El choclo», ese tango con que el pianista había iniciado la actuación de la noche. Los demás se unieron hasta formar un coro áspero y desafinado de voces que, a menudo, se esforzaban por lograr la tonalidad del barítono. Era como si al ceder al deseo de cantar, que en cierta manera podía ser un deseo de sabor femenino, quisieran dejar sentada esa virilidad de la que Roberto había mostrado lo que se les antojaba el máximo atributo. Las voces hacían eco en las altas barracas, se expandían por las callejuelas contorneando las altas torres de los elevadores de granos, los siempre iluminados edificios con grandes ventanales de los frigoríficos, y se abrían sobre los mástiles multicolores del Riachuelo.

Se escuchó un fuerte chistido y una piedrecita golpeó secamente sobre las chapas de zinc. Se cortaron en seco las voces.

—No es mala idea...

—¿Qué idea? —preguntó Roberto, ya decidido a no abandonar el puesto de preeminencia que había ganado tan inesperadamente.

—Al coro le hacía falta un tambor mayor para llevar el compás —dijo, guiñando y en voz apenas audible, como para obligarlos a estar atentos a sus menores palabras.

Todos corrieron hacia los restos de ripio que habían quedado, en el lugar de la carga de los carros.

Cuando todos tenían las manos llenas con las brillantes y multicolores piedrecitas, escuchó aterrado que Gaona, luego de pedir atención exclamaba:

—Como Horacio no quiere cantar, lo condenamos a hacer de tambor mayor.

—¡Que vaya adelante y marque el compás tirando piedritas contra las chapas, nosotros haremos el coro!

El intento de resistencia duró muy poco; de todos los papeles que podían obligarle a hacer este era el más suave. «No es mal tipo, este Gordo...», se dijo, en tanto llenaba de ripio los bolsillos del perramus. Al mediodía, había visto pasar un carro y las piedrecitas multicolores se deslizaban y caían como lluvia muy tenue contra el sol.

Reiniciaron la marcha. Trató infructuosamente de llevar el compás del tango, luego, cuando algunas piedrecitas comenzaron a caerle junto a los botines, o a golpear el ruedo de su impermeable, comprendió cuál había sido el motivo de la elección.

Calló, lo más probable era que si callaba y los dejaba hacer, ellos terminarían por aburrirse y lo dejarían en paz.

Al desembocar en una plazuela, con rústicos bancos y mesas de madera donde durante el día se vendían deliciosas tajadas de sandías, tuvo la sensación de que esa amplitud de terreno libre le daba, a su vez, algo de libertad. El coro, en cambio, se había detenido como si le faltara el eco para poder marchar.

Necesitaban, sin duda, de la señal de partida y a él le tocaba darla. Llenó las manos con piedrecitas y las arrojó con fuerza contra un frente de lata. Al escuchar ruido de vidrios rotos, se dio cuenta de que se trataba del frente de una casa. Se volvió intimidado; a pocos metros divisó a un par de vigilantes, más atrás, el grupo de sus compañeros se dispersaba silenciosamente.

Los hombres de uniforme avanzaban hacia él muy alertas, como si temieran que hubiese de escapar. Las chapas de identidad se acercaban parejas y brillantes. No se atrevió a mover un pie; las manos de los vigilantes estaban en posición de atención muy cerca de las cartucheras negras y grandes. Ellos pudrían hacer un semicírculo y mostrarle, también, sus armas. Como para evitar otro movimiento que pudiera interpretarse más comprometedor, volvió hacia afuera el forro de los bolsillos del perramus y unas piedrecitas insignificantes cayeron al suelo, junto a los botines del vigilante, quien, tomándolo de la manga a la altura de la muñeca, le dijo:

—Acompáñenos a la comisaría.

Lo demás fue irreal, hasta experimentó sensación de liberación: ya había sucedido lo peor, estaba preso. Ya no necesitaba preocuparse, ni elegir, ni decidir nada. Todo lo harían los demás por él. Ya estaba: la Superioridad se había apoderado de él. Ya

podían hablar de él cuanto quisieran.

Aspiró hondo, llenó de aire los pulmones; la piel del pecho rozó la suave camisa de poplín de seda inglés, la camisa de los banquetes y demostraciones, que tanto había dudado en comprar. Los hombres de uniforme lo escoltaban, como prestos a sostenerlo si se tambaleaba en los adoquines desparejos y cuando los tobillos se le aflojaran como a los viejos caballos de la carretela de su padre. Desde cada uno de los vanos sombríos de las puertas de calle, podría venir el Maestro a repetirle sus palabras; esas palabras que ahora ya no le importaban. Los vigilantes le dirían: «¡Bah, eso ahora ya no tiene importancia!». Le pareció absurdo haber vivido tantos años con ese temor.

De pronto, experimentó incontrollables deseos de que la gente de su barrio, sus antiguos compañeros y Jefes lo vieran escoltado por esos vigilantes; todos dirían con aire profético: «¡Tenía que ser así!», y se sentirían dichosos de haber acertado.

El oficial de guardia miró la Libreta de Enrolamiento con aire distraído, como si en realidad lo atrajera una de las esquinas de la tapa gastada por el roce del bolsillo interior y humedecida por la transpiración. Al fin del interrogatorio, se le ocurrió que el oficial apretaba los labios para no reír; los bigotes le habían temblado como pelambre de perro mojado que se estremece para escurrir el agua.

Un vigilante lo acompañó hasta un banco del corredor y le dijo:

—Quédese aquí hasta nueva orden.

Luego se fue con andar flotante de *ballet* clásico. Esto le hizo pensar si el alcohol no le estaría fermentando. Desde que salieron de la casa de la luz roja, se habían detenido en, por lo menos, tres boliches, en todos le habían obligado a tomar ese *whisky* que detestaba. Sí, debía estar borracho.

Un empleado de biblioteca sólo puede estar *ebrio*, se corrigió; al fin de cuentas estaba festejando su ascenso a «auxiliar». Era tanto como ese auxiliar que había asentado su declaración, salvo el uniforme. No quería a la gente uniformada. La única vez que recordaba haber jugado a *vigilantes* y *ladrones*, se había negado a ser vigilante.

De pronto y asombrado, vio entrar a Roberto y el gordo Gaona; debían estar bastante más borrachos; *ebrios*, se corrigió. Apenas lo saludaron con medido movimiento.

—¡Nosotros también estábamos con el señor! —dijo Roberto, con solemnidad y como si de nuevo se abriera los pantalones. Calló, la cabeza firme, los labios apretados y un aire de altivo perfil de medalla del Renacimiento.

La garganta y los párpados comenzaban a cosquillarle; se le ocurrió que ese perfil era semejante al de Arnaldo en el riacho de Berisso. ¿Sería posible que al fin tuviese dos amigos?

—¿Habrás notado, señor Comisario, que el imputado tiró su ripio, ¡mal poeta, al fin!, contra la puerta de una tapera abandonada, vale decir, desprovista de moradores? —preguntó Gaona, imitando al Director.

Cuando el mismo vigilante los trajo para hacerlos sentar en su banco, permaneció callado, sin atreverse a mirarlos como no lucra por el rabillo del ojo, a la espera de que Roberto tendiera la mano y cayera sobre la suya y la apretara con mudo y efusivo movimiento.

—¿Y , qué pensás de nosotros? —dijo, de pronto, Roberto, dándole una palmada en la espalda.

Los recién llegados quedaron a la expectativa de ese comentario que no lograba coordinar.

—¿Te crees que los machazos como nosotros abundan? —prosiguió, pero ya dirigiéndose al Gordo.

—No, no abundan... —alcanzó a murmurar con tono agradecido; antes de que el oficial de los bigotes de pelambre de perro mojado viniera a decirles que se podían retirar.

—Están libres los tres —insistió, tendiéndole la mano a Roberto.

Al fin del largo zaguán de entrada, recién se dio cuenta de que la calle y las casas del frente estaban iluminadas por el día.

—¿Y los demás? —preguntó, como si esperara que todos tuviesen una excusa lista, al igual que cuando los reprendía el Director.

—¡Son unos *fallutos*, unos desleales! —dijo Gaona.

—¿Te crees que abundan los machos como nosotros? —insistió Roberto.

—No... no creo —murmuró, mientras les tendía la mano, con un gesto que quiso revestir de solemnidad; ellos la tomaron distraídamente.

Siguieron hasta la parada del tranvía.

—Pero decime Roberto, ¿dónde has leído de un gesto semejante al nuestro? Tendrías que remontarte a la antigüedad helénica —dijo el Gordo, alzando sus brazos hacia el cielo nuboso del Domingo.

—Así es, viejo, así es nomás... —comentó Roberto.

Continuaron hablando y analizando su acto de compañerismo completamente olvidados de él. Respiró feliz, volvía a ser un pretexto para los demás; ¿acaso no sería esto una virtud en grado heroico?

Un largo y reluciente tranvía verde se detuvo. Subieron de prisa; ellos se sentaron juntos, y él lo hizo en el último banquillo de la derecha. A través de la ventanilla con su vidrio imperfecto, los mástiles y las chimeneas de los barcos le hacían muecas; ellos o el vidrio debían burlarse. Se estremeció. Miró a sus compañeros: dormían; la cabeza del uno apoyada en el hombro del otro, que aplastaba su cara mofletuda contra el vidrio.

Se creyó obligado de preguntarle al guarda:

—¿Resistirá el vidrio de esa ventanilla?

El guarda lo miró intrigado hasta que, de pronto y sin poderla contener, soltó una carcajada.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

LA niebla principiaba a levantarse; pronto clarearía por el lado del Río y se marcaría ese color plomizo que lo angustiaba. Había marcado siempre el fin de las cosas, el fin de Marlene que se enfriaba. Los pechos de Marlene comenzaban bajo las axilas en una pendiente que ascendía con suavidad hasta que dejaba notar, al contacto de las yemas de los dedos, unas elevaciones minúsculas pero continuadas, como vigas maestras de una construcción. Luego, tomaban decididos esa forma de media naranja; esta brusca elevación bastaba para enervarlo.

Los pechos de Clarita eran semejantes en el comienzo axilar; lo demás lo ignoraba, lo ignoraría siempre. Se estremeció al pensar que, antes de una hora, sus manos ya no podrían palpar nada por siempre jamás.

Quiso borrar de su cabeza esa comparación con Clarita. Se dijo, con rabia que era un libidinoso; que sólo empleaba sus últimas horas en recordar obscenidades.

A menudo había cedido al deseo de imaginar cómo sería Clarita en...

—¡Soy una bestia! —se dijo, con furor—. Desprecio la sensualidad de los demás y soy igual a ellos.

Insistió para cambiar sus pensamientos o por lo menos desviarlos. Jamás había pensado en Dios, salvo cuando había preparado una extensa bibliografía sobre «Las religiones orientales». Su madre lo había hecho bautizar para quedar bien con una «señora bien» que entonces lo ayudaba, y le consiguió el empleo en el corralón a su padre. Eso había sido todo. Los pobres necesitaban tener la religión de sus protectores, para halagarlos. Quizá, antes de encender la nafta, se hiciera la señal de la cruz, como decían que hacen los artistas al salir a escena.

Necesitaba algo más fuerte, y dijo:

—Clarita no vendrá hoy. ¡Clarita dará parte de enferma! ¡Clarita se tomará reemplazo de feriado!, por alguno de esos días de fiesta en los que le tocaba turno cuando la Biblioteca permanecía abierta.

Mientras se restregaba los brazos como si el frío hubiera sido causa de su tiritón, pensó que ella no podría faltar el último día.

Quitando él, que nunca había faltado en los 33 años de empleado, Clarita tenía el más alto promedio de asistencia. En su legajo, figuraba: «Sobresaliente felicitada». No, ella no podía faltar el último día, era absurdo el imaginarlo tan siquiera.

Impensadamente, se apoyó en una estantería y sus uñas rasparon una de esas espirales de alambre que tenían en el lomo algunas encuadernaciones.

—Es necesario que venga, tiene que venir —susurró fervorosamente—. Tiene que ser como yo que no he faltado nunca, ni aún cuando murió mi padre, pues tuve la suerte de que fuera sábado... «la suerte» —se repitió avergonzado, pero en verdad había sido una suerte y poseer, además, una salud de hierro, pese al corazón. Tuvo ganas de reír, había venido dos días con 39 grados de fiebre por ese orgulloso prurito de no faltar; otros, en cambio, se jactaban de lo contrario y habían llegado más alto.

Antes, cuando el terraplén era causa de que el barrio se inundara, había salido en bote o en la carretela del lechero, aunque los muebles y trastos de la casa quedaran flotando en las piezas solitarias. Lo importante era no faltar; que cuando el Director, o a lo mejor la Superioridad, preguntaran por él, él siempre estuviese en su puesto.

En el Archivo, solía recorrer esas planillas de asistencia y una ternura muy honda le apretaba la garganta: allí estaba la historia de su vida incolora, reducida a cifras. Día por día, hora por hora, había cumplido con su deber. *Su deber*. Los cadetes se reirían si lo escucharan, salvo Walsenffer. Le apenó darse cuenta de que lo iba a dejar sin Biblioteca, pues ese muchacho de 17 años amaba los libros y, sobre todo, sabía lo que era el deber.

—Debía haber sido mi hijo... —murmuró, mientras la garganta se le cerraba—. Mi hijo... y el hijo de Clarita, y el hijo de la Biblioteca... —agregó, y los labios se le quedaron apretados, debían estar descoloridos y mustios. No quería lagrimear.

Jamás le había dicho una palabra a Walsenffer y, sin embargo, había seguido sus pasos, recorría su Sector, vigilaba sus biblioratos, hasta había descubierto ese ficherito bibliográfico que se había hecho para poder contestar rápidamente las preguntas más usuales de los lectores; y él le había agregado muchas fichas, de a poco y disimulando; todo lo había hecho sin que el cadete, ni nadie se dieran cuenta. Aunque quizá Aldecua.

—¡Lo mataría a ese... Aldecua! ¡Lo mataría si dijera algo de Walsenffer!

Tuvo ganas de golpearse las manos por haber gritado esos nombres.

—Le hubiera podido entregar a él la antorcha, sólo a él, a él como en la carrera de Maratón; sólo a él, que sabe el significado de la palabra deber... —dijo lentamente, en una letanía que le permitía acariciar las palabras.

—Qué hermoso debía ser tener un hijo y decirle con voz firme y dulce, con aire altivo y pleno de mansedumbre:

—Hijo mío, has cumplido con tu deber.

Nerviosamente tiró el cordoncillo de la luz; miró el reloj.

Debía recobrar la calma. Antes de media hora ese rimero de «planillas de asistencia»; ese diario oficial de su vida, sería otro poco más de cenizas.

Miró la espiral metálica del lomo de ese cuaderno: lo retiró de la estantería; sí, era uno de esos cuadernos de apuntes que, a veces, olvidaba Aldecua: en la tapa tenía su nombre y la fecha de 20 años atrás. Había quedado allí, escondido entre esa magnífica colección de los *Harward Classics*, que nadie consultaba. Hojeó el cuaderno con esa prisa de hombre avezado en descubrir lo esencial de una página.

Su índice retrocedió al centro de un renglón: allí estaba su nombre. Era evidente que, entre otros retratos, Aldecua, que de tanto estar entre libros se sentía escritor, había trazado el suyo. Una leve sensación de orgullo lo hizo sonreír.

—¡Puah! ¡Chiquilinas!, puras invocaciones a los dioses griegos... Un vanidoso y un pedante en el mismo frasco... ¡Vea usted!...

Detuvo el dedo y comenzó a leer: «Cuando la autoridad llegaba, sus ojitos

bailoteaban de placer en su cara hipócritamente gacha. Presentía que la autoridad le pediría a él lo que buscaba; entonces, saltaba lleno de una agilidad jamás derrochada en humanas ligerezas; quedaba a su alrededor terminando de sus labios las palabras que la autoridad comenzaba. Pacientemente anotaba los libros que con preferencia pedían y, haciendo rayar su astucia al máximo, los sacaba de los estantes y los escondía sigilosamente, para que sólo él supiera encontrarlos cuando los pidieran».

Ahogó una expresión de rabia impotente. ¿Cómo Aldecua podía haber escrito eso de él? Frío le recorrió la espalda a lo largo de la columna vertebral. ¿Cómo era posible que alguien lo viera así? ¿Cómo que fuera tan diametralmente distinto a lo que él se creía? ¿Cómo faltando así a su *deber*? Tuvo deseos de preguntar a gritos cómo era de verdad.

Echó a correr angustiado entre las estanterías que se delineaban sobre la semiclaridad lechosa que se colaba a través de las ventanas; quería llegar canto antes al tualé. Tenía que mirarse al espejo, analizar cada una de las facciones.

Se abalanzó sobre el lavatorio, al tiempo que con mecánico movimiento daba la luz.

Se miró asombrado, tal si el retratito de su Libreta de Enrolamiento hubiese crecido desmesuradamente. Tuvo deseos de repetirse ante los cortos y caídos bigotes, la frente hundida en surcos, y las mejillas flácidas, su: «¡Cómo te han maltratado, mi pobre viejo!»; y decirlo con algo de ternura y reproche, pero sólo se escuchó decir:

—¡La mala raza de los jefes!... —Mientras el cuaderno se le deslizaba de las manos.

Escuchó el ruido de las hojas; instintivamente intentó recogerlo y llevarlo a su sitio. Alzó los hombros; aquí o más allá, pronto sería un montoncito de cenizas y un alambrito retorcido y ennegrecido.

El cuaderno quedó a sus pies y abierto en la última página; en la semipenumbra alcanzó a vislumbrar unas líneas escritas con tinta atravesando al sesgo las primitivas a lápiz.

Con letra menuda pero decidida, Aldecua había escrito: «Pasmado de que mi petulancia de adolescente me cegara a tal extremo, como para no descubrir todo lo que de único y admirable había en este hombre. Debe ser necesario llegar al término de la vida para poder comenzar a creer en las personas; salvo que la muerte...». Allí se interrumpían los renglones, como si de golpe hubiera ocultado el cuaderno para que no lo vieran escribir entre las estanterías, fuera de su pomposo escritorio.

Sintió curiosidad por lo que dirían esas líneas a tinta; se inclinó, pero, antes de tocar el cuaderno, se enderezó con rabia y le dio una patada. Estaba seguro de que en esas últimas líneas Aldecua lo insultaría.

Salió del pequeño retrete donde se hallaba protegido.

—¡Yo esconder los libros! ¡Yo mentir y hacer trampas! —exclamó, dirigiéndose hacia una de las ventanas que daba al patio interior. Tuvo deseos de abrirla y, ante esa claridad lechosa de la niebla, esa claridad turbia y ambigua, gritar, a lo que dieran sus

pulmones, todas las inmundicias que decían y las que pudiera imaginar sobre el Jefe Aldecua. Grupos compactos de empleados y lectores vendrían a aplaudirlo; hasta bailarían dichosos una cruel zarabanda de aquelarre. ¡Qué hermosa, misteriosa y sangrienta era la palabra aquelarre!

Quitó la mano de Ja falleba. ¿El estudiante de la ventana habría leído un cuaderno semejante?

Echó a caminar cabizbajo. Al llegar al pasillo central, tiró el cordoncillo de la luz. Qué grandes y solemnes eran los números romanos de su reloj; tenían una dignidad rectilínea de la que carecían los arábigos. Su índice acariciaba el cristal tan suave, acaso pulido por esas incontables caricias que acostumbraba hacerle mecánicamente, y de las que recién ahora se daba cuenta. ¿De cuántas cosas nuevas, por eternamente repetidas, tendría que darse cuenta a la hora de la muerte? Le estremeció saber que su reloj no quedaría huérfano, que no marcaría el tiempo de un extraño que habría de comprarlo al cachivachero que se lo vendería su sobrino.

No tenía nadie a quien dejar esos objetos que guardan algo de viviente a causa del continuado contacto.

—Nadie —susurró, en tanto una pinza le apretaba la boca del estómago. Contadas personas podrían saber de verdad el significado de la palabra «nadie». Debía ser el mundo trágico y desolado de «los diferentes».

Tuvo deseos de dejarse caer en el rincón más oscuro y quedar inmóvil.

—Si la gente supiera, ya no se molestaría en acumularnos más penas. ¡Ellos que *pueden* ser dichosos!

De pronto, con rencor irracional, tomó esa medalla de plata que le habían dado al cumplir los 30 años de empleado; tiró con fuerza hasta romper la cadenita que la unía a su reloj, y la arrojó lejos, como si se desprendiera de treinta años de ingratitud y vejaciones, de gritos y de insolencias.

Escuchó el golpe contra una de las estanterías, luego en el suelo. Era como si a un viejo buey, derrengado por 30 años de abrir surcos desde el amanecer hasta el oscurecer, se le regalara un yugo de plata. Las medallas debían regalarlas los Jefes para calmar sus conciencias.

—O, quizá, yo sea un resentido... —se dijo, con un hilillo de voz. «¡Para vivir tenes que avivarte!», le había dicho una vez su medio sobrino, al despedirse. Luego, agregando con soltura: «Médico de primeros auxilios», había tomado el ómnibus sin hacer la larga cola, y llevando en la valijilla dos ceniceros de bronce y porcelana, que había tomado «como recuerdo» en el *hall* de un gran hotel.

Guardó el reloj; ya quedaba muy poco tiempo. Necesitaba 12 minutos para la tarea de preparar los montones de diarios y rociarlos con nafta.

Fue hasta donde había dejado la lata, quitó el corcho y aspiró voluptuosamente el olor y la cerró.

—Medalla de plata... —dijo, apretando los dientes. En lugar de una virtud, la mayoría hacía de la caridad un pecado de gente feliz y satisfecha.

Llevó la mano a uno de los bolsillos exteriores de la chaqueta, allí estaba esa nota elevada a la Superioridad para pedir se le permitiera seguir en la Biblioteca. «No ha lugar por razones de mejor servicio». Sin duda necesitarían ese puesto para ascender a Gina. ¿Acaso, él no hubiere hecho cualquier cosa para ascender a Clarita y para que permaneciera en la Biblioteca?

Arrugó esa solicitud que le habían devuelto, con dos sellos más; estaba dispuesto a servirse de ella para propagar el fuego; como una antorcha que convertiría en cómplices a los sellos y las firmas de la Superioridad.

Encendió de nuevo las luces; necesitaba arrugar los diarios de las pilas que había preparado, aunque fueran las primeras páginas, a fin de que la nafta penetrara hondo, y las corrientes de aire avivaran el fuego.

Lo importante era bloquear el vestíbulo frente a los ascensores; que todas las estanterías más cercanas ardieran las primeras, así impedirían la entrada de los serenos y, sobre todo, que las llamas o el humo se vieran demasiado pronto desde afuera. Así evitaría cualquier intento de arrepentirse. Una vez incendiadas las estanterías, que rodeaban el pasillo central, ya no podría escapar del fuego.

De pronto, respiró aliviado. Jamás creerían que él había incendiado la Biblioteca; no podría repetirse el caso de la de Alejandría. Todos ignoraban su presencia en los depósitos; el sereno la negaría como prueba de su eficiencia. Todo el mundo creería en un desastre accidental y lamentable, como el de la Biblioteca de Lima.

Cesó su contentamiento. Quizá al remover los escombros, una vez notada su desaparición, podrían encontrar sus restos; entonces, con ese afán que tiene la gente de figurar o tomar parte en los hechos y noticias de policía, todos los empleados del Tercer Turno de Servicio al Público recordarían haberlo visto entrar cargado de libros; algunos dirían que iba con su traje azul, otros con el gris que en verdad llevaba puesto ya que no era día de fiesta, pero todos estarían de acuerdo en que no lo habían visto salir.

Le pareció estar leyendo en esos diarios que arrugaba nerviosamente con prisa: «VÍCTIMA DEL DEBER», en un título a tres, quién sabe si a cuatro, columnas, sobre esa foto de la Libreta de Enrolamiento; esa foto sin ningún aire de mirar hacia el horizonte que tenían las de la gente acostumbrada a salir en los periódicos.

Lo sacudió una sensación de horror. Era como si toda esa gente falsa y artificiosa de la cual se burlaba, se vengara de él y de sus burlas sólo pensadas. De él quedaría una imagen tan falsa como la de ellos.

Quedó tieso, con la hoja de un periódico arrugada en el puño derecho. Alcanzó a leer: «Nuestros propósitos», y, a renglón seguido, «No ambicionamos»...

La luz se apagó y, de nuevo, quedó en los vidrios esa claridad morado lechosa.

—No ambicionamos... —repitió. Estaba seguro de que quien escribió esas palabras debía estar corroído por la ambición.

Tuvo ganas de estrellar la cabeza contra la estantería. Tendría que haber dejado unas líneas en su casa junto con la Libreta de Enrolamiento; unas líneas que

explicaran claramente porqué obraba así. La gente no lograría entenderlo jamás.

—¿Acaso lo entiendo yo, totalmente? —se dijo, con necesidad de escuchar su voz.

No quiso pensar más. Con prisa recorrió o fue preparando los montones de diarios. Fácilmente serían 25, con esos bastaba. Se detuvo; luego, con lentitud volvió a donde estaba el tarro; pesaban esos diez litros.

Por la ventana vio una parte de la plaza; desde allí divisaría a Clarita caminando de prisa sobre el pavimento empetrolado y desperejo.

Entonces, le quedarían 3 minutos para rociar los montones y prenderles fuego, antes de que ella atravesara el prado, para acortar camino.

Pegó la frente al vidrio helado; le alegró ese contacto fresco y matinal. Permanecería allí hasta que la viese venir. Los árboles comenzaban a despegarse de las sombras y cobrar corporeidad; los edificios surgían blanquecinos, como caras que han pasado la noche en vela. Si hubiera nacido en ese barrio suntuoso nada habría sucedido, ni sucedería; quizá anduviera caminando por esos jardines rumbo a su casa. Las luces de los faroles callejeros daban la sensación de esconderse dentro de sus bonetes dorados, al saberse inútiles.

De vez en cuando, pasaba un camión cargado rumbo al puerto. Jamás había mirado esas ruedas que giraban haciendo brillar el metal de las tapaderas de los ejes, ni había caído en cuenta de esos cueros rojos que pendían de los guardabarros traseros. Le apenó todo lo que se quedaría sin ver en el mundo. ¿Acaso había mirado tranquilamente esos faroles dorados, la esbelta torrecilla de la iglesia cercana? ¿Y los inmesos gomereros azules, soberbios como una gallina empollando?

—No he sabido ver... —dijo. Una aguda sensación de frío en el hueso de la frente le hizo despegarla del vidrio.

De golpe, en lo más remoto de la claridad, donde una calle desembocaba en el rincón más alejado de la plaza desierta, le pareció divisar una silueta alta y espigada, de andar elástico. Llevó a la boca los nudillos de la mano derecha, como dispuestos a morderlos en un ademán de rabia impotente. Debía ser el Jefe de Personal.

Nerviosamente llevó la mano al bolsillo y remeció la caja de fósforos.

No era posible que llegara antes de Clarita, desarmonizaría todos sus planes. La figura avanzaba con rapidez como quien camina gimnásticamente para vencer el frío matinal.

Destapó la lata; el olor le cosquilleó la nariz. ¿Si hubiese carecido de bigotes, como el Jefe González, Clarita lo habría querido? Vaya a saber de qué minucia absurda dependía el nacimiento del amor.

Un auto de alquiler se detuvo frente a la escalinata principal. Tembló de emoción. Se abrió la portezuela, pero nadie bajó; debía estar pagando el viaje. Las manos se le crisparon en el repecho de la ventana. Alguna vez debía haberle gritado a Clarita; las mujeres necesitaban que, de vez en cuando, su hombre las gritara para que ellas pudieran adoptar esa postura de gallinas que soportan el picoteo del gallo.

Desde las ingles le tironeó un nervio que se le ajustaba a la garganta, cuando vio descender del auto a una mujer. Le bastó la más rápida ojeada.

Era ella.

Como rebote abandonó la ventana y comenzó a rociar con nafta los montones de papel y estanterías.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

NECESITABA obrar cautamente y, sobre todo, en orden. Se detuvo en el centro de ese pasillo lateral. Percibió de nuevo el olor penetrante.

Había volcado demasiado líquido en ese montón. Era necesario racionar y medir.

«Lo primero, mojar los montones que rodean el vestíbulo frente a la reja de seguridad», se repitió, como si estudiara las Normas de Intercalación de la Biblioteca Apostólica del Estado Pontificio del Vaticano. Lo importante era colocar la barrera de fuego frente a la reja; los tubos de los ascensores avivarían el tiraje convertidos en chimeneas. Avanzó saltando, le resultaba imposible evitar que con el zangoloteo se volcara algo de nafta. Lo asustó pensar que él podría ser el primero en prenderse fuego; eso trastrocaría sus planes; quería ver, desde la ventana de la esquina, la cara aterrorizada y asombrada de Clarita; entonces, trepándose en el repecho, quizá, se atrevería a gritar lo callado tantos años:

—¡Clarita, te amo! ¡Te amo!

Luego se dejaría caer hacia atrás, hacia las llamas. Visto fríamente, leído en los diarios, podría parecer teatral, con algo de esa falsedad intrínseca de las óperas; pero nadie se atrevería a pensarlo en ese instante; y si lo pensarán, al verlo caer en el fuego, la garganta se les cerraría imaginando que eran ellos los quemados.

Le asombró la perfección de esa doble medialuna de montones de diarios que había ordenado frente a la reja tijera. No se le había ocurrido, en verdad le hubiese parecido sacrílego, tomar los libros y amontonarlos abiertos; quemarlos debía ser posible, pero no desordenarlos.

Cuando llegó a la mesa donde estaba el intercomunicador, dudó un instante, luego, con rabia lo desconectó y echándole un chorrillo lo arrojó sobre la pila más alta; odiaba ese aparato, que, a menudo y como una burla, le había traído la voz desfigurada de Clarita.

¿Y si ella no lograba escuchar su grito, su declaración? Comprendió angustiado que desde la distancia y altura en que él se encontraría, era imposible que ella pudiese escuchar algo. Cesó de verter el líquido, mientras con ademán mecánico repasaba la pechera del chaleco; sí la tenía mojada. Dejó la lata en el suelo. Con prisa inusitada revisó los bolsillos, sacó la bolsita donde guardaba el retrato de Clarita y la puso en un bolsillo del pantalón. Retiró la caja de fósforos, y se quitó la chaqueta, el chaleco y los diarios que lo habían abrigado durante las primeras horas del día. Necesitaba durar lo más posible; que su muerte fuera más útil que su vida. Quizá ella y su marido se sentirían orgullosos de que otro hubiese muerto por no tener lo que ellos. La mayoría de la gente necesitaba de los de más para valorizar sus propios sentimientos. Quizá y para siempre, ellos vivirían ese amor que él les habría renovado con la muerte. En cierta manera, estaría siempre con ellos, entre ellos, hasta que murieran.

Dejó, cuidadosamente doblados, su chaqueta y chaleco sobre una de esas

interminables series de folletos de la misma altura y encuadernados en cuerina roja, que a la luz del amanecer cobraba un color más denso.

Era muy hermosa esa larga y pareja fila de volúmenes.

No, no debía pensar en eso, ni en nada. Continuó vaciando el tarro lo más lejos posible de su cuerpo. Pronto, de su cuerpo y sus angustias sólo quedaría algo de ceniza entremezclada con la de los libros. Todo, absolutamente todo lo que significaba algo para él se convertiría en cenizas; inclusive Clarita. Las personas sólo debían existir en la medida que los demás las querían. Quizá él no había existido nunca.

Se dirigió hacia las llaves que encendían las luces permanentes de los pasillos principales, y las hizo girar. Ya no importaba que las luces quedaran encendidas; Clarita debía estar en la Intendencia, y nadie podría interrumpirlo antes de que él comenzara a encender los fósforos y los fuera arrojando como continuidad y proyección del mismo movimiento, como le había enseñado Arnaldo, junto al riacho de Berisso, para ir quemando los malolientes montones de basuras, con las que los vecinos elevaban el nivel de las islas.

De golpe, un grito agudo de terror, surgido casi a sus espaldas, le paralizó el movimiento de abrir la caja.

—¿Qué hace usted, aquí? —gritó, sin poder creer en lo que veía.

—Me dejó encerrada... el sereno, anoche. Yo... —titubeó Gina, en su media lengua y mirándola aterrorizada.

Experimentó rabia indecible contra esos diagramas del Director y de Aldecua: era imposible preverlo todo, siempre quedaba un factor humano imprevisible. Sin embargo, la culpa era suya; tenía que haber recorrido uno por uno los corredores y pasillos.

—¿Y usted estaba en el depósito de los muebles? —preguntó, con prisa.

—Sí, señor —contestó, tartamudeando.

La vio avanzar en dirección suya. Tuvo de golpe la sensación de que se le arrojaría encima y paralizaría sus movimientos como una araña; que se le aferraría con esa desesperación que hace invencible a los débiles.

—¡Quédese quieta! —gritó. Sólo tenía unos segundos para resolver; lo importante era que la mujer no gritara. Aunque era imposible que Clarita o el Jefe de Personal hubiesen llegado al piso de oficinas. De todas maneras debía obrar de inmediato, antes de que la nafta se evaporara o su efecto se perdiera.

Con decisión abrió la caja, tomó varios fósforos juntos, los encendió y arrojó en el montón que acababa de mojar.

Una explosión opaca, seguida de una llamarada que recorrió uno tras otro los montones, con algo de reguero de fuego artificial, y cerró el collar al treparse a las estanterías, retumbó en el largo ambiente cerrado.

Gina soltó un grito de espanto y echó a correr hacia una de las ventanas. No se imaginó que fuera capaz de correr tan rápido, hasta el momento en que le dio alcance

en uno de los estrechos pasillos que separaban las estanterías.

La tomó por el cuello y apretó con fuerza; mientras sus gritos se mezclaban a los ahogados pedidos de auxilio de ella.

Las manos ansiosas y con uñas afiladas se paseaban por su cara, produciéndole un doloroso ardor.

Habría pasado la noche en los muelles sillones de ese depósito donde se guardaban los muebles antiguos. Allí debían tener lugar sus encuentros con...

De golpe, escuchó unas palabras masculinas y que, recién cuando terminaron se percató que brotaban de su boca:

—¡Perra! ¡Mala mujer! ¿Te crees que no sé lo que estabas haciendo ayer? ¿No te da vergüenza, con el marido de Clarita? ¡El marido de ella!

Una bocanada de humo le impidió hablar por un momento. Entonces, logró escuchar un hilillo angustiado de voz, casi un quejido. Instintivamente aflojó las manos, y quedó mirando esos ojos claros, verdes con un dejo amarillento de ojos de gata.

—*Te prego...* —dijo Gina, con sus labios carnosos. Luego, balbució unas palabras en un idioma que, sin resultarle totalmente desconocido, no lograba entender; debía ser un dialecto veneciano. Tuvo deseos de interrogarla sobre esa lengua, su deber era al menos saber en qué idioma estaba escrito un libro.

Las palabras comenzaron a desgranarse entre los labios de Gina, los ojos se le emblanquecieron. Las mejillas se deslizaban rozando sus dedos mochos y fuertes, esos dedos de encuadernador que se le habían marcado durante la niñez y la adolescencia. El pelo suave, de un color rubio con destellos rojizos, se despeinaba y deslizaba entre sus dedos, con algo de esas culebras que algunos de los pin lores del Renacimiento solían anudar al cuello de sus «bellas».

Tenía que haberse desmayado para permanecer tan silenciosa, entre el crepitar del fuego que los rodeaba.

—¡Gina! —gritó, remeciendo esa figura encucillada entre sus piernas.

Apoyada la espalda contra los libros, Gina se había deslizado, y la cabeza, le había quedado a la altura de las entrepiernas de él. Bastaría con ese leve y jactancioso movimiento masculino, unos pocos centímetros.

El ahogo podía originarse en el humo que parecía brotar de entre los libros, como de un incensario de iglesia, o de la proximidad de esa mujer a la que creía haber detestado siempre.

La miró nuevamente; su pelo revuelto le rozaba las rodilleras del pantalón. Quizá, si hubiera tenido planchados los pantalones, y usara un sombrero con alas ribeteadas de seda, Gina podría haber...

Los ojos le quedaron fijos, un instante, en los marbetes. Era imposible creerlo; Gina y él estaban casi incrustados el uno dentro del otro.

El humo comenzaba a rodearlos, a volver imprecisos los contornos, como para demostrarle que todo eso debía ser la imagen confusa de un sueño. Leyó los números

estampados en los marbetes. Dio un salto lateral; eran los correspondientes al Sector de Clarita.

El cuerpo de Gina perdió el equilibrio; la cabeza le quedó, de nuevo, apoyada en una rodilla, tal si ella lo persiguiera. Había hombres a los cuales las mujeres los perseguían; con rencor, se dijo que debían ser hombres que, en cierta manera, representaban papel de hembra.

Sin darse cuenta, su mano había caído sobre la cabeza de Gina y los dedos se le escurrían como hilillos de agua tibia entre los suaves cabellos. Acariciar el cuero cabelludo era como deslizarse desnudo, hipócritamente desnudo, por una selva de irisados helechos tropicales.

La tomó del pelo con fuerza, con rabia; ella era también de la raza de los seres que tienen lo que desean. Necesitaba resolver todo en cuestión de segundos; tal si le pidieran una bibliografía de extrema urgencia, para un ministro.

La arrastró de los cabellos; cuando se dio cuenta de lo que hacía se encontró en el pasillo central. El fuego se había extendido hacia las estanterías que daban al frente del edificio: 30 metros, de los roos de largo que tenía el depósito, ardían chisporroteando como leña en una chimenea. El espectáculo carecía de la magnificencia que había supuesto.

¿Qué haría con Gina? De nuevo, escuchó sus ruegos en esa lengua desconocida. ¿Qué le habría dicho? Quién sabe qué penas ignoradas habría invocado como excusa.

Los libros de un estante tomaban fuego de golpe; les brotaba una llamita en los extremos de los lomos, y, algunos, se abrían como una flor de maíz tostado. Era verdad que el humo del papel producía escozor en la garganta.

Le extrañó la velocidad con que se consumían los montones de papel del vestíbulo central; en cambio, los libros de las estanterías continuarían ardiendo durante un rato; a medida que uno perdía su volumen convertido en llamas y cenizas, el vecino se extendía jubiloso, con algo de bandoneón que se inflara en un sostenido compás. Otros estallaban como cohetes.

Tenía que salvar a Gina. Si ella moría por su culpa todo cambiaría; en particular el sentido de su muerte. Si hubiera sido en la India antigua cuyas viudas se arrojaban a la pira donde cremaban a su marido, otro sería el sentido; pero él no tenía a nadie que muriera como viuda, salvo los libros.

Transpiraba; tocó la camisa, la tenía mojada; rápidamente se la quitó y arrojó al fuego. Quizá ya tuviera ese fuerte olor a sudor que lo avergonzaba.

Miró rápidamente el reloj. Sí, pese a lo inesperado del encuentro con Gina, sólo habían transcurrido 6 minutos desde que el taxi de Clarita se detuvo frente a la escalinata.

Tenía que salvarla. Miró ansioso hacia el ascensor. Recordó, con rabia que por temor a las responsabilidades con que amenazaba el Director, se había opuesto a ser depositario de esas llaves. Buscó en derredor. Sólo quedaba como última probabilidad el montalibros.

La tomó por las axilas. El peso y el humo lo hicieron toser. Sólo podría llegar deslizándose por uno de los estrechos pasillos entre las estanterías de la derecha; donde se desprendía una densa humareda que se retorció marcando todos los tonos del gris.

La arrastró un trecho, pero se dio cuenta de que era imposible llevarla así; tenía que echársela sobre los hombros.

Cuando vio la grupa carnosa de Gina cerca de su mejilla izquierda, le asombró haber obrado sin antes dudar. Recorrió de prisa el pasillo; el temor de que el fuego pudiera quemarle el pelo, le hizo llevar su mano derecha para cubrirle la cabeza. Nunca había sentido la frente de una mujer en la palma de su mano y en esa postura; así podría parecer una perversidad de los libros sagrados de oriente.

Al depositarla frente al montalibros, sintió que los pechos duros y juveniles le rozaban el hombro, igual a la vez que había traído una media bolsa de naranjas que una vecina le regaló a su madre.

Abrió con rapidez la compuerta de la caja del montalibros; el metal había comenzado a calentarse. Le resultó relativamente fácil colocar ese cuerpo; cuando Gina, plegada sobre sí misma, ocupó la totalidad del hueco, se le antojó que tenía ante sus ojos una foto o dibujo de un feto en el claustro materno.

Sin poderse contener, extendió la mano y acarició fugazmente ese cuello blanquecino; prefirió creer que la sensación de ahogo era producida por el fuego. Cerró la puertecita y tocó el botón nacarado de envío al piso principal; allá quedaría sonando la chicharra hasta que descargaran el aparato o ella recuperara el sentido.

Entre el ruido, semejante al de papel que se arruga, producido por el incendio, se escuchó un estallido seguido de otro más fuerte, y las luces se apagaron. Sería un cortocircuito, o alguien habría cortado la corriente eléctrica.

—¡Gina...! —exclamó. El montalibros se habría detenido al cortarse la corriente. La vio encerrada en la caja, en uno de esos estrechos tubos que recorrían los cuatro pisos de depósitos y oficinas. Una vez que sucumbió a la tentación de mirar, un escalofrío de angustia le recorrió el cuerpo ante esa celda tubular.

Al terminar la instalación de los montalibros, el electricista les había explicado a todos —sólo él y Walsenffer escuchaban atentamente— que en cada piso existía una palanquita que manejaba las zapatas de los frenos automáticos; una vez aflojados estos, ya era sólo cuestión de sujetar, con los guantes de cuero o unas pinzas, el cable de acero e irlo desenrollando hasta que la caja llegara a la planta deseada.

Abrió la compuerta, una bocanada de aire fresco lo incitó a respirar profundamente. Sus sentidos recuperaban esa alegre frescura del amanecer, luego de un noche plácida.

A la izquierda vio la palanquita. Se miró las manos; no tenía esos guantes de obrero con puños amplios, tipo mosquetero. Echó una mirada hacia los pasillos que comenzaban a borronarse entre el fuego y el humo; no era posible dudar más de un instante; al fin de cuentas, sus manos habían estado acostumbradas a trabajos rudos,

hasta al pico y la pala en la huerta del fondo de la casa.

El cable brillaba a trechos bajo la capa negruzca de la grasa y esa corta pelusa, que brota de quién sabe dónde y se adhiere a los cables de los ascensores para aterciopelados o completar el aspecto de suciedad.

Era imposible, con todo; no lograría resistir en las manos el peso de Gina sobre el delgado cable de acero. De improviso, recordó que tras la caseta de las maquinarias de los montalibros, en un pequeño desván, se guardaban los escobillones y cepillos para el piso.

Era como si en el momento de la acción desapareciera su lucidez mental y sólo restara una intuición mecánica; cuando recuperó conciencia de su acción, el cable del montalibros estaba arrollado en dos vueltas a los mangos de tres escobillones juntos. Empuñó el resto del cable que había desenrollado y desenganchado; lo importante era que los tres mangos pudieran resistir el peso de Gina y la fricción del cable.

Con decisión bajó la palanca del freno. Un crujido unió estrechamente los escobillones, y el cable comenzó a descender.

El bramido creciente del luego a sus espaldas, le impedía escuchar si los escobillones crujían. Era necesario que aguantaran unos segundos más; que esas pelusas y virutas de madera que saltaban no se convirtieran en astillas.

El rollo junto a sus pies disminuía; Gina debía estar ya frente al segundo piso.

Cuando le quedara alrededor de un metro de cable en la mano, que era lo que normalmente restaba en ese tambor desmontable, Gina estaría a salvo, si es que recuperaba el sentido, y lograba darse cuenta donde estaba antes de que el terror la enloqueciera. Imaginó el horror que experimentaría él mismo puesto en el lugar de ella; ese horror le paralizaría toda acción o deducción.

«Hubiera sido más simple esperar que llegaran los bomberos y obligarla a saltar», se dijo con rabia. Esta mujer había venido a perturbar su muerte, a robarle sus últimos instantes con Clarita y la Biblioteca; volvía a robarle algo a Clarita.

Tuvo deseos de soltar ese cable que le hacía doler las manos; quizá Clarita se lo agradecería. No, Clarita era incapaz de herir, ni siquiera a sus enemigos. Ella debía saberlo todo; pues el marido mostraba sus relaciones con Gina con esa jactancia ingenua del que, por primera vez, logra una amante menos ordinaria y, que, por ende, le asombra poseer.

Con alivio recordó, de pronto, que la compuerta del montalibros se abría automáticamente al llegar al piso principal. Se creyó feliz: recuperaba su muerte.

En ese instante, los palos crujieron con fuerza comparable al bramido del fuego; se astillaron, luego se quebraron y el hueco se los tragó. Las crines de un cepillo le rozaron la nariz.

Apretó con fuerza ese cable que como una navaja parecía incrustársele en la palma de la mano. Apoyó el hombro, afirmó los músculos del cuello y los brazos en el recuadro del ventanuco del montalibros.

No quería mirarse las manos detalladamente. La vista era más rápida que el dolor

contenido por la anestesia del golpe: sería cuestión de segundos de diferencia pero con ello bastaría para terminar la tarea.

Espesa columna de humo, tal si se hubiera establecido una corriente en el tubo del montalibros, lo hizo cerrar los ojos y le arañó las narinas.

Cuando abrió los ojos no pudo evitar el mirarse las manos. Un hilillo de sangre, que parecía mezclado a esos rebarbos de coco molido que coronan las tortas, le brotaba de las palmas. La sangre era más negruzca de lo que imaginaba.

Una sensación de fuego líquido le hizo abrir las manos. Sintió un chicotazo en la cintura, casi en el mismo sitio donde había preparado su bolsillito secreto.

—¡Marlene! —se quejó angustiosamente.

El cable dio un brinco, como una culebra enloquecida, y se hundió en su cueva. Gina habría caído algo menos de 2 metros. Quizá no todo fuera en vano.

Se miró las manos; estaban admirablemente rojas, tal si las hubiera metido en esa sopera con un puñadito de sal donde su madre juntaba la sangre del lechón, para hacer morcillas. A veces, cuando su padre hacía una changa en las chacras vecinas, en el fondo de la carretela aparecía una bolsa con un lechón berreante. En todos los casos, experimentaba un placer tan extraño que no lograba ubicar al hundir las manos, a escondidas de su madre, en la sangre tibia.

Una ráfaga de viento caliente lo apretó contra la reja metálica.

Ahogó un grito de dolor al apoyar las manos. Ya comenzaba a llegarle la sensación de dolor al cerebro.

Nuevamente lo envolvió el humo; tosió; el resplandor le hacía perder el equilibrio. La reja le rozó la mejilla izquierda, estaba caliente. El Depósito se convertía, poco a poco, en esos hornos de ladrillos que había visto humear cerca de su casa; cuando el calor era demasiado alto los ladrillos dejaban de ser rojos y se convertían en blancos. Este podría ser el significado del Infierno. El Infierno, junto con la Biblioteca, el Maestro, el Taller, los Jefes, etc. debían escribirse con mayúsculas para él; debían ser nombres de ciudades.

El olor acre de la pintura al aceite le causaba náuseas. Necesitaba escapar de ese vestíbulo hacia donde convergían las columnas de humo y las lenguas de fuego. Debía conservar su lucidez el mayor tiempo posible.

Necesitaba atravesar esas barreras de fuego de las estanterías y correr hacia el Depósito de Obras Raras y Valiosas. Los bomberos estarían por llegar.

Con las manos ensangrentadas sacó del bolsillo del pantalón el reloj; le costaba mantenerlo, era como si hubiese disminuido de tamaño. Apenas lograba distinguir las agujas. La sangre cubría el vidrio de la esfera; la vio extenderse con rapidez.

Debía tener los ojos rojos y desorbitados como los de su padre cuando volvía borracho. Alzó la mano; la detuvo a mitad del movimiento. No, no era capaz de romper el vidrio del reloj. Limpió el vidrio contra la pelambre de su pecho. Entre las rojas estrías divisó las agujas.

Habían pasado 13 minutos, exactamente, desde que Clarita llegó en el taxi. No le

podrían quedar más de 15 minutos de vida.

Tuvo pena y deseos de acariciarse; como experimentaba ante esos gatitos recién nacidos que las vecinas arrojaban a la calle, después de ahogarlos. Era más simple obrar al comienzo de todo. Debían existir parteras videntes que ahogaran a los chicos como él —¿o a los otros?— y los arrojaran a la vereda, junto al tacho de la basura.

Los libros ardían ordenadamente. Los hombres, con la grasitud de las manos que habían dejado en las páginas, lo ayudaban. Quizá, si las Bibliotecas murieran en cualquier momento, como las personas, la gente pondría más cuidado en conservarlas. Esto era un simple sofisma, ¿acaso las personas no pasaban la vida destruyéndose entre sí?

Necesitaba cruzar esa barrera de fuego; tenía que hacerlo pese a ser un cobarde. Si estuviera el Negro, él lo habría hecho atravesar las llamas y arrojado a patadas en la puerta de la calle, y se habría acostado con Marlene en el cajón, si se le daba en las...

Si hubiese aparecido el cadete Walsenffer, sin decirse una palabra, hubieran descolgado los extinguidores químicos y el fuego tendría que haber retrocedido hasta apagarse.

Tenía que cruzar.

—Sí, soy un cobarde. Soy el más cobarde de todos... ¡El Gran Cobarde! — terminó gritando, mientras avanzaba hacia el fuego. Le pareció, asombrado, que esas palabras le daban impulso; era como un globo que arrojara lastre.

—¡El Gran Cobarde! —se repitió, mientras pegándose contra la pared recalentada, se deslizaba entre ella y el comienzo de una estantería. En las puntas de las paletas debían quedarle pegados los rastros de la pintura al óleo, resquebrajada como la greda de los pantanos en el verano.

—El Gran Cobarde —susurró. Tuvo la impresión de que era el título de una obra de comienzos de siglo, que le hubieran pedido; de ese tiempo en que comenzó la pasión por los *records*. Los pelos del pecho, que comenzaban a encanecerse, se le enroscaban y retorcían al contacto del fuego.

Lo importante era no perder la calma y huir como una liebre asustada que atropella los alambres tejidos. Las mejillas le ardían. Los ojos le lloraban.

Sacó la lengua, pero no logró humedecer los labios. Esos volúmenes de gran formato de la Enciclopedia Italiana podrían explotar como pólvora. El calor deshidratava el cuerpo humano. Se detuvo un instante; tenía que saltar entre esas dos hileras; un salto y arriesgar el caer en otra zona más caliente, o entre las llamas. Lo importante era no cerrar el cerebro y dejarse caer en el vacío.

Podía comenzar a quemarse por el pelo. Se llevó ambas manos a la cabeza. Un resplandor cálido, casi hiriente le raspó las axilas.

Saltó. Creyó que en el instante durante el cual había permanecido en el aire, como esas fotos de bailarines saltando, había tenido tiempo de repetir sus tres palabras. Las piernas se le doblaron. Tuvo que cerrar los ojos. Las llamas debían lamerle la cara;

como «Payaso» cuando quería meterse bajo su frazada.

No necesitaba mirar. Las hojas de los libros le punzaban con miles de puntitos calientes en la espalda y el pecho; era como si las letras hubiesen recuperado su antigua forma de plomo ardiente.

Se deslizó, casi arrastrándose.

Un estallido pareció disminuir el calor. Dos ventanas habían reventado. Debían haber saltado, convertidas en una lluvia de vidrios hacia los árboles de la Plaza. Los árboles se transformarían en árboles de Navidad.

No pudo repetir las palabras; debía tener los labios quemados; pero el cerebro le funcionaba.

Avanzó; había una fuerza superior a las palabras.

Se arrastró; gateaba con rapidez increíble.

Una zona de aire fresco le produjo infinito placer. Se dejó caer de espaldas; en seguida tuvo necesidad de enarcarse, como arco que espera lanzar su flecha. Clavarla en el Centro. Marlene. La flecha en el centro y cimbreada. Tenía que abrir los ojos. Una materia pegajosa, pringosa, parecía unirlo al piso de material plástico; como una tela engomada de las que usaba la Señorita Brígida para pegar sus estampillas en el Álbum. Necesitaba abrir los ojos; que sus ojos estuvieran allí, donde siempre. Tenía que ver a Clarita por última vez, ¿si no, para qué habría tenido los ojos en su vida?

Sí, el techo bajo debía estar tras de esas nubes de humo que se deslizaban pegadas a su plano como babosas multicolores y monstruosas. Se incorporó de un brinco. Unos tirones dolorosos lo incitaron a abrir la boca, pero no surgió sonido.

Las llamas y las columnas de humo se entremezclaban; bramaban como las furias del teatro griego. Ahogó un sollozo: aún no ardían sus *Clásicos griegos*. Esos libros, cuando les llegara el turno, darían unas llamas distintas, de unos colores esplendorosos, hasta de unos perfumes desconocidos y sutiles: «El milagro griego».

Eran tres las ventanas que habían saltado como pus en un grano maduro: «La gloria del fuego». Todo semejaba a títulos de libros.

Despegó los labios hasta las comisuras; un largo y agudo quejido pareció brotarle de las ingles. Todo le venía de las ingles.

Las columnas de humo formaban tres canales hacia las ventanas, y un río hacia el vestíbulo de los ascensores.

Respiraba con dificultad. Tenía que permanecer con la boca abierta, como esos vacunos que sacan los hocicos y las cabezas entre las rejas del coche jaula.

De improviso, estallaron los vidrios de otra ventana, a pocos pasos. Las llamas avanzaron hacia las estanterías vecinas.

Debía correr hasta la ventana de la esquina. Clarita, desde el prado, contemplaría el fuego aterrada. Pensaría en sus Libros Inventarios, con su hermosa letra en tintas de diversos colores. Nada lograría oír de lo que él pudiese gritarle. Lo fundamental sería que ella lo viese firme, sin el menor temblor de miedo.

Corrió hacia la ventana; al ir a apoyar sus manos en la falleba las detuvo; las

palmas ya no goteaban sangre. En una roticería había visto carne a *lo spiedo* con un color semejante. Pegó la cara a los vidrios; si la abría, la corriente de aire atraería el fuego y el humo.

Entre el gentío aglomerado —¿de dónde habría surgido tanta gente a esa hora?—, divisó a Clarita que ayudada por el Jefe de Personal y dos ordenanzas sacaba a Gina. La gente abría paso a la cortina que servía de camilla improvisada, y volvían a cerrarse rodeándola; como esos glóbulos rojos que luchan contra un microbio.

Ahora las cosas serían como él las había planearlo. Nadie se interpondría entre la Biblioteca, Clarita y él; Gina evitaría cualquier malentendido. Clarita sabía que el incendio había estallado; que la Biblioteca existiría mientras estuviera unida a ambos.

Ya no podrían tardar los bomberos. Soportó la dolida melosidad que brotaba del contacto de su piel sollamada con el vidrio. Clarita detuvo un hermoso auto particular, y ayudada por el Jefe de Personal ubicaron a Gina; era seguro que el conductor se habría sentido arrollado por su breve y decidida argumentación. Le angustió pensar que podría irse llevando a Gina.

El auto se alejó mientras ella hacía ademanes a la gente que la rodeaba.

Estaba seguro que les diría: «¿No tienen algo más útil que hacer? ¡Despejen la calle que ya vienen los bomberos!». Eso o algo semejante, porque y al fin de cuentas, la que se incendiaba era *su* Biblioteca.

Se volvió; en el vidrio quedó una mancha semejante a la manteca. No sabía de adónde le brotaba tanta serenidad. ¿Qué era lo que antes le hacía temblar la voz o achatarse ante la gente que mandaba?

Con algo de multitud que se adelanta amenazante y segura de sí, el fuego prendía en las hileras de libros, daba un brinco, tal si el aire caldeado fuera una mecha embebida en nafta, y ardía la estantería vecina. Las tapas se retorcían; de improviso, alguna saltaba poniendo estrellitas rojas en los densos rulos grises y negros del humo. Uno tras otro, los libros parecían contagiarse de locura: se contorsionaban hasta convertirse en restos de cartones y cueros, que a menudo se alzaban como manos agoreras, que, al desprenderse, volaban desparramando chispas; el resto caía entre los estantes que, ennegrecidos, comenzaban a retorcerse y escapar de sus encastres en el piso y en el techo.

Quiso acercarse otra vez a la ventana; pero el espectáculo de los libros lo fascinaba. Pocos ojos humanos podrían contemplarlo; sobre todo, eran *sus libros* los que se quemaban. Nadie tenía mayor derecho que él a llamarlos suyos; los libros no se compraban con dinero. Sus libros no tenían precio; era su vida que se estaba quemando junto con ellos.

Ya pondría su cuero junto a las *pastas y medias pastas*, ya pondría sus huesos calcinados a la par de las estanterías ennegrecidas y retorcidas.

No pudo evitar ese acceso de tos que lo dobló; debían ser los gases. Retrocedió con rapidez hasta el fondo del pasillo donde se alzaba la pared del Depósito de Libros Raros y Valiosos; él había visto construir ese tabique con una sola hilera de ladrillos

armados. No tardaría en caer la débil defensa y el fuego invadiría esos 56 000 volúmenes preciosos.

—Mis índices —murmuró involuntariamente, al tiempo que recuperaba esa antigua sensación de miedo que creía haber perdido.

No, ya no eran sus índices solamente. Desfilaron ante sus ojos las estanterías que conocía centímetro a centímetro.

Corrió hacia la ventana más cercana, pegó la cara al vidrio. Necesitaba ver a Clarita y que ella lo viera. Con angustia se dio cuenta de que ya no lograba distinguirla entre el gentío; había abandonado ese lugar junto al poste de la parada de los ómnibus. Era como si alguien colocara uno de esos bellísimos códices miniados, fuera de su ubicación numerada. Los libros de canto y tejuelos dorados a la hoja se reflejaban en los vidrios de la ventana; no le dejaban ver fuera; se interponían entre él y los ojos celestes de Clarita.

Abandonó la ventana. Quiso empuñar el picaporte de la puerta del Depósito de los Libros Raros, y retrocedió dando un grito de dolor.

Se miró las manos; de nuevo las tenía en carne viva y le sangraban; el humo se las rodeaba y enmarcaba como si fueran objetos extraños. Tuvo deseos de lanzarse contra la puerta y hundirla; no era posible, él mismo había visto cuando el carpintero armaba los gruesos tambores.

Se apoyó contra ella y alzó en puntas de pie, luego descendió hasta empujar con el codo el picaporte que cedió. Tuvo ganas de aullar de rabia; la puerta estaba cerrada con esa llave que recién ahora veía y a la cual Gina habría agregado el moño rojo.

Tenía que entrar. Un grito continuado y lánguido de dolor le hizo soltar la llave. Estaba atrapado. Volvió la cara hacia el pasillo central; el humo lo sofocaba. Ya no podría soportar mucho tiempo. Las llamas tocarían esa puerta en cuanto devoraran los dos cuerpos de estanterías que sostenían los gruesos volúmenes de una colección suiza de arte y literatura.

Sostenida la una por la otra llevó las manos hacia la llave; la sangre volvió a rodearle las muñecas y a gotear por los antebrazos. Ya no era sólo el dolor, sino como si los músculos y nervios que accionaban esos finos mecanismos de las falanges estuvieran paralizados.

De improviso, escuchó el aullido desesperante de las autobombas y coches de los bomberos. Se apoyó con fuerza; si se dejaba caer todo estaría concluido. Las sirenas aullaban; debían ser las ambulancias que acudían como animales de presa a posesionarse de su víctima. «Payaso» habría aullado de semejante manera en el aljibe. Si Walsenffer apareciera entre las estanterías, abriría la puerta y, muy cortésmente, lo dejaría pasar primero. Su padre, con el cinturón en la mano, lo obligaría a empuñar esa llave y hacerla girar. La hebilla de bronce trazaría una brillante parábola entre el humo y el fuego y se le encajaría en el cuero cabelludo, hasta el hueso si fuera necesario.

Contra la piel enrojecida del vientre, divisó la hebilla de su padre; estaba allí

como la marca del ganado. Cuando el fuego la recalentara le quedaría sobre la piel, chirriando, chisporroteante, como durante la yerra.

La cara se le deslizó contra la pintura recalentada, que comenzaba a brotar en bolsitas semejantes a la viruela. Si la Señorita Brígida no se hubiese empeñado en hacerlo vacunar, quizá él hubiera muerto en esa peste de viruela boba.

La cara se deslizaba tras las piernas que se le doblaban. Tenía que morir así, ante un problema material que no podía resolver. El Reglamento Interno de la Biblioteca nada decía para estos casos.

La manija de la puerta le rozó el bigote y los labios; pronto la piel se le quedaría pegada al metal como un cuajaron de sangre. La historia de la humanidad se reducía a una lucha entre la piel y los metales.

El moño rojo quedó a la altura de los labios. Pudiera ser que tuviese gusto a sangre; pero ¿cómo averiguarlo con ese olor y ese humo que apenas le dejaban respirar? En Pompeya, muchos perros habían muerto bajo las cenizas del volcán, frente a la puerta de su amo; al fin de cuentas, no estaba mal que él muriese allí.

Sí, ese moño tenía perfume a mujer; debía ser el de Gina, quizá «Violetas de Parma», el que usaba la señorita Brígida.

Los dientes se le apoyaron un instante sobre el aro de la llave; experimentó una especie de aguda irradiación nerviosa.

«¡Claro!», pensó, y un estremecimiento de vida le recorrió el cuerpo. Apretó entre los dientes el aro de la llave y, luego de dos intentos, logró hacer girar la llave. Apoyó un codo en la manija y la puerta se abrió.

Al entrar, una bocanada de aire fresco animó su trastrabillar; apoyándose en la espalda, volvió a cerrar la puerta.

La luz del Río de la Plata y ese color plomizo del agua que se divisaba por una ventana al fondo del pasillo, lo desorientó. Creyó haber soñado.

Quedó un momento apoyado contra la puerta; el horno de barro que tenía su madre en el fondo del lote, bramaba así cuando lo cargaba al máximo para asar esas terneras con cuero que hacían relamerse los bigotes al «Doctor del Comité».

De nuevo se escuchó la sirena de los bomberos. Vendrían otros vehículos.

—Un gran incendio... —susurró impensadamente, y con dejo de vanidad infantil.

De pronto, el tabique se estremeció y una trizadura lo recorrió desde la puerta hasta la pared exterior del edificio. Ya no podría soportar mucho más.

Se acercó a una de las ventanas, dudó un instante en crear esa posible corriente de aire, y la abrió con la muñeca flexionada sobre el antebrazo. Tenía que ver a Clarita por última vez.

Si apenas asomaba la cabeza, nadie lo vería. Una sensación de infinito bienestar lo recorrió por un momento. Alzó la cara y se vio envuelto en una nube de fino vapor, que se cortaba o entremezclaba con el humo, las chispas y las cenizas. Era imposible mirar hacia los miles de personas que cubrían el prado. Seis mangueras enviaban sus potentes chorros de agua contra las ventanas.

—¡Van a mojar los libros, no sean bárbaros! —gritó, de improviso y con rabia. Miró en derredor las hileras de libros con sus bellos lomos dorados.

—¡Los van a mojar! —se repitió atemorizado. Una vez que alguien había dejado abierta una ventana (debía ser Gina, ahora estaba seguro) una tempestad de verano había empapado los libros de una estantería; había pasado diez horas, sin un minuto de tregua, poniéndoles entre las hojas papel secante.

Crujió el tabique divisorio; la pintura saltaba inflándose en monstruosas verrugas.

Volvió a asomarse en el preciso instante en que dos bombas avanzaban en dirección suya; habrían visto la ventana abierta. La usarían para arrojar agua. Tenía que evitarlo de cualquier manera.

Los rastros sangrientos de las manos quedaron en el marco de la ventana. Se incorporó en el repecho y, agitando los brazos, comenzó a gritar:

—¡No mojen! ¡Van a echar a perder los libros!

Un grito de horror recorrió la multitud. Un grito que crecía en uno de los extremos, se apagaba en el otro, o se volvía agudo y dilacerante en el centro, tal si se tratara de un coro enloquecido y, no obstante, dócil a su Director.

Cesaron las voces. Los bomberos habían abierto la media naranja acolchada.

—¡Salte! —gritó una voz estentórea, por medio de un amplificador.

Hubo un instante de calma, hasta que comenzaron a menudear las voces incitándolo a saltar; se destacaban los chillidos agudos de las mujeres. Cuando divisó el acolchado al pie de la ventana, su angustia desapareció, como si jamás hubiera experimentado esa sensación.

Las ideas se le ordenaban. Corrió hacia el estante donde se alineaba esa segunda edición de «Las Siete Partidas», del Rey Alfonso el Sabio, apuñó las manos para que la sangre no fuera a manchar la encuadernación, y cargó los tomos como si los abrazara.

Se deslizó entre los lomos y cantos dorados; no entendía cómo podría hacerlo con tal rapidez y justeza. Apenas apoyó los codos en el repecho, arrojó los libros en el vacío.

La gente quedó pasmada de silencio, mientras los libros caían sobre el acolchado.

—¡Deje los libros! ¡Tírese usted! —ordenó la voz del altoparlante. El mandato se repitió una y otra vez.

Alcanzó a escuchar esa voz junto a la ventana, mientras arrojaba la mitad de los 16 tomos de la «Suma Teológica», de Santo Tomás de Aquino. Le pareció que el hombre del altoparlante hablaba un idioma desconocido.

Echó una mirada de rencor hacia esa gente extraña. Ya habrían comenzado a apoderarse de sus libros, a manosearlos. Si tuviera ese altoparlante, le gritaría a Clarita y a Walsenffer que cuidaran sus libros; esos libros que la gente se repartiría, como muchos se reparten la ropa del muerto.

Divisó esa maravillosa edición de los sonetos de Shakespeare; la tomó y la arrojó por la ventana. No, no tenía tiempo para escuchar ni para pensar en la gente de

afuera. Corrió hacia esa edición bilingüe de los clásicos latinos y griegos, que ocupaban varias tablas de una estantería.

«Tengo que salvarlos a todos», se dijo, hundiendo las manos cerradas tras la hilera de libros y arrojándose contra el pecho los tomos de Platón. Corrió por estrechos pasillos; se le antojaba que los libros se le apretaban con algo de hijos aterrorizados. Sin embargo, no debía estrecharlos demasiado contra su piel sollamada; podría arruinar esas bellas encuadernaciones del siglo XVII, y esos dorados a la hoja, como ya nadie sabía dorar.

La puerta crujió; los tambores de cedro se charqueaban combándose. La sintió caer con estrépito entre el ordenado fragor del fuego. Una bocanada de llamas y humo invadió el recinto. Pronto colocarían las escaleras e intentarían darle caza. Apretó contra el pecho las Comedias de Aristófanes; tenía que salvarlas, aún a cualquier precio.

Cayeron los tomos; le extrañó que no descendieran sutilmente, llenos de gracia, como hojas que cayeran en primavera y no en otoño.

—¡Que salte! ¡Que deje los libros! —llegaba de la calle en un clamor denso y angustiado.

—Virgilio, Virgilio... —repitió una y otra vez, mientras recorría el pasillo. ¿Podía dejar a Virgilio, con sus pastores, con sus riachos y sus árboles mansos?

No comprendió porqué había trastrabillado. Los ojos se le nublaron como si los inundara una espesa nube.

Una garúa fina, como de encaje, ponía un visillo a la ventana. La gente rugía aterrorizada y, al mismo tiempo, feliz. Al oscurecer, en el Jardín Zoológico, los leones, los tigres y esas deslumbrantes panteras negras de Bengala, parecían ponerse de acuerdo para gritar de semejante manera; pero la gente de los alrededores del Zoológico no se daba cuenta, no le importaba puesto que las fieras estaban encerradas.

Arrojó la brazada de libros. Quiso despegarse del repecho de cemento que le raspaba los codos sangrantes, pero no pudo; algo lo retenía, como si el fuego lo hubiese empotrado o encastrado en la pared.

La voz de Clarita recobraba un volumen tremendo y llenaba los ámbitos de la Biblioteca; parecía brotar de los libros, retorcerse entre las llamas o treparse por los chorros de agua cristalina que, como en la magia de los cuentos orientales, se transformaban en penachos de vapor. Su voz lo llamaba desde todos los rincones, como si fuera ella la que se quemara entre las páginas.

Aún le faltaba rescatar ese bello códice miniado que en 140 folios contenía las «Eglogas» de Virgilio. Incorporó la cabeza; le chorreaba un líquido; tenía que ser agua y no sangre, su sangre debía estar quemada.

—¡Horacio! ¡Dejá los libros! ¡Tirate vos! ¡Por favor! ¡Horacio! ¡Te lo pedimos todos! ¡Todos tus compañeros! —dijo, nítidamente, la voz de Clarita: y la multitud coreó—: ¡Sí, tírese!

Debía ser Clarita que hablaba por medio de los altoparlantes. Logró despegarse de la ventana, en el preciso instante en que el tabique se derrumbaba con estrépito de caldera que revienta. Por la ventana surgieron espesas nubes de humo y ceniza.

El rugido de la multitud se apagó un instante.

Nítidamente escuchó el llamado de Clarita.

—No, ¡no es posible! ¡No Clarita! ¿Vos, vos, también, me pides eso?

Era él quien debía imaginar esas palabras en la boca de Clarita. Ella no podía decirle esas cosas; ella tenía que comprenderlo. Tenía que entender.

Le costaba respirar, tenía la garganta reseca. Va no sabía si se enarcaba tosiendo.

Llevó la mano al bolsillo del pantalón; el reloj se le escapó entre los dedos. El piso palpitaba como a menudo solía palparle el pecho. Por las rejas de la ventilación, el fuego se habría comunicado a los Depósitos inferiores. Todo el edificio se hundiría como uno de esos vasitos en segmentos que se encastran uno en el otro hasta quedar reducidos a la mínima altura. Le costaba caminar entre los pasillos borrosos de humo. El sector de la derecha ya estaba en llamas.

—Clarita, ¿cómo es posible que me pidas eso? —balbuceó, tosiendo.

Algo se había puesto más pesado en su cuerpo, en sus piernas, en sus párpados. Ya era hora de que el Director y los Jefes lo dejaran descansar; que la Superioridad lo acostara sobre los libros y se fueran todos. Era ese el estante. Estaba frente a la primera ventana que daba al Río, pero la ventana estaba negruzca y fuera de quicio. El Río comenzaba a ponerse rojizo.

Las manos le pesaban infinitamente. Sí, era ese lomo con letras finas y las armas del Duque de Montefeltro. Era Virgilio; tenía que ser. Clarita tenía que comprenderlo, sino ¿quién en el mundo? Cuando llegara a la ventana, a esa ventana que se había alejado tremendamente, no tendría que oír la voz de Clarita llamándolo con pena, con lástima y miedo.

Arrimó el pecho al estante caldeado. Tendió la mano sin cuidarse de apuñarla; ya no sentía nada.

Apretó con fuerza, con voluptuosa fuerza de posesión. Podía estar en casa del Alemán, en el Altillo del Maestro.

El piso palpitaba como si fuera a soltar el hervor.

Ya no podía respirar, y, sin embargo, tenía que recorrer esos metros. Apretó el libro contra el pecho; los brazos sobrados de espacio alcanzaron con las manos hasta sus huesudas paletas.

Clarita podría haberlo abrazado así. «Ella tampoco comprendía»...

La hebilla de bronce comenzaba a hacerle la última marca. Necesitaba llegar a la ventana y salvar a Virgilio.

Apoyó las manos sobre el repecho; el libro se deslizó y cayó.

Tenía que mirar; la hebilla de bronce se le clavaba en la boca del estómago.

Volvió a escuchar la voz de Clarita; le pareció que ahora le rogaba amorosamente. Jamás una voz le había rogado amorosamente, jamás en todo el largo de su vida una

voz le había rogado con amor. Clarita lo llamaba con amor. Tenía que suceder, al fin ella era mujer.

Adelantó unos centímetros más la cabeza. Muy borrosamente, le pareció que el cadete Walsenffer, con un salto que tenía la elasticidad de un jugador de tenis y de un pastor del Latium, recogía en sus manos a Virgilio.

Un estruendo llenó el Depósito y, dominó los crujidos y estallidos del fuego.

—Te amo —musitó. Le pareció que, instintivamente, la boca le había quedado unida al cuero del libro. Los labios se le quedaban adheridos. Quiso ensanchar el pecho.

Pero había algo más importante, algo que *debía* hacer. Se volvió hacia las estanterías.

«Debo»..., quiso decir, pero ningún sonido salió de sus labios.

Se volvía etéreo, liviano; ya no tenía necesidad de sostenerse sobre el piso. Tendió una de las manos que se aferró a un volumen; lo apretó con desesperación.

Caía interminablemente entre humo y llamas.

Un rugido de la multitud acompañó el hundimiento de los pisos y el techo de la Biblioteca. Las ventanas del último piso quedaron vacías.

Clarita inclinó la cabeza ahogando un grito.

El cadete Walsenffer comenzó a secar el libro con la manga de su chaqueta. Miró su reloj pulsera. A las 7 en punto debía abrirse la Biblioteca. Algún día, cuando le aumentaran el sueldo, podría casarse; pero antes quería comprar el lote. Su «novia» se llamaba Clara Jiménez; pero aún no le había dicho una palabra. Le sorprendió comprobar que ni siquiera el marbete se le había desprendido al libro. Sin saber porqué, lo apretó contra el pecho.

FIN



ABELARDO ARIAS (Córdoba, Argentina, 10 de agosto de 1908 - Buenos Aires, Argentina, 27 de febrero de 1991).

Fue el quinto de los ocho hijos de una tradicional familia mendocina. Su padre — militar de carrera— cumplía funciones en distintos destinos del país y en uno de esos traslados se encontraba en Córdoba cuando su esposa da a luz antes de que la familia se radicara en San Rafael, luego en la capital mendocina y más tarde en Buenos Aires.

Abelardo se convierte en un estudiante precoz. Aprende a leer en su casa antes de ir a la escuela y en las aulas llamó la atención por sus conocimientos. Leía vorazmente. Realiza los primeros estudios en San Juan, más tarde asiste al Colegio Normal y finalmente completa sus estudios secundarios con los Hermanos Maristas.

En 1927 se radica en la Capital Federal. Inicia la carrera de Derecho que posteriormente abandonará para dedicarse a la literatura. En esos años, su vida se ve llena de dificultades económicas. Hace trabajos a pedido y trata de ingresar en algún diario. A través de un amigo presenta crónicas de viaje en las editoriales pero todas son rechazadas. Desilusionado acude al diario *La Razón* para ocupar un puesto vacante. Fracasa. Como última jugada, antes de regresar a Mendoza, inventa una crónica titulada *Paráfrasis en un poema-Partenón* y la lleva al diario *La Nación*. Dos semanas después lo llaman y le comunican que se incorpora como redactor en el suplemento literario del diario. En ese medio trabajará hasta su muerte.

En 1942 Arias publica la novela *Álamos talados*, con la cual obtiene el Primer Premio

Municipal de Buenos Aires, el Premio de la Comisión Nacional de Cultura y, en Mendoza, el premio Agustín Álvarez. Cinco años después lanza la novela *La vara de fuego* que continúa el desarrollo autobiográfico de Alberto, protagonista de *Álamos talados*. Mientras esta narra una experiencia infantil dentro del ámbito campesino que da el contorno propio, *La vara de fuego* concreta las repetidas confrontaciones de un adolescente hondamente sensual que busca una realidad amorosa.

Transcurre el año 1952 y viaja por Francia, Suiza e Italia. Estudia literatura contemporánea en París como becario del gobierno francés. A su regreso reúne una serie de crónicas de viajes en forma de diario que titula *París-Roma, de lo visto y lo tocado*. En 1955 vuelve a Europa, pasa por Francia, Suiza e Italia. En medio de esta travesía se mete de lleno con su notable novela: *El gran cobarde* publicada en 1956.

Ya en 1957 decide regresar a Europa, su espíritu de viaje indomable no lo deja fijo en ningún lugar. Recorre Francia, Suiza, Italia y Bélgica y publica su segundo libro de relato de viaje: *Viaje latino*. Realiza su primer viaje a Grecia y embriagado por la mística helénica nace la idea de escribir sobre el Minotauro. Publica *De la torre de fuego a la niña encantada* (itinerario argentino).

A principio de junio de 1959, se concluyó la película de *Álamos talados* en colores y cinemascopio rodada íntegramente en Mendoza. Fue producida y dirigida por Catrano Catrani y el guión realizado por Abelardo Arias y Antonio Di Benedetto.

Publica en 1962 *Ubicación de la escultura argentina en el siglo xx* (ensayo). Trabajo que recibe el Primer Premio Municipal de Ensayo y el Premio Palas Atenea del Instituto Argentino de Cultura Helénica.

En 1963 da a conocer *Los vecinos* su parábola radioteatral. Publica en 1964 *Límite de clase* una novela por la que obtiene el Premio del Fondo Nacional de las Artes y el Primer Premio Municipal de Prosa. Es condecorado por el gobierno de Italia con la Medaglia Culturale.

En 1966 publica *Minotauroamor*, por la que recibe el Premio Nacional de Literatura. El análisis del discurso en *Minotauroamor* de Abelardo Arias, permite al lector acceder a una serie de conceptos acerca del hombre y de las realidades que le conciernen: el amor, la amistad, la belleza, el arte, el poder, entre otros.

En 1967 publica *Grecia en los ojos y en las manos*.

En 1968 nos sorprende con *La viña estéril*. Como bien expresa Marta Castellano, en la novela «*La Viña Estéril*» (1968), del escritor mendocino Abelardo Arias, se verifica un interesante proceso de elaboración del discurso narrativo, a partir de la recurrencia de un procedimiento que se basa en el juego con las distintas dimensiones temporales; este fenómeno da indicios de una cosmovisión particular que se relaciona con una mentalidad mítica, y se condice con la clave religiosa del texto.

En 1969 publica *Viajes por mi sangre* (itinerario argentino). Orden del Mérito, en el grado de Caballero Oficial, otorgada por el gobierno de Italia.

En 1971 gana el Premio Nacional de Literatura, el Premio del Rotary Club, el Premio Libro del Año y la Pluma de Plata del PEN Club con la obra *Polvo y espanto*. La novela fue llevada al cine en 1987, por el realizador Aníbal Unset, con la actuación de Héctor Alterio y Rodolfo Ranni en los roles protagónicos.

En 1973 publica *De tales cuales* (novela).

En 1974 escribe *Intensión de Buenos Aires*, itinerario argentino.

En 1975 publica su diario de viaje *Talón de Perro*. Recorre Francia e Italia.

En 1976 publica *Antonio Sibelino, escultor* (trabajo de investigación y crítica), y *Aquí Fronteras* (novela). Recibe el Gran Premio Fundación Dupuytren.

En 1979 publica la novela *Inconfidencia (El Aleijaidinho)*.

Recibe la Orden de la Inconfidencia, otorgada por el Estado de Minas Gerais, Brasil.

En 1981 comienza a trabajar sobre su libro *Él, Juan Facundo*, obra que le llevará ocho años de elaboración debido a que se encontraba enfermo.

En 1988 le es otorgado el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Se concretan numerosos homenajes con motivo de sus 80 años.

En 1991 fallece en Buenos Aires el 27 de febrero. Siguiendo los deseos del escritor, sus cenizas son arrojadas al Río Diamante.

En 1995 la editorial Galerna publica *Él, Juan Facundo*, su novela póstuma.